

EN LOS MARES DEL SUR

William Somerset Maugham

ÍNDICE

La fuerza de las circunstancias-----	3
El Rojo-----	17
El puesto avanzado-----	28
Samoa-----	45

LA FUERZA DE LAS CIRCUNSTANCIAS

(*The Force of Circumstance*)

Estaba sentada en la veranda esperando a su marido para comer. El criado malayo había bajado las persianas al perder la mañana su frescura, pero había levantado en parte una de ellas para poder contemplar el río. Bajo el agobiante sol del mediodía, tenía la blanca palidez de la muerte. Un indígena remaba en un *dugout*, tan pequeño que apenas se distinguía sobre la superficie del agua. Los colores del día, cenicientos y pálidos, sólo expresaban las varias tonalidades del calor (como una melodía oriental en sol menor, que exacerbaba los nervios con su ambigua monotonía mientras los oídos esperaban impacientes una resolución que no llegaba nunca). Las cigarras cantaban su alegre canción con furiosa energía, y era tan continua y monótona como el murmullo de un arroyo entre las piedras; pero repentinamente todo fue ahogado por el poderoso trino melifluo y rico de un ave, que, por un instante, le hizo pensar, con una sacudida en el corazón, en el mirlo inglés.

Después oyó los pasos de su marido en la senda de grava que conducía a la residencia oficial, detrás del *bungalow* donde había estado trabajando, y se levantó de la silla para esperarle. Él subió los escasos escalones que había, pues el *bungalow* estaba construido sobre pilares, y halló al *boy* junto a la puerta, esperándole para coger su sombrero. Entró en la habitación que les servía de comedor y de salón, y sus ojos se encendieron de júbilo cuando la vieron.

—¡Hola, Doris...! ¿Tienes apetito?

—Un hambre canina.

—Pues déjame un momento para bañarme y dentro de unos segundos estaré dispuesto.

Desapareció en su habitación y le oyó silbar alegremente, mientras, con el descuido que ella siempre le había reprendido, se quitaba la ropa arrojándola al suelo. Tenía veintinueve años, pero era como un colegial que nunca crecería. Por eso se había enamorado de él, pues todo su cariño no podía convencerla de que fuese atrayente. Era un hombre de baja estatura, con una sonrosada faz de luna llena y ojos azules. Además, en su rostro tenía algunos granos. Le había examinado cuidadosamente, y se vio obligada a confesar que no había en él ni un solo rasgo que pudiera alabar. A menudo le había dicho que en ningún modo era su tipo.

—Nunca dije que fuese una belleza —repuso él riendo.

—Me gustaría saber qué es lo que vi en ti.

Pero, por supuesto, lo sabía perfectamente. Era un hombre alegre y bromista, que no se tomaba nada en serio y que constantemente reía, haciéndola reír también a ella. Para él la vida era un asunto más bien divertido que serio, y, además, tenía una agradable sonrisa. Cuando ella estaba con él se sentía feliz y de buen humor. Y el profundo amor que había leído en sus ojos azules la conmovió. Era una satisfacción ser amada así. Una vez, sentada en sus rodillas, durante su luna de miel, había cogido su rostro entre sus manos diciéndole:

—Eres un hombre feo, gordo y pequeño, Guy, pero eres simpático y no puedo evitar amarte.

Una ola de emoción la envolvió y sus ojos se llenaron de lágrimas. Había visto entonces el rostro alterarse un instante por la fuerza de su sentimiento, y percibió el temblor de su voz al responder:

—Es una cosa terrible haberse casado con una mujer que padece deficiencia mental.

Ella se rió. Era la respuesta precisa que esperaba oír.

Pero era difícil comprender que nueve meses antes no hubiese oído ni siquiera hablar de él. Se habían encontrado en un pequeño pueblecito de la costa, donde ella pasaba un mes de vacaciones con su madre. Doris era la secretaria de un diputado. Guy estaba en Inglaterra, de vacaciones. Se hospedaban en el mismo hotel y él no tardó en contarle detalladamente su vida. Había nacido en Sembulu, donde su padre sirvió durante treinta años al segundo sultán, y al salir él de la escuela también había entrado a su servicio. Por eso se sentía muy ligado a aquel país.

—Así, pues, Inglaterra es un país extranjero para mí —le dijo—. Mi patria es Sembulu.

Y a la sazón era su patria también. Él le propuso que se casasen al final de su mes de vacaciones. Ya había ella adivinado que era eso lo que proponía, y estaba decidida a rehusar. Única hija de su madre viuda, no debía irse tan lejos de ella; pero cuando llegó el momento, no supo a ciencia cierta

lo que había sucedido; se vio arrastrada por una imprevista emoción y dijo que sí. Hacía cuatro meses que estaban en aquel puesto avanzado encomendado a él, y se sentía feliz.

Ella le confesó una vez que había estado a punto de decirle que no.

—¿Sientes ahora no haberlo dicho? —preguntó Guy entonces con una alegre sonrisa en sus ojos azules.

—Habría sido una perfecta loca si lo hubiera hecho. Fue una suerte que el destino, o el azar, o lo que fuera, no dejara el asunto en mis manos.

En aquel momento oyó a Guy bajar la escalera de la sala de baño. Era un hombre ruidoso, y aun descalzo no podía pasar silenciosamente. Pero, de repente, profirió una exclamación. Dijo dos o tres palabras en el dialecto local, que ella no pudo entender. Después oyó a alguien que le hablaba, no en voz alta, sino con un susurro. Realmente aquella gente era demasiado incorrecta para acecharle hasta cuando iba a bañarse. Él habló de nuevo, y, aunque lo hizo en voz baja, se dio cuenta de que estaba colérico. La otra voz se hizo entonces más audible: era la de una mujer. Doris supo que sería alguien que tendría alguna queja. Era muy típico en una mujer malaya acudir de un modo tan furtivo. Pero, evidentemente, no conseguía nada de Guy, pues oyó a éste decirle que se fuera. Percibió el rumor del agua que él mismo se echaba (el sistema de baño la divertía: los cuartos de baño estaban debajo de las habitaciones, en la planta baja, y había en ellos un gran cubo del que el bañista extraía con un cacharro el agua con que había de ducharse él mismo); y después de unos minutos entraba de nuevo en el comedor. Su pelo estaba aún húmedo. Se sentaron para comer.

—Es una suerte que yo no sea una mujer suspicaz ni celosa —dijo riendo—. Porque... no sé, pero no debería aprobar el que tengas esas animadas conversaciones con señoras cuando vas a bañarte.

El rostro de Guy, por lo regular tan alegre, tenía cuando entró un aire sombrío, pero ya se había despejado.

—Realmente no me agradó mucho encontrarla allí.

—Eso es lo que me pareció por el tono de tu voz. Hasta creo que estuviste un poco brusco con ella.

—¡Diablos...! ¡Vaya manera de perseguirme!

—¿Qué es lo que quería?

—¡Ah...! No lo sé. Es una mujer del poblado. Creo que tuvo una disputa con su marido o algo así.

—No me extrañaría que fuese la misma que estuvo esta mañana rondando por aquí.

—¿Es que hubo alguien?

—Sí. Fui a tu habitación para ver si todo estaba limpio y en orden, y después al cuarto de baño, y entonces, al bajar las escaleras, vi a alguien que se escabullía por la puerta y, al salir para ver quién era, vi una mujer.

—¿Hablaste con ella?

—Le pregunté qué quería, y ella dijo algo que no pude entender.

—Pues no voy a permitir que toda clase de gente perdida se pasee por aquí —dijo—. No tienen derecho a venir.

Él sonrió, pero Doris, con la rápida percepción de una mujer enamorada, se dio cuenta de que sólo sonreía con los labios, y no, como acostumbraba a hacer, con los ojos, y se preguntó qué sería lo que le preocupaba.

—¿Qué has hecho esta mañana? —preguntó él.

—¡Ah! Nada importante. Fui a dar un paseo.

—¿Por el poblado?

—Sí, y vi que un hombre hacía subir a un mono por un árbol para que cogiese cocos; era divertidísimo.

—Curioso, ¿verdad?

—Contemplando aquello había dos muchachos mucho más blancos que los demás. Me parece que eran mestizos. Hablé con ellos, pero no entendían ni una palabra de inglés.

—Hay dos o tres mestizos en el poblado —repuso él.

—¿Y quién es su madre?

—Una de las mujeres del poblado.

—¿Y su padre?

—Vamos, querida, ésta es cuestión un poco peligrosa para contestarla. —Hizo una pausa—. Muchos tienen mujeres indígenas y, cuando se casan o vuelven a Inglaterra, les pasan una pensión y las mandan a la aldea.

Doris permaneció silenciosa. La indiferencia con que había hablado le pareció un poco grosera, y, al replicar, su distinguido rostro inglés, franco y abierto, sufrió una contracción.

—Y de los niños, ¿qué?

—No tengo la menor duda de que quedan decentemente atendidos. Por lo regular, el hombre, dentro de sus disponibilidades, procura que no les falte dinero para su educación. Después se colocan como escribientes en una oficina del Gobierno y viven perfectamente.

Ella sonrió con leve y triste sonrisa.

—No puedes esperar que yo crea que es un buen sistema.

—No debes ser demasiado severa —contestó él devolviéndole la sonrisa.

—No soy severa, pero doy gracias al cielo porque tú nunca tuviste una mujer malaya. Habría odiado eso. Pienso solamente que si fuesen tuyos aquellos dos muchachos...

El *boy* cambió los platos. No había mucha variedad en su minuta. Comieron primeramente un pescado de río, de sabor insípido, que necesitaba una gran cantidad de tomate para hacerlo comestible, y después un guisado que Guy aliñaba con salsa de Worcester.

—El viejo sultán no creía que éste fuese un país para mujeres blancas —dijo entonces—. Al contrario, animaba a los hombres para que se relacionaran con mujeres indígenas. Pero, naturalmente, las circunstancias han cambiado. El país está completamente tranquilo, y me parece que ya hemos aprendido a luchar contra el clima.

—Pero, Guy, el mayor de esos muchachos, no tenía más de siete u ocho años, y el otro tendría unos cinco.

—Es terrible la soledad de un puesto avanzado. A menudo no se ve un blanco en seis meses, y aquí se viene cuando se es sólo un muchacho. —Se sonrió con aquella sonrisa que transformaba su faz rubicunda y vulgar—. Comprende que hay muchas excusas.

Para ella fue siempre irresistible aquella sonrisa. Era su mejor argumento. Sus ojos se volvieron, una vez más, blandos y suaves.

—Estoy segura de que las hay —y extendió su mano sobre la mesa buscando la suya—. Pero he sido afortunada conociéndote tan joven. Honradamente te digo que habría sido un golpe terrible para mí si me hubieran dicho que tú habías llevado una vida así.

Él cogió su mano y la acarició.

—Querida... ¿Eres feliz aquí?

—Desesperadamente.

Tenía una apariencia fresca y serena con su traje blanco. El calor no le abrumaba. No tenía más encanto que el de la juventud, aunque eran bonitos sus ojos castaños, y tenían una agradable expresión de sinceridad, y su cabello oscuro recortado era elegante y lujoso. Daba la impresión de una joven espiritual, y se podía estar seguro de que el diputado con quien había trabajado tuvo en ella una competente secretaria.

—En seguida me gustó el país —dijo—. Y aunque paso sola mucho tiempo, nunca he sentido nostalgia.

Por supuesto que había leído novelas sobre el archipiélago malayo, y se había formado la idea de una tierra sombría con grandes ríos misteriosos y con una floresta silenciosa e interminable. Cuando el pequeño vapor costero los dejó en la desembocadura del río, donde los estaba esperando una gran canoa, manejada por una docena de dayacos que habían de conducirlos al puesto, se quedó atónita ante la belleza, más bien amiga que misteriosa, del panorama. Tenía una gran alegría que recordaba el gozoso canto de los pájaros, una alegría que nunca había esperado. En cada orilla del río crecían mangles y ñipas, y detrás, la densa barrera de la floresta. A lo lejos se escalonaban montañas azules, hasta donde la vista podía alcanzar. No experimentó ningún sentimiento de destierro ni de tristeza, sino más bien de anchos y libres espacios, donde una fantasía arrebatada podría vagar a su antojo.

El verdor brillaba bajo el sol y el cielo era alegre y risueño. La tierra, amable, parecía ofrecerle una sonrisa de bienvenida.

Siguieron navegando. Sobre sus cabezas volaba una pareja de palomas. Súbitamente cruzó su camino un relámpago de color, como una joya viviente. Era un martín pescador. Dos monos, con sus colas retorcidas, estaban sentados juntos sobre una rama. En el horizonte, al otro lado del río ancho y turbio, más allá de la floresta, había un grupo de nubes blancas y pequeñas, las únicas nubes del cielo, y tenían la apariencia de un grupo de coristas vestidas de blanco, esperando, contentas y alegres, entre bastidores, a que el telón se levantase. Su corazón se llenó de alegría y, recordando todo aquello, sus ojos miraron a su marido con un afecto firme y agradecido.

¡Y qué divertido fue arreglar su habitación! Era muy espaciosa. Cuando llegó había en el suelo una estera desgarrada y sucia; en las paredes, de madera sin pintar, colgaban, cerca del techo, fotograbados de la Academia de Pintura, escudos dayacos y *parangs*. Las mesas estaban cubiertas de tapetes dayacos de latón de Brunei que necesitaban una buena limpieza, varios ceniceros y algunas miniaturas malayas de plata. En un tosco estante de madera estaban alineadas algunas ediciones baratas de novelas y unos cuantos libros de viajes con una encuadernación de cuero muy usada. Y otro estante estaba lleno de botellas vacías. Era la habitación de un soltero, desordenada, pero severa, y aunque de aspecto la divirtió, la encontró intolerablemente patética. Debió de haber sido una vida triste e incómoda la de Guy, y le echó los brazos al cuello, besándole.

–¡Pobrecito! –murmuró riendo.

Con sus manos hábiles pronto la hizo habitable. Arregló esto y lo otro, tirando lo que no se podía aprovechar. Sus regalos de boda la ayudaron. La habitación llegó a tener un aspecto acogedor y confortable. En floreros de cristal puso maravillosas orquídeas, y ramos de floridos capullos en grandes vasos. Se sentía orgullosa porque era su casa (nunca había tenido en su vida más que un mísero piso), y ella la había hecho encantadora para él.

–¿Estás contento conmigo? –le preguntó cuando hubo terminado.

–¡Ya lo creo! –repuso sonriendo.

Esta categórica afirmación significaba mucho para ella. ¡Qué bueno era que se entendiesen tan bien el uno y el otro! Ambos eran reacios a exteriorizar sus emociones, y sólo en muy contados momentos se hablaban sin bromas irónicas.

Al terminar la comida él se echó en una otomana para dormir la siesta. Ella se dispuso a marchar a su habitación, pero, al pasar por su lado, vio, sorprendida, que él la atraía hacia sí, besándola en los labios. No tenían la costumbre de abrazarse a horas intempestivas del día.

–Te estás volviendo sentimental –dijo ella riendo.

–Vete... Y que no te vuelva a ver por lo menos en dos horas.

–No ronques...

Ella le dejó. Se habían levantado al amanecer. En cinco minutos estuvieron completamente dormidos. Doris se despertó por el ruido que hacía su marido en la sala de baño. Las paredes del *bungalow* eran extraordinariamente sonoras, y nada podía hacer el uno que no oyera el otro. Se sentía demasiado perezosa para moverse, pero al oír al *boy* llevar las cosas para el té, saltó de la cama y corrió a su cuarto de baño. El agua, aunque no fría, era deliciosamente refrescante. Cuando volvió al salón, Guy estaba sacando las raquetas de la prensa; iban a jugar al tenis, aprovechando el fugaz fresco del atardecer, porque a las seis ya era de noche.

La pista de tenis estaba a doscientas o trescientas yardas del *bungalow*, y, después de tomar el té, se encaminaron hacia ella, ansiosos de no perder el tiempo.

–¡Ah, mira...! –dijo Doris–. Ahí está la joven que vi esta mañana.

Guy se volvió rápidamente. Sus ojos se fijaron por un momento en una mujer indígena, pero no dijo nada.

–¡Qué bonito *sarong* lleva! –dijo Doris–. Me gustaría saber dónde lo ha adquirido.

Se cruzaron. Era una mujer muy agraciada, de baja estatura, con los ojos grandes y oscuros de su raza, y una mata de abundante cabello negro. No se movió cuando pasaron frente a ella, pero los miró de una manera extraña. Doris vio entonces que no era tan joven como había creído al principio. Sus facciones eran un poco duras, y su piel, oscura; sin embargo, era aún muy bella. En

sus brazos tenía un niño pequeño. Doris sonrió ligeramente al verlo, pero ninguna recíproca sonrisa alteró los labios de aquella mujer. Su rostro permanecía impassible. Ni una vez miró a Guy; sólo a Doris, y él pasó como si no la hubiera visto.

Doris se volvió hacia él.

—¿Es mestizo ese niño?

—No me he fijado.

Ella se quedó sorprendida al ver su rostro. Estaba mortalmente pálido, y los granos que tenía y que tanto la molestaban, habían adquirido un color más rojo que de ordinario.

—¿Te fijaste en sus manos y en sus pies? Podía ser una duquesa.

—Todas las indígenas poseen manos y pies maravillosos —repuso, pero no tan jovialmente como hubiera querido, pues parecía como si le costase hablar.

Pero Doris no sospechaba nada.

—¿Sabes quién es?

—Es una de las jóvenes del poblado.

Entonces llegaron a la pista. Cuando Guy fue a medir la red volvió la vista atrás.

La joven estaba aún donde se habían cruzado. Sus ojos se encontraron.

—¿Saco? —preguntó Doris.

—Sí... Las pelotas están a tu lado.

Jugó pésimamente. De ordinario él le daba quince tantos de ventaja y ganaba, pero aquel día le venció fácilmente. Jugaba en silencio, a pesar de que generalmente era un jugador bullicioso, gritando todo el tiempo, unas veces lamentando su torpeza por haber perdido un tanto y otras burlándose de ella, cuando conseguía lanzar una pelota fuera de su alcance.

—No estás en el juego, Guy —gritó ella.

—Ya lo creo —repuso.

Y empezó a jugar con fuerza para vencerla, pero todas las pelotas se le quedaban en la red. Nunca le había visto aquella cara tan seria. ¿Sería posible que estuviera de mal humor porque estaba jugando tan mal? La oscuridad se echó encima y dejaron de jugar. La mujer con quien antes se habían cruzado estaba exactamente en la misma postura, y otra vez, con su inexpresivo rostro, los contempló mientras se alejaban.

Las persianas de la veranda estaban levantadas cuando llegaron, y en la mesa, entre las dos otomanas, había botellas y un sifón. Era la hora en que tomaban la primera bebida del día, y Guy preparó dos *ginslings*. El río se extendía inmenso frente a ellos, y la orilla opuesta de la floresta estaba ya envuelta en el misterio de la noche cercana. Un indígena, con dos remos, remaba silenciosamente contra la corriente desde la proa de su embarcación.

—He jugado como un idiota —dijo Guy rompiendo el silencio—. Me parece que es a causa del tiempo.

—Lo siento. No habrás cogido las fiebres, ¿verdad...?

—¡Oh, no...! Mañana ya estaré bien.

La oscuridad se cerraba sobre ellos. Se oía distintamente a las ranas y, de vez en cuando, unas cuantas notas de algún nocturno pájaro cantor. Moscas doradas revoloteaban a través de la veranda. Los árboles de los alrededores, semejantes a árboles de Navidad, encendidos como lamparitas, brillaban suavemente. A Doris le pareció oír un leve suspiro que vagamente la sobresaltó. ¡Guy estaba siempre tan lleno de alegría!

—¿Qué te pasa, hombre? —preguntó Doris con dulzura.

—Nada. Podemos tomar otra copa —repuso jovialmente.

Al día siguiente, cuando llegó el correo, estaba de tan buen humor como siempre. El vapor costero se detenía ante la desembocadura del río dos veces al mes: una en su paso hacia las minas de carbón, y otra, de regreso. En el viaje de ida traía el correo, que Guy mandaba a buscar en un bote. Su llegada era un acontecimiento en sus monótonas existencias. Durante el primer día y el segundo husmeaban rápidamente todo lo que había llegado; cartas, periódicos ingleses, periódicos de Singapur, revistas, libros, dejando para las semanas siguientes un examen más detallado. Uno y otro se arrebatában los periódicos ilustrados. Si Doris no hubiera estado tan absorta en todo esto

habría notado en Guy algo muy extraño. Le hubiera sido difícil decir en qué consistía y más difícil aún explicarlo. Había en sus ojos una especie de constante vigilancia y en su boca un gesto de ansiedad.

Después, quizás una semana más tarde, estando una mañana en su habitación estudiando una gramática malaya (porque se dedicaba laboriosamente a aprender el idioma), oyó un revuelo afuera. Eran las voces del *boy* de la casa, hablando con acento enfurecido; la del otro hombre, tal vez el aguador, y la de una mujer, aguda e insultante. Después se oyó una bofetada. Ella se acercó a la ventana y abrió las persianas. El aguador había cogido a una mujer por el brazo y la arrastraba hacia afuera, mientras el *boy* la empujaba con las manos. Doris reconoció a la mujer que había estado vagando por los alrededores y, más tarde, cerca de la pista de tenis. Sostenía a un niño contra su pecho. Los tres chillaban furiosamente.

—¡Deteneos...! —gritó Doris—. ¿Qué hacéis?

Al oír su voz, el aguador soltó rápidamente a la mujer que, empujada por el *boy*, cayó al suelo. Hubo un repentino silencio, y el *boy* miró adustamente al espacio. El aguador vaciló un momento y después se escabulló como pudo. La mujer se ponía en pie lentamente, arregló al niño que tenía en sus brazos y se quedó mirando impasible a Doris. El *boy* le dijo algo que ella no pudo oír, aunque hubiera entendido el idioma, pero aunque su rostro no denotó que aquellas palabras significaban algo para ella, se alejó lentamente. El *boy* la siguió hasta la puerta del jardín. Al volver, Doris le llamó, pero él hizo como si no oyera, lo que aumentó su ira, llamándole de nuevo con más energía.

—¡Ven aquí inmediatamente! —gritó.

Y evitando su furiosa mirada, se adelantó hacia el *bungalow*. Al llegar se detuvo a la puerta, mirándola adustamente.

—¿Qué estabais haciendo con esa mujer? —preguntó con brusquedad.

—El *tuan* dijo que no viniera.

—Pues no debéis tratar así a una mujer. No lo quiero. Le diré al *tuan* todo lo que he visto.

El *boy* no contestó; miraba hacia otra parte, pero ella se dio cuenta de que la estaba observando a través de sus largas pestañas.

—Con esto ya hay bastante.

Sin una palabra se volvió hacia el pabellón de los criados. Doris se sentía exasperada y comprendió que le sería imposible seguir prestando atención a sus ejercicios de malayo. Después de un rato, el *boy* entró a poner el mantel para la comida. Repentinamente se fue hacia la puerta.

—¿Qué hay? —preguntó ella.

—El *tuan* viene.

Salió para coger el sombrero de Guy; sus agudos oídos habían percibido, antes que ella, el rumor de sus pasos. Guy, contra su costumbre, no subió inmediatamente; se había detenido, y Doris supuso que el *boy* se había adelantado para contarle el incidente de aquella mañana. Se encogió de hombros. El *boy*, evidentemente, quería contar su historia primero, pero se quedó atónita cuando Guy entró. Su rostro estaba ceniciento.

—¡Guy, ¡por Dios! ¿Qué ocurre?

Él enrojeció violentamente.

—Nada, ¿por qué?

Se quedó ella tan sorprendida que le dejó ir a su habitación sin pronunciar una palabra. El baño y el cambiarse de traje le costaron más tiempo que de costumbre, y cuando volvió les fue servida la comida.

—Guy —dijo ella cuando se sentaron—, aquella mujer que vimos el otro día ha estado otra vez aquí esta mañana.

—Eso me han dicho —contestó.

—Los *boys* la estaban tratando brutalmente. Tuve que detenerles. Realmente debes hablarles acerca de esto.

Aunque el malayo entendía cada palabra, no hizo el menor gesto de haberlo oído. Guy le alargó las tostadas.

—Se la avisó que no viniera por aquí y di instrucciones para que la echaran si volvía de nuevo.

–Pero ¿era necesario que fueran tan rudos?

–Se negaba a marcharse y no creo que fueran más rudos de lo necesario.

–Era horrible ver a una mujer tratada así. Tenía un nene en los brazos.

–No tan nene. Tiene ya tres años.

–¿Cómo lo sabes?

–Sé todo lo que se refiere a ella, y te digo que no tiene el menor derecho a venir aquí, importunando a todo el mundo.

–Pero ¿qué es lo que se propone?

–Se propone exactamente lo que hace... importunar.

Durante un rato Doris permaneció silenciosa. Estaba sorprendida del tono de su marido. Hablaba adustamente, como si todo aquello no le interesara, y ella le juzgó muy poco amable. Estaba, además, nervioso e irritado.

–Dudo que podamos jugar al tenis esta tarde –dijo él–. Me parece que vamos a tener tormenta.

Cuando Doris se despertó, llovía y era imposible salir. Durante el té, Guy permaneció silencioso y abstraído. Ella sacó su labor y se puso a coser. Guy se sentó para leer aquellos periódicos que aún no había leído de cabo a rabo, pero estaba nervioso. Se paseaba a lo largo de la espaciosa habitación y al fin salió a la veranda. Miró la lluvia persistente. ¿En qué estaría pensando? Doris se sentía agitada por vagos presentimientos.

Pero no habló hasta después de cenar. Durante su sencilla cena había tratado de mostrarse tan alegre como de costumbre, pero su esfuerzo era visible. La lluvia había cesado y la noche estaba estrellada. Se sentaron en la veranda. Para no atraer los insectos, habían apagado la luz del salón. A sus pies, con grandiosa y formidable pereza, el río corría, silencioso, lleno de misterio y fatalismo. Tenía algo de la terrible determinación e implacabilidad del destino.

–Doris... Tengo algo que decirte –murmuró repentinamente.

Su voz era extraña. ¿Era su imaginación lo que la hacía ver la dificultad que tenía para mostrarse sereno? Su corazón se dolió porque al poner, seria y suavemente, su mano entre las suyas él las apartó un poco bruscamente.

–Es una historia larga y temo que no te sea agradable; por eso es difícil de contar. Así es que te ruego que no digas nada hasta que haya terminado.

En la oscuridad no podía ver su rostro, pero se dio cuenta de que estaba descompuesto y no respondió. Él continuó en voz tan baja que apenas rompía el silencio de la noche.

–Tenía sólo dieciocho años cuando llegué aquí. Vine directamente de la escuela. Permanecí tres meses en Kuala-Solor y después fui enviado a un puesto, arriba del río Sembulu. En él estaba, naturalmente, un gobernador, que vivía con su esposa. Habitaba en la residencia oficial, pero acostumbraba a comer y cenar con ellos y también pasar las veladas. Fue un tiempo maravilloso. Después, el que desempeñaba este cargo cayó enfermo y tuvo que regresar a Inglaterra. Se disponía de pocos hombres, a causa de la guerra, y se me concedió su puesto. Naturalmente que yo era entonces muy joven, pero hablaba el idioma como un indígena, y, además, se acordaron de mi padre. Y yo me sentí muy orgulloso de mí mismo.

Permaneció en silencio mientras vaciaba la ceniza de su pipa y volvía a llenarla. Cuando encendió una cerilla, Doris, sin mirarle, se dio cuenta de que su mano temblaba.

–Nunca, hasta entonces, había estado solo. En casa, por supuesto, siempre habían estado mis padres y, generalmente, un criado. En la escuela, como es natural, siempre había tenido compañeros. En mi viaje, a bordo, todo el tiempo estuve rodeado de gente, y en Kuala-Solor lo mismo que en mi primer destino. Todo era igual a lo que estaba acostumbrado. Me pareció vivir siempre en medio de una muchedumbre. Me gusta la gente. Soy un hombre bullicioso y activo a quien le gusta divertirse. Todas las cosas me hacen reír, pero es necesario tener alguien con quien reír. Y aquí fue diferente. Desde luego, todo iba bien durante el día. Tenía mi trabajo y, además, podía hablar con los indígenas. Aunque eran entonces cazadores de cabezas y de vez en cuando tenía algún incidente con ellos, eran extraordinariamente decentes. Me llevaba perfectamente con ellos. Naturalmente me hubiera gustado encontrar un hombre blanco, pero ellos eran mejor que la soledad, y su trato más fácil para mí, porque no me consideraban completamente como un extraño.

Además, me gustaba el trabajo. Lo que resultaba un poco aburrido era por las tardes sentarme en la veranda y beber el gin y el whisky solo; pero podía leer y los *boys* estaban por los alrededores. El mío se llamaba Abdul. Había conocido a mi padre. Cuando estaba cansado de leer le daba un grito y charlábamos un rato.

»Pero las noches eran insoportables para mí. Después de cenar el *boy* se marchaba a dormir al poblado y me quedaba completamente solo. No se oía ni un ruido en el *bungalow*, excepto, de vez en cuando, el canto del *chikchak*. Acostumbraba a surgir del silencio tan repentinamente que me hacía dar un salto. Más allá del poblado se oía el gong, o a los leñadores, que debían estar divirtiéndose, y aunque no estaban muy lejos, yo no podía moverme de donde estaba. Me sentía cansado de leer. No podía estar más prisionero si hubiese estado en un calabozo. Y noche tras noche era lo mismo. Probé de beber tres o cuatro whiskies, pero es una pobre diversión el beber solo y no me alegraba lo más mínimo; lo único que conseguía era sentirme más quebrantado al día siguiente. Probé también de irme a la cama inmediatamente después de cenar, pero no podía dormir. Tenía que estar en la cama, cada vez con más calor y cada vez más despierto, hasta que ya no sabía qué hacer. ¡Diablos...! Aquellas noches eran largas. Tú no sabes que llegué a sentirme tan caído –ahora me río al recordarlo, pero entonces sólo tenía diecinueve años y medio– que a veces lloraba.

»Así, una tarde, después de cenar, en que Abdul ya había hecho todo y se disponía a marcharse, se permitió toser significativamente. Después me preguntó si no me sentía aburrido durante la noche estando solo en casa.

»–¡Oh, no! –le contesté–. Estoy perfectamente.

»No quería que supiese lo loco que era, pero suponía que estaba enterado de todo. Sin embargo, permaneció de pie sin hablar, y yo adiviné que tenía algo que decirme.

»–¿Qué hay? –le pregunté–. Vamos, desembucha de una vez.

»Entonces me dijo que si quería que una mujer viniese a vivir conmigo, pues sabía de una que consentiría. Se trataba de una muchacha muy buena y podía recomendármela. Además, no me causaría ninguna molestia y siempre sería alguien para hacerme compañía en el *bungalow*. Ella arreglaría las cosas para mí...

»Me sentía terriblemente deprimido. Había estado lloviendo todo el día y no había podido hacer ninguna clase de ejercicio. Yo comprendí que tardaría horas en dormirme. Además, me dijo que no me costaría mucho. Su familia era pobre y quedaría completamente satisfecha con un pequeño regalo. Unos doscientos dólares.

»–Usted la ve –me dijo–. Si no le gusta la despide.

»Entonces le pregunté dónde estaba.

»–Está ahí –dijo–. Voy a llamarla.

»Se fue hacia la puerta. Estaba esperando en la escalera con su madre. Cuando entraron se sentaron en el suelo. Les di algunos dulces. Ella, naturalmente, estaba cohibida, pero bastante tranquila, y yo no sé qué le dije que la hizo reír. Era muy joven, poco más que una niña; según me dijeron tenía quince años; pero estaba muy bonita adornada con sus mejores vestidos. Empezamos a charlar. No hablaba mucho, pero se reía cada vez que me dirigía a ella. Abdul dijo que hablaría más en cuanto me conociese mejor. Entonces le rogué que se acercara y se sentase a mi lado. Ella sonrió, negándose, pero su madre la mandó que lo hiciera y vino a acomodarse junto a mí. El *boy* se rió.

»–Ya ve –dijo–. Ya se siente atraída por usted. ¿Quiere que se quede? –preguntó.

»–¿Tú quieres? –pregunté a ella.

»Escondió su rostro, riendo, en mi hombro. Me pareció muy dulce e infantil.

»–Muy bien –dije–. Pues que se quede.

Guy se inclinó hacia delante, sirviéndose un whisky.

–¿Puedo hablar ahora? –preguntó Doris.

–¡Espera un momento! Todavía no he acabado. No estaba enamorado de ella. Ni siquiera al principio. Solamente quería tener a alguien conmigo en el *bungalow*. Estaba seguro que, de haber continuado así, me hubiese vuelto loco o me hubiese entregado a la bebida. De nadie he estado enamorado, excepto de ti... –Vaciló un momento–. Ella vivió aquí hasta el año pasado, en que fui a Inglaterra de vacaciones, y es la mujer que tú has visto rondando por ahí.

–Lo suponía. Lleva un niño en los brazos. ¿Es tuyo?

–Sí... Es una niña.

–¿Es la única?

–Ya viste a aquellos dos niños en el poblado. Tú misma me los señalaste.

–¿Has tenido tres niños, entonces?

–Sí.

–Pues ya es una familia.

Ella advirtió el rápido movimiento que su observación provocó en él, pero, sin embargo, no dijo una palabra.

–¿Y ella no supo que tú estabas casado hasta que, repentinamente, te presentaste aquí con una mujer? –preguntó Doris.

–Ella sabía que yo me iba a casar.

–¿Cuándo?

–La mandé con su familia antes de marcharme de aquí. Le dije que todo había terminado y le di lo que le había prometido. Ella ya sabía que aquello sólo era una situación transitoria y, además, ya estaba cansado. Por eso le dije que iba a casarme con una mujer blanca.

–¡Pero si tú entonces no me conocías!

–No... Lo sé. Pero estaba decidido a casarme en Inglaterra –bromeó como de costumbre–. No me importa decirte que me sentía un poco desesperado, pero en cuanto te vi me enamoré, decidiendo que serías tú o ninguna.

–¿Por que no me lo dijiste? ¿No te parece que habría sido más noble el darme una oportunidad para que yo juzgase? Pero debiste pensar que sería una sorpresa para una mujer el encontrarse con que su marido ha vivido durante diez años con otra y que tiene ya tres hijos.

–No podía esperar que tú lo comprendieses. Las circunstancias aquí son muy especiales. Es algo corriente. De seis, lo hacen cinco, y pensé que esto quizá te disgustaría, y no quería perderte, porque ya viste que estaba locamente enamorado de ti, como lo estoy ahora, querida, y no era probable que tú lo supieras nunca, porque no esperaba volver a ese puesto. Rara vez, después de unas vacaciones, se vuelve al mismo destino. Cuando vinimos le ofrecí dinero para que se fuera a otro sitio; al principio dijo que lo haría, pero después cambió de parecer.

–¿Y por qué me lo has dicho ahora?

–Porque está dándome unas escenas terribles. No sé cómo ha descubierto que tú no sabes nada y entonces empezó su chantaje. Ya le he dado una cantidad enorme de dinero, y por eso ordené que no se le permitiera entrar aquí. La escena de esta mañana no tenía otra finalidad que atraer tu atención. Quería asustarme. Y las cosas no podían seguir así; por eso comprendí que el único recurso era ponerlo todo en claro.

Cuando hubo terminado, reinó un profundo silencio. Al fin cogió su mano.

–¿Verdad que me comprendes, Doris? Aunque bien sé que mi conducta es de censurar.

Ella no retiró su mano, pero la sentía helada en la suya.

–¿Tienes celos?

Doris no contestó.

–Supongo que como aquí tenía todas las comodidades, ahora siente no disfrutarlas más. Pero ella nunca estuvo más enamorada de mí que yo de ella. Ya sabes que, en realidad, las mujeres indígenas nunca se enamoran de los hombres blancos.

–¿Y los niños?

–¡Ah! Los niños están perfectamente. Ya me he preocupado por ellos. Tan pronto como tengan edad los enviaré a una escuela de Singapur.

–¿Y no representan nada para ti?

Él vaciló.

–Quiero ser completamente franco contigo. Sentiría que alguna cosa les sucediese. Cuando iba a nacer el primero, no estaba más encariñado con él que su madre. Supongo que lo habría estado si hubiese sido blanco. Desde luego, de pequeño era gracioso y encantador, pero no tenía un verdadero sentimiento de que fuese mío ni ninguna idea de que me perteneciese. Muchas veces me he

censurado esto, que no me parece natural, pero la honrada verdad es que para mí no significa más que el hijo de otro cualquiera. Créeme que se ha hablado mucho acerca de los hijos por aquellos que no los tienen.

Ahora lo sabía todo y él esperó que hablara, pero ella no dijo nada. Seguía sentada, inmóvil.

—¿Hay algo más que quieras preguntarme, Doris?

—No... Tengo algo de dolor de cabeza y me parece que me voy a la cama. —Su voz era tranquila como siempre—. Exactamente no sé qué decir. Desde luego, todo ha sido tan inesperado que debes dejarme algún tiempo para pensar.

—¿Estás enfadada conmigo?

—No... De ninguna manera. Sólo que debes dejarme a solas un rato. No te muevas. Me voy a la cama.

Se levantó de la otomana y puso la mano sobre su hombro.

—Hace tanto calor esta noche que voy a dormir en el gabinete. Buenas noches.

Se fue y oyó cómo cerraba la puerta de la habitación.

Al día siguiente estaba pálida y él pudo comprender que no había dormido. En su conducta no había ningún resentimiento; habló como de costumbre, pero sin naturalidad; charló de eso y de aquello, como si estuviera con un extraño. Nunca habían tenido ningún disgusto, pero a Guy le pareció que hablaría de aquél durante mucho tiempo después, de la reconciliación. La mirada de sus ojos le tenía perplejo; le pareció leer en ellos un miedo extraño. En cuanto acabaron de cenar, dijo:

—No me siento bien esta noche. Me voy a acostar inmediatamente.

—Lo siento, querida —exclamó él.

—No es nada... Dentro de un día o dos estaré perfectamente.

—Iré más tarde a darte las buenas noches.

—No... No vengas. Quiero dormirme en seguida.

—Bueno... Dame un beso antes de irte.

Él vio cómo enrojecía. Por un instante pareció vacilar. Después, desviando la vista, se inclinó hacia él. La cogió en sus brazos y buscó su boca, pero ella volvió el rostro, y la besó en la mejilla. Entonces se fue rápidamente, y de nuevo oyó dar suavemente la vuelta a la llave de su puerta. Él se echó pesadamente en una silla. Trató de leer, pero sus oídos estaban atentos al menor ruido procedente de la habitación de su esposa. Ella había dicho que se iba a la cama, pero no la oyó moverse. Él silencio de su habitación le puso extraordinariamente nervioso. Tapando con su mano la luz de la lámpara, vio un resplandor debajo de la puerta; todavía no había apagado la luz. ¿Qué estaría haciendo? Dejó el libro. No le hubiera sorprendido que hubiese estado enfadada con él, y hasta que hubieran tenido un altercado, o, al menos, que se hubiera puesto a llorar; contra eso habría podido luchar, pero le asustaba su tranquilidad. Y, después, ¿qué significaba aquel miedo que había visto en sus ojos tan claramente? Volvió a pensar de nuevo en todo lo que le había dicho la noche anterior. No sabía de qué otra manera podía habérselo dicho. Después de todo, el punto principal era que había hecho lo mismo que todo el mundo y que todo había terminado mucho antes de que la encontrara. Claro que, como las cosas resultaron, había sido un loco: pero nadie podía ser avisado antes que escarmentado. Puso su mano sobre el corazón. Era extraño el dolor que sentía en él.

—Me parece que éste es el estado a que las gentes se refieren cuando dicen que están acongojadas —murmuró para sí mismo—. Me gustaría saber cuánto tiempo va a durar esta situación.

¿Debería llamar a su puerta y decirle que quería hablar con ella? Era mejor acabar de una vez. Tenía que hacérselo comprender. Pero aquel silencio le asustaba. No se oía el menor ruido. Quizá fuese mejor dejarla sola. Tenía que reconocer que había sido una sorpresa para ella y debía concederle todo el tiempo que necesitase. Después de todo, ella sabía cuán profundamente la amaba. Paciencia, era el único recurso; quizá estuviera reflexionando; debía darle tiempo... Habrá que tener paciencia.

A la mañana siguiente él le preguntó si había dormido bien.

—Sí —repuso.

—¿Estás enfadada conmigo? —inquirió.

—Ni lo más mínimo.

—¡Ah, querida! ¡Cuánto me alegro! He sido un bruto y una bestia. Ya sé que todo esto ha sido odioso para ti. Perdóname; he sufrido tanto...

—No sólo te perdono, sino que nada te reprocho.

Él sonrió con una sonrisa triste. En sus ojos había una mirada de perro apaleado.

—No me ha gustado mucho dormir solo las dos últimas noches.

Ella apartó la vista. Su rostro había palidecido.

—He hecho sacar la cama de mi habitación. Ocupaba demasiado espacio. En su sitio he puesto una pequeña cama de campaña.

—Pero, querida, ¿qué estás diciendo?

—Nunca más volveré a vivir contigo como tu esposa.

—¿Nunca?

Ella movió la cabeza. Él la miró sin comprender. Apenas si podía creer lo que había oído, y su corazón empezó a latir dolorosamente.

—Pero eso no es ser leal conmigo, Doris.

—¿No crees que también ha sido poco leal el traerme aquí en estas circunstancias?

—¡Pero tú misma acabas de decir que no me reprochabas nada!

—Es cierto; pero es diferente... No puedo.

—¿Y cómo vamos a vivir juntos así?

Ella miró al suelo. Parecía reflexionar.

—Cuando tú intentaste besarme en la boca la otra noche, casi me sentí enferma.

—¡Doris!

Ella le miró repentinamente con los ojos fríos y hostiles.

—¿La cama donde yo dormía es donde ella dio a luz a sus hijos? —Ella vio cómo enrojecía profundamente—. ¡Oh, es horrible! ¿Cómo podría yo...? —Retorció sus manos, y sus dedos contorsionados parecieron pequeñas y ondulantes serpientes: pero hizo un esfuerzo y se dominó—. Ya he tomado una decisión. Yo no quiero ser desleal contigo, pero hay algunas cosas que tú no puedes obligarme a hacer. Lo he pensado todo. No he hecho otra cosa, noche y día, desde que me lo contaste hasta quedar rendida. Mi primera intención fue salir y marcharme en seguida. El vapor estará aquí dentro de dos o tres días.

—¿El que yo te ame no representa nada para ti?

—¡Ah...! Ya sé que me amas y no voy a hacer eso. Vamos a tener los dos una ocasión. También te he amado yo, Guy. —Su voz se quebró, pero no lloró—. No quiero ser irrazonable, y Dios sabe que tampoco desleal, pero, Guy, ¿quieres darme tiempo?

—No comprendo bien lo que quieres.

—Quiero únicamente que me dejes sola. Estoy asustada de mis propios sentimientos.

Había acertado, entonces. Ella estaba asustada.

—¿Qué sentimientos?

—Te ruego que no me lo preguntes. No quiero decir nada que pueda herirte y quizá pueda sobreponerme a ello. Dios sabe que es lo que deseo y te prometo que lo intentaré. Déjame seis meses; haré por ti lo que quieras, excepto una cosa... —Hizo un gesto de apelación—. No hay razón para que no seamos felices juntos, y si tú realmente me amas tendrás... paciencia.

Él suspiró profundamente.

—Bien... —dijo—. Naturalmente, no quiero obligarte a nada contra tu voluntad. Se hará como tú dices.

Se sentó pesadamente durante un rato, como si repentinamente hubiese envejecido; el moverse representaba un terrible esfuerzo. Después se levantó.

—Me voy a la oficina. Cogió su sombrero y salió.

Y transcurrió un mes. Las mujeres disimulan sus sentimientos mejor que los hombres, y cualquier extraño que los hubiera visitado no habría podido adivinar la angustia de Doris, pero en Guy era patente el esfuerzo. Su rostro franco y lleno de buen humor estaba ensombrecido, y en sus ojos había una mirada de deseo y cansancio. Observaba a Doris. Estaba alegre y seguía burlándose de él como de costumbre: continuaban jugando al tenis y hablaban de una cosa y de otra. Pero,

evidentemente, ella estaba representando un papel, y al fin, incapaz de contenerse más tiempo, él trató de hablar de nuevo de sus relaciones con la mujer malaya.

–¡Oh, Guy...! No hay razón para que volvamos otra vez a eso –contestó alegremente–. Ya has dicho lo que tenías que decir y no te lo reprocho.

–¿Por qué me castigas, entonces?

–¡Pero, mi pobre amigo, si yo no quiero castigarte! No es culpa mía si... –Se encogió de hombros–. La naturaleza humana es muy extraña.

–No te comprendo.

–No lo intentes.

Las palabras podían haber sido rudas, pero las suavizó con una sonrisa agradable y amistosa. Cada noche, cuando se iba a acostar, se inclinaba sobre Guy, besándole ligeramente en la mejilla. Sus labios sólo le tocaban y era como si una polilla le rozase suavemente el rostro.

Pasó otro mes, y un tercero y, repentinamente, los seis meses que habían parecido tan interminables. Guy se preguntó si ella se acordaría de su pacto. Prestó intensa atención a todo lo que decía, a cada gesto de su rostro y a cada movimiento de sus manos; pero ella permaneció impenetrable. Le había pedido seis meses... Bien; ya habían pasado. Era martes aquel día, y el *praho* saldría en la madrugada del viernes para esperar el vapor. Excepto en las comidas cuando Doris se esforzaba en entablar conversación, últimamente apenas si habían hablado. Después de cenar, como de costumbre, cogieron sus libros y se pusieron a leer, pero cuando el *boy* hubo terminado de quitar la mesa y se marchó, Doris dejó el suyo.

–Guy... Tengo algo que decirte... –murmuró.

Su corazón le dio una sacudida y notó que palidecía.

–Vamos, querido, no te lo tomes así, no es tan terrible –dijo riendo.

–¿Qué es?

Pero él notó que su voz temblaba ligeramente.

–Quiero que hagas algo por mí.

–Querida mía, haré lo que quieras.

Él alargó su mano para alcanzar la suya, pero ella la apartó.

–Quiero que me dejes volver a Inglaterra.

–¿Tú...? –gritó espantado–. ¿Cuándo? ¿Por qué?

–He aguantado todo lo que he podido; pero ya no puedo más.

–¿Cuánto tiempo quieres estar...? ¿Para siempre?

–No lo sé, pero creo que sí... –añadió con determinación–: Sí, para siempre...

–¡Oh, Dios mío!

Su voz se quebró y ella creyó que iba a llorar.

–¡Ah, Guy...! No me reproches nada. Realmente no es culpa mía. No puedo evitarlo.

–Me pediste seis meses y yo acepté tus condiciones. No creo que puedas decir que te he estado molestando.

–No..., no.

–He tratado de ocultarte lo que he sufrido durante ese tiempo.

–Lo sé... y te lo agradezco. Has sido muy bueno para mí, y escucha, Guy, quiero decirte de nuevo que no te reprocho ni una sola cosa de las que has hecho. Después de todo, sólo eras un muchacho y no hiciste más que los otros. Y sé lo que es aquí la soledad. ¡Ah, querido, no sabes cuánto lo siento! Sabía esto desde el principio y es por lo que te pedí seis meses de tiempo. Mi sentido común me dice que estoy haciendo una montaña de un grano de arena, que no soy razonable ni leal contigo, pero ya sabes que el sentido común no tiene nada que ver con esto. Mi alma entera se subleva. Cuando veo a esa mujer y los niños en el pueblo, me tiemblan las piernas. Y todo en esta casa; cuando pienso en esa cama donde he dormido, se me pone la carne de gallina. Tú no sabes lo que he pasado.

–Me parece que la he convencido para que se vaya, y yo he pedido mi traslado.

–Eso no solucionaría nada. Ella estará siempre aquí. Tú les perteneces a ellos y no a mí. Yo creo que quizá hubiera podido quedarme de haber sólo un niño, pero tres..., y los niños son ya unos

muchachos. Durante diez años has dividido con ella. –Y entonces dijo lo que hasta aquel momento había estado tratando de decir: estaba desesperada–. Es algo físico que no puedo evitar, que es más fuerte que yo. Me imagino sus brazos delgados y morenos en torno a tu cuello y me das náuseas. Te imagino a ti teniendo en tus brazos a esos niños de color... ¡Ah! Es repugnante. Tu contacto es odioso para mí. Cada noche, cuando tengo que besarte, necesito luchar contra esa sensación. Aprieto los puños, esforzándome en tocar tu rostro. –Y contraía sus dedos en nerviosa agonía y no lograba dominar su voz–. Ya sé que soy yo la que ahora es digna de censura. Soy una mujer necia e histérica. Pensé que podría dominarme, pero no he podido ni podré nunca. Todo es culpa mía y estoy dispuesta a sufrir las consecuencias. Si tú dices que debo quedarme, me quedaré, pero si me quedo será mi muerte; por eso te ruego que me dejes marchar.

Y entonces saltaron las lágrimas que había contenido durante tanto tiempo; y lloró con toda su alma. Hasta entonces nunca la había visto llorar.

–Desde luego no quiero que te quedes aquí contra tu voluntad –dijo él roncamente.

Extenuado, se reclinó en su silla. Sus facciones estaban alteradas. Era terriblemente doloroso ver en aquel semblante, tan plácido de costumbre, un dolor tan marcado.

–Lo siento mucho, Guy... He roto tu vida, pero también la mía. ¡Y hubiéramos podido ser tan felices!

–¿Cuándo quieres marchar? ¿El viernes?

–Sí.

Ella le miró lastimosamente y él escondió su rostro en sus manos. Finalmente levantó la vista.

–Estoy cansado... –murmuró.

–¿Puedo irme?

–Sí.

Durante dos minutos quizá, permanecieron inmóviles, sin decir palabra. Ella se sobresaltó al oír el grito del *chikchak*, penetrante, ronco y tan extrañamente humano. Guy se levantó, dirigiéndose hacia la ventana. Se inclinó sobre la barandilla mirando al río deslizarse blandamente. Oyó a Doris ir a su dormitorio.

A la mañana siguiente, más temprano que de costumbre, llamó a su habitación.

–¿Quién?

–Tengo que remontar el río y volveré tarde.

–Bien.

Ella entendió. Se las había arreglado para estar fuera todo el día y no presenciar cómo hacía el equipaje. Fue un trabajo agotador.

Cuando hubo guardado todos sus vestidos contempló alrededor de la habitación todas las cosas suyas. Le pareció terrible llevárselas, así es que lo dejó todo menos una fotografía de su madre. Guy no volvió hasta las diez de la noche.

–Siento no haber estado aquí para cenar –dijo–. Pero el jefe del poblado que he ido a visitar me dio a resolver bastantes asuntos.

Ella advirtió cómo sus ojos vagaban por la habitación advirtiendo que el retrato de su madre no estaba ya en su sitio.

–¿Está todo dispuesto? –preguntó–. Ya he mandado al barquero que esté en el muelle al rayar el alba.

–He dicho al *boy* que me llame a las cinco.

–Será conveniente que te dé dinero. –Fue a su escritorio, firmó un cheque, y, de su cajón, sacó algunos billetes–. Aquí tienes para ir hasta Singapur, donde podrás hacer efectivo el cheque.

–Gracias.

–¿Quieres que te acompañe hasta la desembocadura del río?

–No, me parece que será mejor que nos digamos adiós aquí.

–Perfectamente; y ahora me voy a acostar. Ha sido una dura jornada y estoy rendido.

Ni siquiera tocó su mano. Fue a su aposento. A los pocos minutos ella oyó cómo se metía en la cama. Durante un rato permaneció contemplando por última vez aquella habitación en la que había

sido tan feliz y tan desgraciada. Suspiró profundamente. Se levantó después, dirigiéndose a su cuarto. Todo estaba recogido excepto las pocas cosas que necesitaba para la noche.

Era aún oscuro cuando el *boy* les despertó. Se vistieron rápidamente, y cuando estuvieron dispuestos el desayuno estaba ya servido. Oyeron entonces el bote acercarse al muelle, debajo del *bungalow*, y los criados que llevaban el equipaje. Hicieron un lamentable simulacro de comer. La oscuridad iba disolviéndose y el río tenía una apariencia espectral. No era aún de día, pero tampoco de noche. En el silencio que reinaba, las voces de los indígenas en el muelle se oían con toda claridad. Guy miró el plato intacto de su esposa.

–Si has terminado, me parece que es hora de marchar.

Ella no contestó. Se levantó de la mesa y fue a su habitación, para ver si se había olvidado alguna cosa. Después, juntos, se encaminaron al desembarcadero. Una senda tortuosa era el camino del río. En el desembarcadero, la Guardia indígena, con sus brillantes uniformes, estaba alineada y presentaron armas cuando Doris y Guy pasaron. Ella quería desesperadamente decirle una última palabra de aliento, implorar por última vez su perdón, pero parecía haberse quedado repentinamente muda.

Él tendió su mano.

–Bueno... Adiós... Espero que tengas un buen viaje.

Se estrecharon las manos.

Guy hizo una señal al barquero y el bote se alejó. La claridad iba extendiéndose progresivamente por el río, pero la noche reinaba aún entre los árboles oscuros de la floresta. Permaneció en el desembarcadero hasta que el bote se perdió en las sombras de la mañana. Después, con un suspiro, se volvió. Saludó distraídamente cuando la Guardia presentó armas de nuevo. Al llegar al *bungalow* llamó al *boy* y fue a la habitación, recogiendo las cosas de Doris.

–Empaqueta todo eso –dijo–. No está bien dejarlo por aquí.

Después se sentó en la veranda y contempló cómo gradualmente avanzaba el día, con su amargo pesar, inmerecido y abrumador. Al fin miró su reloj. Era hora de ir a la oficina. Por la tarde no pudo dormir. Su cabeza le dolía terriblemente y, cogiendo la escopeta, salió para dar un paseo por la floresta. No cazó nada; solamente caminaba para cansarse. Hacia la caída del sol volvió, bebiéndose dos o tres vasos de whisky; ya era hora de vestirse; podría ponerse cómodo; así que sólo se puso una chaqueta indígena y un *sarong*. Esto era lo que acostumbraba a llevar antes de que viniese Doris. Estaba descalzo. Cenó descuidadamente y el *boy*, después de quitar la mesa, se fue. Él se quedó leyendo *The Teller*. El *bungalow* estaba silencioso. No podía leer y el periódico cayó sobre sus rodillas. Estaba extenuado. No podía pensar y su imaginación estaba extrañamente vacía. Aquella noche, el *chikchak* no paraba y su ronco e inesperado grito parecía burlarse de él. Apenas si se podía creer que un grito tan agudo saliera de una garganta tan pequeña. Repentinamente oyó una tos discreta.

–¿Quién está ahí? –gritó.

Hubo una pausa. Miró la puerta. El *chikchak* reía ásperamente. Apareció un muchacho, que se detuvo en el umbral.

Era un mestizo con una chaqueta agujereada y un *sarong*. Era el mayor de sus hijos.

–¿Qué quieres? –preguntó Guy.

El *boy* entró en la habitación, sentándose a la manera indígena.

–¿Quién te mandó venir?

–Mi madre me envía... Ella pregunta si necesita algo.

Guy miró al muchacho fijamente. No dijo nada más; estaba sentado y esperaba con los ojos bajos, tímidamente. Entonces, Guy escondió su rostro entre las manos, reflexionando amargamente. ¿De qué le serviría...? Todo había terminado... ¡Terminado...! Se rindió.

Incorporándose en la silla dejó escapar un profundo suspiro.

–Dile a tu madre que recoja sus cosas y las tuyas... Puede volver.

–¿Cuándo? –preguntó el chico, impasible.

Dos lágrimas ardientes inundaron la redonda faz de Guy.

–Esta noche... –murmuró.

EL ROJO

(Red)

El patrón metió la mano en uno de los bolsillos de sus pantalones y con dificultad, porque no estaban a los lados sino delante y era un hombre corpulento, sacó un gran reloj de plata. Lo miró y después volvió la vista hacia el sol poniente. El *kanaka* que estaba en el timón le echó una mirada, pero no despegó los labios. Los ojos del patrón se fijaron en la isla hacia la cual navegaban. Una blanca línea de espuma señalaba los arrecifes. Conocía la existencia de un canal lo suficientemente ancho para que pasase el barco, y esperaba verlo cuando se acercasen un poco más. Tenían aún casi una hora de luz. En la laguna el agua era profunda y podría fondear con toda comodidad. El jefe del poblado, que ya se alcanzaba a divisar entre los cocoteros, era amigo del contraмаestre y le seducía la perspectiva de pasar la noche en tierra. El contraмаestre se le acercó entonces y el patrón se volvió hacia él, diciéndole:

–Nos llevaremos una botella y podremos convidar a algunas muchachas para que bailen.

–No veo el canal –contestó el contraмаestre.

Era un *kanaka*, un sujeto atrayente y moreno, con un cierto aire de los últimos emperadores romanos, propenso a la gordura; pero su rostro era de facciones correctas.

–Estoy completamente seguro que debe haber una entrada –dijo el capitán mirando con sus gemelos–. No comprendo cómo no la veo. Manda un grumete al palo para que eche una mirada.

El contraмаestre llamó a uno de la tripulación y le dio la orden. El capitán contempló cómo subía el *kanaka* y esperó a que hablase, pero éste gritó que no veía otra cosa que la inalterable línea de espuma. El patrón, que hablaba el samoano como un indígena, le llenó de maldiciones.

–¿Se queda arriba? –preguntó el contraмаestre.

–¿Qué diablos va a hacer? –contestó el capitán–. Ese condenado no ve más allá de sus narices. Apostaría cualquier cosa que si estuviera en su sitio no tardaría en descubrir la entrada.

Miró al delgado mástil con ira. No ofrecía ninguna dificultad para un indígena acostumbrado a trepar toda su vida por los cocoteros. Pero él era gordo y pesado.

–¡Baja! –le gritó–. No sirves para nada. Tendremos que navegar a lo largo de los arrecifes hasta que encontremos la entrada.

El barco, una goleta de setenta toneladas y con un motor auxiliar de aceite pesado, podía navegar, no teniendo el viento de proa, a unos cuatro o cinco nudos. Era un sórdido trasto que había sido pintado de blanco hacía mucho tiempo y que ahora estaba sucio y lleno de manchas. Oía fuertemente a petróleo y copra, que eran sus habituales cargamentos.

Entonces se hallaban a unos cien pasos de los arrecifes y el capitán ordenó al timonel que navegara a lo largo, hasta que viera el canal. Pero cuando habían avanzado unas dos millas comprendió que lo habían perdido. Viró en redondo y, trabajosamente, volvió hacia atrás. La blanca espuma de los arrecifes continuaba sin interrupción y el sol se estaba poniendo.

Con una maldición a la estupidez de su gente, el patrón se resignó a esperar al otro día.

–Alejémonos –dijo–. Aquí no podemos fondear.

Navegaron un rato mar adentro y cuando fondearon era ya completamente de noche. Al arriar las velas, el buque empezó a cabecear. En Apia decían que una vez cabecearía hasta volcar y su dueño, un germanoamericano, director de uno de los mayores almacenes, contestaba que no tenía bastante dinero para desprenderse de él.

El cocinero, un chino con unos pantalones blancos muy sucios y andrajosos y una túnica también blanca, vino a decir que la cena ya estaba dispuesta, y cuando el patrón entró en la cabina, el mecánico ya estaba sentado a la mesa. Era un hombre alto y delgado, con un cuello esquelético. Iba vestido con un mono azul y un jersey sin mangas, dejando al aire sus brazos delgados, tatuados de la muñeca al codo.

–Es un infierno el tener que pasar la noche aquí –dijo el patrón.

El mecánico no contestó y comieron en silencio. La cabina estaba alumbrada por una pequeña lámpara de aceite. Cuando tomaron la compota de albaricoque con que terminaron la comida, el chino les trajo una taza de té. El patrón encendió un cigarro y salió al puente; La isla era entonces

una masa oscura en la noche. Las estrellas brillaban intensamente y el único ruido que se escuchaba era el incesante rumor de las rompientes. El patrón se hundió en su butaca, fumando perezosamente. Tres o cuatro marineros habían subido a sentarse sobre cubierta. Uno tenía un banjo, otro una concertina. Empezaron a tocar, y otro cantó. La canción indígena parecía extraña con aquellos instrumentos. Después del canto una pareja se puso a bailar. El baile fue bárbaro, salvaje y primitivo; vertiginoso y con ágiles movimientos de las manos y de los pies y contorsiones del cuerpo; una danza sensual, sexual incluso, pero con un sexualismo ausente de pasión; una danza animal, fantástica, sin misterio; en una palabra, natural, casi se podría decir infantil. Al final se cansaron, tumbándose en el puente para dormir, y todo quedó en silencio.

El patrón se levantó pausadamente de su butaca y se dirigió a la cabina. Se desnudó, tumbándose en la litera, respirando afanosamente por el calor de la noche.

A la mañana siguiente, cuando la aurora iluminó el mar tranquilo, vieron un poco más hacia el Este la entrada a través de los arrecifes, que no habían podido descubrir en la noche pasada. La goleta entró en la laguna. No había en ella ni una ola que rizase la superficie del agua. Mirando al fondo se podía ver nadar, entre las rocas del coral, pequeños peces de colores. Cuando fondeó el barco, el patrón se desayunó, subiendo después al puente. El sol brillaba en un cielo sin nubes, pero el aire de la mañana era agradable. Era domingo y en todo había un sentimiento de quietud y de silencio; esto produjo al patrón una extraña sensación de reposo. Se sentó mirando la costa poblada de árboles, sintiéndose feliz.

Una lenta sonrisa cruzó sus labios y, tirando la colilla de su cigarro al agua, dijo:

–Voy a ir a tierra. Echad el bote.

Bajó erguido la escalera y le condujeron a la pequeña ensenada.

Los cocoteros crecían hasta el borde del agua, pero no en hileras, sino esparcidos, con una ordenada formalidad. Era como un coro de solteras maduras, pero alegres, manteniéndose en actitudes aceptadas con la eterna gracia de una edad perdida. Caminó a la ventura entre ellos, siguiendo una senda tortuosa, que apenas entreveía y que le llevó a una ancha caleta. Sobre ella había un puente tendido, pero un puente construido solamente con troncos de cocotero, por una docena de ellos, puestos unos a continuación de otros, sostenidos donde se yuxtaponían por una rama en forma de horquilla, hundida en el lecho de la caleta. Había que pasar sobre una superficie lisa, estrecha y resbaladiza, sin ninguna pasarela para agarrarse. Para cruzar un puente de esa naturaleza se necesitaba un pie seguro y un corazón firme. El patrón vaciló pero vio al otro lado, anidada entre los árboles, la casa de un hombre blanco. Al fin se decidió y con extraordinarias precauciones empezó a cruzar el puente. Colocaba sus pies con cuidado meticuloso, y titubeaba un poco allá donde un tronco se unía con el siguiente y había una diferencia de nivel. Con un suspiro de alivio pasó al otro lado. Estuvo tan abismado venciendo las dificultades de aquel paso, que no se dio cuenta de que alguien le había estado observando; así es que sintió la natural sorpresa cuando oyó que le decían:

–Se necesitan unos nervios templados para cruzar estos puentes cuando uno no está acostumbrado.

Levantó la vista y vio a un hombre delante de él que le miraba con actitud expectante. Evidentemente procedía de la casa que había visto antes.

–Le he visto vacilar –continuó aquel hombre con una sonrisa en los labios–. Y estaba esperando verle caer.

–Por nada del mundo –repuso el capitán, que había recobrado su confianza.

–Yo ya me caí una vez. Recuerdo una tarde que volvía de cazar y me caí con escopeta y todo. Ahora tengo un muchacho para que me la lleve.

Era un hombre de edad mediana, con una pequeña barba gris, y de rostro delgado. Vestía una blusa sin mangas y unos pantalones blancos. Iba sin zapatos ni calcetines. Hablaba el inglés con un ligero acento extranjero.

–¿Es usted Neilson? –preguntó el patrón.

–Sí.

–He oído hablar de usted. Sabía que vivía por estos alrededores.

El patrón siguió a Neilson a un pequeño *bungalow*, sentándose pesadamente en la silla que le ofrecieron. Mientras Neilson fue a buscar whisky y vasos, echó una mirada a su alrededor. Los estantes ocupaban, desde el suelo hasta el techo, las cuatro paredes y estaban abarrotados. Había un piano materialmente cubierto de partituras y una mesa espaciosa con libros y revistas en desorden. La habitación le llenó de confusión. Recordó que Neilson era un sujeto extraño. Nadie sabía mucho acerca de él, a pesar de los años que llevaba en las islas, pero aquellos que le conocían estaban de acuerdo en que era un lunático. Era sueco.

–Ha reunido un buen montón de libros –le dijo a Neilson cuando volvió.

–No hacen daño –repuso éste sonriendo.

–¿Los ha leído todos? –preguntó el patrón.

–La mayor parte.

–También a mí me gusta leer. Estoy suscrito al *Saturday Evening Post*.

Neilson sirvió un buen vaso de whisky al huésped y le dio un cigarro. El patrón le dijo espontáneamente:

–Llegué la noche última, pero no pude encontrar la entrada y tuve que fondear afuera. Nunca había hecho esta ruta, pero mi gente tenía que traer mercancías para Gray. ¿Lo conoce usted?

–Sí. Tiene un almacén cerca de aquí.

–Bien; quiere desprenderse de una partida de caña a cambio de copra. Era mejor venir que permanecer ociosos en Apia. Mi ruta habitual era de Apia a Pago-Pago, pero se ha declarado una epidemia de viruela y no se puede hacer nada por allá.

Bebió un sorbo de whisky y encendió el cigarro. Era un hombre taciturno, pero había algo en Neilson que excitaba su curiosidad, obligándole a hablar. El sueco le miraba con sus ojos grandes y oscuros, en los que brillaba una ligera expresión de regocijo.

–Ha logrado hacer este sitio agradable.

–He hecho lo que he podido.

–Los árboles deben darle un buen rendimiento con el valor que tiene ahora la copra. Me parecen inmejorables. Yo también tuve una pequeña plantación en Opolu, pero me vi obligado a venderla.

Miró de nuevo alrededor de la habitación donde todos aquellos libros le hacían sentir algo incomprensible y hostil, algo que le repelía.

–Sin embargo –añadió–, me parece que debe encontrarse un poco solo.

–Me he acostumbrado. Llevo veinticinco años aquí.

Al patrón no se le ocurrió nada más que decir y fumó en silencio. Neilson no parecía tener interés en romperlo. Miraba a su huésped con ojos pensativos. Era un hombre alto, de más de seis pies y bastante grueso. Su semblante tenía un color rojizo y estaba salpicado de granos, dejando ver una red de pequeñas venas carmesíes en sus mejillas. La gordura desfiguraba sus facciones. Tenía los ojos enrojecidos, el cuello revestido con flaccideces de grasa, y en su cabeza no había más que una franja de pelo rizado, casi blanco, en el cogote y la despejada y brillante superficie de su frente, que podía darle un aspecto de imbecilidad. Llevaba una camisa de franela azul sin abrochar, descubriendo su pecho robusto, cubierto con una mata de pelos rojizos, y unos viejos pantalones de estameña. Estaba sentado con una postura pesada y grosera, sobresaliendo su pronunciado abdomen y sus gruesas piernas, que no podía cruzar. Sus miembros habían perdido toda elasticidad. Neilson se preguntaba curiosamente qué clase de hombre debía haber sido en su juventud. Era casi imposible imaginarse a aquel hombre de tan corpulenta humanidad como un chiquillo corretón.

El patrón terminó su whisky y Neilson le acercó la botella.

–Sírvase usted mismo.

El patrón se inclinó hacia delante, cogiendo la botella con su gruesa mano.

–¿Cómo llegó a estos sitios? –preguntó.

–Vine a causa de mi salud. Mis pulmones no estaban sanos y me dijeron que no me quedaba un año de vida. Como usted ve, se equivocaron.

–Lo que quería preguntar es cómo ha llegado a aclimatarse tan bien.

–Soy un sentimental.

–¡Ah...!

Neilson sabía que el patrón no tenía la menor idea de lo que quería decir y le miró con un irónico brillo en sus ojos oscuros. Quizá porque era un hombre tan tosco y obtuso tuvo el capricho de seguir hablando.

–Estaba usted demasiado ocupado en conservar el equilibrio cuando cruzó el puente para darse cuenta de este sitio pero tiene fama de ser muy bello.

–La casa es muy agradable.

–No estaba cuando vine la primera vez. Había una choza indígena con techo de paja trenzada y pilares, sombreados por un árbol corpulento de flores rojas; las matas de crota, con sus hojas amarillas, encarnadas y doradas, formaban una abigarrada barrera a sus alrededores y en sus aledaños crecían los cocoteros, tan fantásticos y tan vanos como mujeres. Crecían hasta el borde del agua y se pasaban el día mirando sus reflejos. Entonces era joven... ¡Dios mío...! Hace un cuarto de siglo de todo esto y quería gozar de la hermosura del mundo en el corto tiempo que me quedaba antes de hundirme en las tinieblas. Para mí fue el sitio más bello que había visto. La primera vez que lo contemplé me dio una sacudida el corazón y creí que iba a llorar... No tenía más que veinticinco años, y aunque hacía todo lo posible para resignarme con mi suerte, no quería morir; sin embargo, en cierto modo me pareció que la pura belleza de este sitio me hacía más fácil la aceptación de mi destino. Al llegar sentí que toda mi pasada existencia se desvanecía. Estocolmo, su Universidad, y después Bonn, todo era como la vida del otro, como si al fin hubiese alcanzado la realidad que nuestros doctores en Filosofía, y yo uno de elfos, han discutido tanto. Un año, me dije a mí mismo, un año para vivir aquí, y después moriré contento. Somos locos o melodramáticos a los veinticinco años, pero si no lo fuésemos, quizá seríamos menos sabios a los cincuenta... Pero beba, amigo mío, y no se preocupe de las tonterías de mi charla.

Con su mano delicada señaló la botella y el patrón apuró su vaso.

–Usted no bebe –dijo alcanzando el whisky.

–Soy de hábitos sobrios –contestó sonriendo el sueco–. Pero a veces también me embriago con medios que me parecen más sutiles, aunque tal vez sólo sea vanidad. De todas formas, los efectos son más duraderos y los resultados menos perniciosos.

–Dicen que importa mucha cocaína de los Estados Unidos –dijo el patrón.

Neilson se rió interiormente.

–Pero como no veo a menudo a un hombre blanco –continuó–, por una vez no creo que pueda hacerme daño un solo whisky.

Se sirvió un poco, mezclándolo con soda, y bebió un sorbo.

–Y ahora he descubierto por qué este sitio es tan divinamente bello. Aquí el amor se detuvo por un momento, como uno de esos pájaros emigrantes, que a veces, en medio del océano, se posan sobre un barco, plegando durante unos instantes sus alas cansadas. La fragancia de una pasión sublime se cierne sobre él, como el perfume de la oxicanta en mayo sobre las praderas de mi casa. Me parece que los sitios donde los hombres han amado o han sufrido guardan siempre un lejano aroma de algo que no acaba de morir. Es como si hubieran adquirido un significado espiritual, que intensamente afecta a aquellos que lo cruzan. Me gustaría explicarme mejor –Neilson se sonrió–, pero aunque lo hiciese no creo que usted me entendiera.

Hizo una pausa.

–Creo que este sitio es hermoso, porque aquí he amado con toda mi alma –pero se encogió de hombros–. Sin embargo, quizá sea sólo mi sentido estético que gusta unir un amor hermoso con un digno decorado.

A un hombre menos obtuso que el patrón se le podría haber perdonado su asombro al oír las palabras de Neilson. Éste parecía reírse ligeramente de cuanto decía. Como si hablase de una emoción que en su inteligencia consideraba ridícula. Había dicho él mismo que era un sentimental, y, cuando el sentimentalismo va unido al escepticismo, resulta una endiablada combinación.

Durante unos instantes permaneció silencioso, mirando al patrón con unos ojos en los que se leía una súbita perplejidad. Al fin, le dijo:

–¿Sabe usted que no puedo menos que pensar que yo le he visto a usted en algún sitio?

–Yo no recuerdo –repuso el patrón.

—Pues a mí me parece que su rostro me es familiar. Hace un rato que me está intrigando, pero no puedo situarlo.

El patrón encogió sus hombros pesados.

—La primera vez que vine a las islas fue hace treinta años. Un hombre no puede acordarse de todas las personas que ha visto en ese tiempo.

El sueco movió la cabeza.

—Usted sabe cómo a veces se tiene la sensación de que un sitio donde no hemos estado nunca nos es extrañamente familiar. De esta manera es como me parece verle a usted —se sonrió caprichosamente—. Quizá yo le conocía en alguna existencia pasada, quizá... quizá fuese usted el dueño de una galera en la antigua Roma y yo el esclavo que remaba. ¿Treinta años hace que estuvo usted aquí?

—Treinta y dos contados.

—¿Conocería a un hombre llamado *el Rojo*?

—¿*El Rojo*?

—Es el único nombre que sé de él. Personalmente nunca le conocí. Ni siquiera le he visto, y, sin embargo, me parece verle más claramente que a muchos hombres, más que a mis hermanos, por ejemplo, con quienes he pasado mi vida diaria. Vive en mi imaginación con la viveza de un Paolo Malatesta o un Romeo, pero me parece que usted no ha leído nunca a Dante ni a Shakespeare.

—No me atrevo a decir que los he leído —repuso el patrón.

Neilson, con el cigarro en la boca, se recostó en su silla, contemplando distraídamente los anillos de humo que flotaban en la calma del aire. Una sonrisa se dibujaba en sus labios, pero sus ojos permanecían graves. Después miró al patrón. Había en su obesidad algo extraordinariamente repulsivo. Tenía la pictórica satisfacción de su gordura y eso era como un insulto. Crispaba los nervios a Neilson. El contraste entre el hombre que tenía delante y aquel de su imaginación resultaba agradable.

—Al parecer, *el Rojo* era un hombre de extraordinaria belleza. He hablado con muchas personas que lo conocieron en aquel tiempo, blancos todos, y han coincidido en que, la primera vez que uno lo veía, atraía poderosamente la atención. Le llamaban *el Rojo* por el color de su pelo, naturalmente ondulado y que se había dejado crecer. Debía tener ese admirable colorido con el que soñaban los prerrafaelistas. No creo que se vanagloriase de él; era demasiado cándido; pero nadie hubiera podido censurárselo. Era alto, seis pies y una o dos pulgadas. En la choza indígena que aquí solía habitar estaba la marca de su estatura, señalada con un cuchillo en el tronco central que sostenía el techo. Tenía la figura de un dios griego: ancho de hombros y esbelto de caderas. Era como un Apolo, con la misma dureza suave que le dio Praxíteles, y aquella gracia ligera y casi femenina, que tiene algo de turbador y misterioso. Tenía la piel de una blancura asombrosa, como el satén, como la de una mujer.

—De joven también la mía era así —dijo el patrón con un pestañeo en sus ojos sanguíneos.

Neilson no le prestó atención. Estaba contando su historia y las interrupciones le molestaban. No obstante, y sin dirigir una mirada a su interlocutor, prosiguió:

—Y su rostro era tan atractivo como su figura. Sus ojos eran de un azul oscuro, hasta parecer negros algunas veces, y, a pesar del color de su pelo rojo, sus cejas eran oscuras y sus largas pestañas del mismo tono. Tenía unas facciones perfectas y su boca era como una herida sangrienta. Tenía entonces veinte años.

El sueco hizo una pausa, dominado por un cierto dramatismo. Bebió un sorbo de whisky.

—Era único. Una belleza difícil de igualar y sin otra causa que la de un maravilloso capullo para florecer en una planta silvestre. Era una obra feliz de la Naturaleza.

»Y un día desembarcó en la misma caleta donde debe haber entrado usted esta mañana. Era un marinero americano que había desertado de un barco de guerra en Apia. Había conseguido de algún tolerante indígena un pasaje en un barco que hacía la ruta de Apia a Safoto y lo había desembarcado en un bote. No sé por qué había desertado. Quizá la vida en un buque de guerra le fuera fastidiosa con toda su disciplina; quizá se encontraba en algún apuro o acaso fuesen los mares del Sur y estas románticas islas lo que había trastornado su cabeza. De vez en cuando suelen trastornar

extrañamente a los hombres, que se encuentran cogidos como una mosca en la tela de una araña. Tal vez también hubiera en él una parte débil, y estas verdes colinas con sus brisas suaves, y este mar azul, le hubiesen arrebatado la fortaleza, lo mismo que Dalila se la quitó a Sansón.

» Sea por lo que fuera, sólo quería esconderse y, hasta que su buque salió de Apia, no se sintió seguro en este rincón.

» Había una cabaña indígena en la caleta, y estando allí sin saber adonde dirigirse, salió una muchacha invitándole a entrar. Él apenas sabía dos palabras en el lenguaje indígena y ella no mucho más en inglés, pero entendió perfectamente lo que significaban sus sonrisas y sus amables gestos, y la siguió. Se sentó en una estera y ella le ofreció unos pedazos de manzana. De *el Rojo* sólo puedo hablar de oídas, pero a ella la vi tres años después de este encuentro y tenía diecinueve años escasos. No puede imaginarse lo exquisita que era. Tenía la apasionada gracia y el rico color del hibiscus. Era más bien alta, esbelta, con las delicadas facciones de su raza y unos ojos grandes como las lagunas de agua quieta bajo los cocoteros. Su pelo negro ondulado le caía sobre la espalda y llevaba una corona de flores aromáticas. Sus manos eran exquisitas, y tan pequeñas, tan delicadamente formadas, que hacían estremecer. En aquel tiempo reía fácilmente y su sonrisa era tan delicada que extasiaba. Su tez era como un campo de trigo maduro en un día de verano. ¡Dios Santo! ¿Cómo podría describirla yo? Era demasiado bella para ser real.

» Y esos dos jóvenes —ella tenía dieciséis años y él veinte— se amaron desde el momento que se vieron. Éste es el amor real, no el amor que llega por la simpatía, por los intereses comunes o por afinidad intelectual; el amor puro y simple. El amor que Adán sintió por Eva al despertarse y hallarla en el jardín mirándole con los ojos húmedos por el rocío. El amor que junta a los dioses y a las bestias. El amor que hace del mundo un milagro. El amor que da a la vida un sentido desgarrado. Usted nunca habrá oído hablar de aquel sabio y cínico duque francés que dijo que en dos amantes siempre hay uno que ama y otro que se deja amar: ésta es la amarga verdad, a la cual tenemos que resignarnos muchos de nosotros. Pero, de vez en cuando, hay dos que aman y dos que se dejan amar a la vez, y entonces, uno puede imaginarse que el sol se ha detenido, como cuando Josué invocó al Dios de Israel.

» Y aún ahora, después de todos los años transcurridos, cuando pienso en ellos, tan jóvenes, tan bellos y tan sencillos, y en su amor, siento una vaga tristeza y sufro lo mismo que cuando en ciertas noches contemplo la luna brillar sobre la laguna en un cielo sin nubes. Siempre hay un dolor en la contemplación de la perfecta belleza.

» Fueron como niños. Ella era buena, dulce y amable. De él no sé nada, pero gusto de imaginármelo ingenuo y franco y de creer que su alma era tan bella como su cuerpo. Pero creo que su alma sería igual a las de las criaturas de los bosques y de las selvas que hacían flautas con las cañas y se bañaban en los arroyos de las montañas en la edad primera del mundo, cuando podían verse pequeños cervatillos galopando a través de los claros en pos de un barbudo centauro. El alma es algo molesto, y cuando el hombre la adquiere, pierde el jardín del Edén.

» Pues bien: cuando *el Rojo* llegó, esta isla acababa de sufrir una de sus epidemias que los blancos han traído de los mares del Sur, y había muerto un tercio de sus habitantes. Parece que aquella muchacha había perdido todos sus familiares y que vivía en la casa de unos parientes lejanos. Esta familia estaba compuesta por dos viejos encorvados y rugosos, dos mujeres jóvenes, un hombre y un niño. Durante unos días se quedó a vivir con ellos, pero quizá se sentía demasiado cerca de la costa, con la posibilidad de encontrarse con algún blanco que revelase su escondite; quizá los enamorados no podían sufrir que la compañía de otros les robase unos momentos del placer de estar juntos, y una mañana la pareja los abandonó con las pocas cosas que pertenecían a la muchacha, internándose por una verde senda bajo los cocoteros, hasta que llegaron a la caleta que ha visto. Tenía que cruzar el puente que usted cruzó y la muchacha se rió alegremente al verle asustado. Le cogió de la mano hasta que llegaron al final del primer tronco, y entonces le faltó el valor y tuvo que volverse. No se atrevió a intentar cruzarlo otra vez hasta haberse quitado la ropa, que ella llevó al otro lado sobre la cabeza, y se quedaron en una choza vacía que había aquí. Si la muchacha tenía algún derecho sobre ella —la propiedad territorial es un negocio complicado en las islas—, o si el dueño había muerto durante la epidemia, no lo sé, pero de todas maneras nadie les

importunó, y tomaron posesión de ella. Sus muebles consistían en un par de esteras de hierba trenzada para dormir, un trozo de espejo y uno o dos cacharros. En esta bendita tierra esto es suficiente para una casa.

»Dicen que la gente dichosa no tiene historia y verdaderamente no la tiene un amor feliz. No hacían nada en todo el día y, sin embargo, los días les parecían demasiado cortos. La muchacha tenía un nombre indígena, pero *el Rojo* la llamaba Sally. Él aprendió rápidamente su fácil lenguaje y se pasaba las horas enteras echado en su estera, mientras ella hablaba alegremente. Su carácter era más bien callado y quizá su alma tuviera algo de mística. Fumaba incesantemente los cigarrillos que ella le hacía con tabaco indígena y hojas de pandáneo, y gustaba de contemplarla mientras con sus dedos hábiles tejía esteras de lianas. A menudo los indígenas venían a visitarles y les contaban largas historias de los tiempos pasados, cuando la isla era teatro de las guerras de las tribus. Algunas veces iba a pescar a los arrecifes y volvía con un cesto lleno de peces de colores. Otras, por la noche, salía con una linterna a coger langostas. Había plátanos alrededor de la choza y Sally los tostaba para sus frugales comidas. Sabía hacer deliciosos platos con los cocos, y el árbol del pan que crecía junto a la caleta les daba sus frutos. En los días de fiesta mataban un lechoncito y lo asaban sobre las piedras. Se bañaban juntos en las ensenadas y al atardecer solían ir a la laguna a remar en barca. Al ponerse el sol, el mar era de un azul profundo, del color del vino, como el mar de la Grecia homérica, pero en la laguna su color tenía una infinita variedad, de aguamarinas, de amatista y esmeralda, y el sol poniente, en un intervalo fugaz, lo transformaba en oro líquido. Entonces se percibía el color del coral, castaño, blanco, rosado, rojo, púrpura, adquiriendo formas maravillosas, convirtiéndose en un jardín mágico y los peces voladores en mariposa. Era todo irreal. Entre el coral había charcos de arena blanca y allí, donde el agua era cegadoramente clara, resultaba delicioso bañarse. Después, frescos y felices, regresaban por la verde senda iluminada, caminando con las manos cogidas, mientras los pájaros llenaban los cocoteros con sus trinos. Y entonces venía la noche, con su cielo inmenso, con un brillo de púrpura que parecía extenderse más inmenso que el cielo de Europa, y con la brisa leve que soplabla suavemente a través de la choza abierta, y la noche era también demasiado corta. Ella tenía dieciséis años y él escasamente veinte. La aurora llegaba filtrándose a través de los pilares de madera de la cabaña a contemplar a aquellos dos seres que dormían abrazados. El sol se escondía detrás de las grandes hojas de plátanos para no molestarles y después, con juguetona malicia, como la garra extendida de un gato de Persia, lanzaba un rayo dorado sobre sus rostros. Abrían sus ojos soñolientos y sonreían dando la bienvenida a un nuevo día. Las semanas se convirtieron en meses, y así pasó un año. Parecían amarse, vacilo en decir apasionadamente, porque la pasión lleva siempre una sombra de tristeza, un rasgo de amargura o de angustia, pero sí de todo corazón, tan sencilla y naturalmente como el primer día en que, al encontrarse, el uno halló un dios en el otro.

»Si usted les hubiera preguntado entonces, no tengo la menor duda que habrían juzgado imposible el suponer que su amor pudiera morir. ¿No es acaso un elemento esencial del amor la creencia en su propia eternidad? Y, sin embargo, quizás en *el Rojo*, había ya una pequeña semilla desconocida para él mismo e insospechada por ella, que con el tiempo se convertiría en hastío. Un día, uno de los dos indígenas que habitaban en la ensenada le dijo que, a lo largo de la costa, había un ballenero inglés. Una lucha de encontrados sentimientos trabóse en su interior, mas al fin, decidiéndose, le propuso:

»—Iremos. A ver si puedo cambiar algunas nueces y plátanos por una o dos libras de tabaco.

»Los cigarrillos de pandáneo que Sally le hacía con sus manos incansables eran fuertes y agradables, pero le dejaban insatisfecho, y súbitamente tuvo deseo de gustar el verdadero tabaco, rudo, vigoroso y picante. Hacía muchos meses que no había fumado una pipa. Se le hacía la boca agua con sólo pensar en ello. Quizá un presentimiento de desgracia indujo a Sally a disuadirle, pero el amor se había adueñado de ella tan completamente que siempre creyó que no había poder en la tierra que pudiera separarles. Subieron a las colinas juntos y cogieron un gran cesto de naranjas silvestres, que, aunque verdes, eran dulces y jugosas; plátanos de los que había alrededor de la cabaña, cocos, frutos de pan y mangos, y los bajaron a la ensenada. Cargaron con ellos la frágil

canoa y *el Rojo* y el muchacho que le había traído la noticia del buque remaron hacia fuera de los arrecifes. Fue la última vez que ella le vio...

»Al día siguiente el muchacho regresó solo. Venía todo lloroso y compungido, y cuando se hubo calmado, ésta fue la historia que contó:

»Cuando después de remar largo rato llegaron al buque, *el Rojo* gritó y un hombre blanco se asomó por la cubierta, diciéndoles que subiesen a bordo. Así que lo hicieron con todos los frutos que llevaban y que *el Rojo* amontonó en el puente. El blanco y él empezaron a hablar hasta que, al parecer, llegaron a un acuerdo. Le trajeron tabaco. *El Rojo* inmediatamente encendió su pipa. El muchacho remedó la feliz expresión con que lanzó una gran bocanada de humo. Entonces le dijeron algo, y se fue con ellos a la cabina. A través de la puerta abierta el muchacho, mirando curiosamente, vio sacar una botella y vasos. *El Rojo* bebió y fumó. Le pareció que le pedían algo, porque movió la cabeza negativamente y sonriendo. El blanco, el primero que les había hablado, se rió también y le llenó de nuevo el vaso. Así continuaron hablando y bebiendo, hasta que cansándose de mirar algo que no comprendía, el muchacho se acurrucó en el puente y se quedó dormido. Le despertaron de una patada y poniéndose en pie de un salto vio que el buque salía lentamente de la laguna. *El Rojo*, sentado a la mesa, con la cabeza descansando pesadamente en sus brazos, estaba profundamente dormido. Hizo un movimiento hacia él intentando despertarle, pero una mano ruda le cogió por un brazo y un hombre, con un gruñido y palabras que no entendía, le señaló la borda. Llamó al *Rojo*, pero en un momento se vio cogido y arrojado al mar. Impotente, nadó hacia la canoa que iba a la deriva, a poca distancia, y la empujó hacia los arrecifes. Se subió en ella y, sollozando todo el tiempo, regresó hacia la costa.

»Lo que había sucedido estaba claro. Al ballenero, por desertiones o enfermedades, le faltaba gente, y el capitán, cuando *el Rojo* fue a bordo, le pidió que se enrolase; ante su negativa, le emborracharon para secuestrarle.

»Sally quedó fuera de sí de dolor. Durante tres días gritó y lloró. Los indígenas hicieron cuanto pudieron para consolarla, pero ella no quería consuelo, ni siquiera comer, hasta que, exhausta, finalmente cayó en una triste apatía. Pasó muchos días en la caleta, contemplando la laguna con la vana esperanza de que *el Rojo*, de una manera o de otra, hubiera logrado escapar. Sentada en la arena blanca, permaneció hora tras hora con las mejillas bañadas en llanto, y por la noche se arrastraba trabajosamente a través de la caleta hacia la choza donde había sido feliz. Los parientes con quienes había vivido antes que *el Rojo* llegase a la isla deseaban que volviera con ellos, pero no quiso. Estaba convencida de que *el Rojo* volvería y quería que la encontrase donde la había dejado. Cuatro meses después dio a luz un niño, y la anciana que vino a atenderla se quedó con ella en su choza. Toda su alegría se la habían arrebatado y su angustia con el tiempo se hizo menos intolerable; se transformó en una constante melancolía. Nadie se hubiera podido imaginar que entre esta gente, cuyas emociones, aunque tan violentas, son tan fugaces, hubiera una mujer capaz de conservar así una pasión. Nunca perdió el profundo convencimiento de que, más pronto o más tarde, *el Rojo* volvería. Vigilaba, en eterna espera, mirando cada vez que alguien cruzaba este puente de troncos de cocotero... Siempre podía ser él.

Neilson cesó de hablar, exhalando un débil suspiro.

—Y después, ¿qué sucedió? —preguntó el patrón.

Neilson sonrió amargamente.

—Tres años después se fue con otro blanco.

El patrón hizo una cínica mueca.

—Esto es lo que generalmente les sucede a todas las mujeres —dijo.

El sueco le lanzó una mirada de odio. No sabía por qué aquel hombre despertaba en él una repulsión tan violenta. Pero sus pensamientos volaron hacia el pasado, llenando su mente de memorias perdidas. Volvió veinticinco años atrás. Fue cuando llegó a aquella isla, cansado de Apia, con su beber abundante, su juego y su grosera sensualidad; un hombre enfermo que trataba de resignarse a la pérdida de su carrera, en la que había cifrado tantas ambiciones. Resueltamente había tenido que dejar detrás de sí todas las esperanzas de hacerse un hombre, tratando de contentarse con los pocos meses de vida que era todo lo que le quedaba. Había vivido en la casa de un comerciante

mestizo que tenía un almacén a un par de millas de la costa, junto a un poblado indígena, y un día, vagando sin destino por las sendas cubiertas de hierba, entre las alamedas de los cocoteros, llegó a la cabaña en que vivía Sally. La belleza del sitio le llenó de un entusiasmo tal que fue casi doloroso; y después vio a Sally. Fue la más bella criatura que había visto en su vida, y la tristeza de sus magníficos ojos oscuros le afectó de una manera extraña. Los *kanakas* son una raza hermosa y la belleza no es rara entre ellos, pero su hermosura es la de animales bien proporcionados. Una belleza vacía. Pero aquellos trágicos ojos estaban oscurecidos por el misterio y se adivinaba en ellos la amarga complejidad de la inquieta alma humana. El comerciante le contó su historia, que le dejó profundamente conmovido.

—¿Cree usted que volverá? —le preguntó Neilson.

—No hay cuidado. Antes de dos años el buque no habrá rendido viaje y para entonces la habrá olvidado completamente. Apuesto cualquier cosa a que casi se volvería loco cuando se despertó, y no me extrañaría que hubiese intentado liarse a puñetazos con todo el mundo. Pero no tenía más remedio que resignarse y aguantar; probablemente al cabo de unos meses pensaría que lo mejor que le podía haber sucedido era el haber salido de la isla.

Pero Neilson no pudo apartar la historia de su imaginación. Quizá porque estaba enfermo y débil, se sentía atraído por la radiante salud de *el Rojo*. Él, que era un hombre poco atractivo, de apariencia insignificante, admiraba mucho la belleza. Además, no había sentido nunca una de esas violentas pasiones de amor y tampoco había sido amado con esa violencia de sentimientos, y la mutua atracción de aquellos dos seres le produjo un gozo singular. Tenía algo de la inefable belleza de lo absoluto. Volvió de nuevo a la pequeña cabaña de la ensenada.

Poseía una gran facilidad para aprender las lenguas y una voluntad enérgica acostumbrada al trabajo, y ya había dedicado mucho tiempo al estudio de la lengua indígena. Las viejas costumbres estaban muy arraigadas en él y había estado reuniendo datos para su periódico sobre el lenguaje de Samoa.

La vieja que compartía con Sally la cabaña le invitó a entrar y sentarse. Le dio *kawa* para beber y cigarrillos. Era una satisfacción para ella el encontrar alguien con quien charlar, y, mientras, Neilson contemplaba a Sally. Ella le recordó a la Psique del museo de Nápoles. Sus facciones tenían la misma pureza de líneas y, aunque había tenido un niño, conservaba su aspecto virginal.

Hasta que la vio dos o tres veces no pudo inducirla a hablar y entonces fue sólo para preguntarle si había en Apia un hombre llamado *el Rojo*. Dos años habían pasado desde su desaparición, pero era evidente que aún pensaba siempre en él.

No tardó mucho tiempo Neilson en descubrir que estaba enamorado de ella. Sólo por un gran esfuerzo de voluntad no iba todos los días a verla, pero cuando no estaba con Sally, sus pensamientos estaban con ella. Al principio, sintiéndose un moribundo, sólo pedía el contemplarla y oírle hablar de vez en cuando. Aquel amor ideal le producía una felicidad maravillosa. Su pureza misma le exaltaba. No le pedía más que la oportunidad de poder tejer a su alrededor una red de bellas fantasías. Pero el aire libre, la temperatura estable, el descanso y los alimentos sencillos empezaron a obrar un efecto inesperado en su salud. Su temperatura no se elevaba por las noches de una manera tan alarmante. Seis meses pasaron sin que tuviera una hemorragia y, de repente, vio la posibilidad de seguir viviendo. Había estudiado su enfermedad cuidadosamente y concibió la esperanza de que, con un gran cuidado, podría detener su curso. El poder mirar una vez más hacia el futuro le llenó de entusiasmo. Hizo planes. Tenía que descartar cualquier clase de vida activa, pero podía vivir en las islas y con su pequeña renta, insuficiente en cualquier otra parte, vivir holgadamente. Se haría plantador. Esto sería una ocupación, y, además, traería sus libros y un piano, pero pronto se dio cuenta que con esto trataba de ocultar el deseo que le obsesionaba.

Necesitaba a Sally. Amaba no solamente su belleza, sino también aquella alma oscura que había adivinado detrás de sus ojos melancólicos. Su pasión le embriagaba. Al fin la haría olvidar. Y se imaginó que sería él quien le daría la felicidad que había creído perdida para siempre.

Le pidió que se viniera a vivir con él. Ella se negó. Se lo había imaginado, y no se desanimó. Estaba seguro que más tarde o más temprano cedería. Su amor era irresistible. A la anciana que vivía con ella le contó sus deseos y con gran sorpresa vio que desde hacía tiempo todos lo habían

adivinado, y que aconsejaban a Sally que consintiera. Para las mujeres indígenas es como una honra vivir con un blanco, y Neilson, según la medida de aquellas gentes, era rico. El comerciante en cuya casa se hospedaba fue a ver a Sally también para convencerla, pues una oportunidad así era difícil que se presentase de nuevo. Además, después de tanto tiempo, no podía esperar ya que *el Rojo* volviera. La resistencia de Sally sólo hizo aumentar los deseos de Neilson, y lo que había comenzado siendo un amor inocente se convirtió en una pasión angustiada. Estaba decidido a que nada se le opusiese en su camino. No le dio tregua ni descanso. Hasta que, al fin, consintió, rendida por su insistencia y la persecución, a veces en forma de ruego y otras furiosa, de cuantos la rodeaban. Pero al día siguiente, cuando, triunfante, fue a verla, se encontró con que durante la noche Sally había incendiado la cabaña en la que había vivido con *el Rojo*. La vieja corrió hacia él, indignada por el abuso de Sally, pero él la calmó. No importaba. Construirían un *bungalow* en el sitio de la cabaña. Una casa europea sería, desde luego, más a propósito si quería traer un piano y sus libros.

Y así fue construida la pequeña casa de madera en la que ahora vivía desde hacía muchos años, y así es cómo Sally fue su esposa. Pero después de las primeras semanas de entusiasmo, durante las cuales estuvo satisfecho con lo que ella le daba, gustó de escasa felicidad. Sally había consentido por cansancio y sólo le entregó lo que no apreciaba. El alma, que oscuramente había sentido, se le escapaba. Sabía que no era nada para ella. Aún amaba al *Rojo* y siempre estaba esperando su regreso. Neilson sabía que a una señal de *el Rojo*, a pesar de su amor, de su ternura, de su simpatía y generosidad, ella le habría abandonado sin un momento de vacilación. Ni un solo pensamiento le habría dedicado en su desgracia, y su corazón comenzó a llenarse de angustia. En vano trató de vencer aquella impenetrabilidad que sombríamente se le resistía. Su amor comenzó a amargarse. Trató de ablandar su corazón con la bondad, pero ella no lo advirtió. Su cólera llegó a desbordarse y la golpeó, haciéndola llorar silenciosamente. Algunas veces pensó que en realidad ella no era nada, un sueño solamente, y su alma una simple invención suya, y que no podía penetrar en el santuario de su corazón porque en él no había santuario alguno. Y su amor se convirtió en una prisión de la que ansiaba escapar, pero no tuvo la fuerza necesaria, ni siquiera para abrir la puerta, que era lo único que se lo impedía, y salir al aire libre. Fue una tortura, hasta quedar finalmente transido y desesperanzado. Y en el fuego de su amor, él mismo se consumía a la postre, y cuando veía sus ojos fijos en el frágil puente, no era la ira lo que sentía su corazón, sino la impaciencia. Desde entonces, durante muchos años, habían vivido juntos, unidos por los lazos del hábito y de la convivencia, y sólo con una sonrisa recordaba su antigua pasión. Ella era vieja, porque las mujeres, en aquellos climas, envejecen pronto, no sentía amor por ella pero la toleraba. Al menos le dejaba solo y se sentía satisfecho con su piano y sus libros.

Sus pensamientos le incitaban a seguir hablando.

—Cuando recuerdo el breve y apasionado amor de Sally y *el Rojo*, yo creo que, después de todo, deben estar agradecidos al cruel destino que los separó cuando su amor aún estaba en pleno florecimiento. Sufrieron, pero en su dolor hubo belleza. No conocieron la verdadera tragedia del amor.

»La tragedia del amor no es la muerte ni la separación. ¿Cuánto tiempo cree que hubiera sido necesario para que uno u otro dejara de amar...? ¡Ah, qué terrible amargura mirar a una mujer a quien se ha amado con toda el alma y con todo el corazón, a quien no se podía dejar de mirarla ni un momento y comprender de pronto que nada nos importaría si jamás la volviésemos a ver! La tragedia del amor es la indiferencia.

Pero mientras estaba hablando sucedió una cosa extraordinaria. Aunque realmente se había estado dirigiendo al patrón, no hablaba con él; había estado traduciendo sus pensamientos en palabras para él solo, y aun con los ojos fijos en el hombre que tenía delante, no le había estado mirando. Pero una imagen apareció entonces delante de ellos, no la imagen que veía, sino la de otro hombre. Era como si estuviese mirando uno de esos espejos burlones que contorsionan las figuras, pero entonces ocurría lo contrario, pues en lugar de aquel hombre obeso y repugnante vio el esbozo de un mancebo. Lo miró haciéndole un rápido escrutinio. ¿Qué caprichoso destino le había llevado

precisamente a aquel lugar? Una repentina sacudida de su corazón le cortó casi el aliento. Una absurda sacudida se apoderó de él. Lo que pensaba era imposible y, sin embargo, podía ser cierto.

—¿Cuál es su nombre? —le preguntó bruscamente.

El rostro del patrón se contrajo con un gesto malicioso y groseramente vulgar.

—Hace tanto tiempo que no lo oigo que yo mismo casi lo había olvidado, pero, hace treinta años, aquí me llamaban *el Rojo*.

Su corpachón se estremeció mientras soltaba una débil y silenciosa carcajada. Era obsceno. Neilson se estremeció. *El Rojo* parecía muy divertido y de sus ojos sanguíneos las lágrimas resbalaron por sus mejillas.

En aquel momento entró una mujer. Neilson profirió un sonido inarticulado. Era una mujer indígena de una cierta presencia, gorda sin ser corpulenta, de tez ennegrecida, como les ocurre a los nativos a lo largo de los años, el pelo gris. Vestía una túnica indígena, a través de la cual se transparentaban sus pechos voluminosos. El momento había llegado...

Pero hizo una observación a Neilson sobre algo de la casa y él contestó temiendo que su voz le pareciera tan poco natural como a él. Al hombre que estaba sentado junto a la ventana apenas si le dedicó una mirada indiferente y salió de la habitación. El momento había llegado y había pasado. Neilson, durante unos momentos, no pudo ni siquiera hablar. Se sentía presa de una profunda alteración. Al cabo, y costándole un esfuerzo, dijo:

—Me gustaría que se quedase a cenar conmigo.

—No puedo —repuso *el Rojo*—. Tengo que ir a ver a Gray. Le entregaré sus mercancías y me marcharé después. Quiero estar mañana de regreso a Apia.

—Llamaré a un muchacho para que le acompañe y le enseñe el camino.

—Muy amable.

El Rojo se puso en pie mientras Neilson llamaba a uno de los muchachos que trabajaban en su plantación. Le dijo adonde quería ir el patrón, y el muchacho echó a andar hacia el puente. *El Rojo* se dispuso a seguirle.

—No se caiga —le dijo Neilson.

—No, por Dios —le repuso sonriendo el otro.

Neilson le contempló mientras lo cruzaba, y cuando hubo desaparecido entre los cocoteros aún siguió con los ojos fijos en el mismo sitio. Después cayó pesadamente en su silla. ¿Era ése el hombre que le impidió ser feliz? ¿Era ése el hombre que Sally había amado durante tanto tiempo y a quien había aguardado tan desesperadamente? ¡Qué grotesco! Una súbita furia se apoderó de él, sintiendo el deseo de levantarse y destrozar cuanto hubiera a su alrededor. Había sido engañado. Se habían visto al fin y no se habían reconocido. Empezó a reírse sin alegría y su risa fue aumentando hasta una crisis de histeria. Los dioses le habían hecho una cruel jugarreta... Y ahora ya era viejo.

Al fin Sally entró a decirle que la comida estaba dispuesta. Se sentó enfrente de ella y trató de comer. ¿Qué es lo que diría si ahora le dijese que aquel hombre obeso que había estado sentado en aquella silla era el amante al cual aún recordaba con el apasionado amor de la juventud? Hace años, cuando aún la odiaba porque era la causante de su desgracia, hubiera gozado en decírselo. Entonces hubiera sido un placer herirla como ella le hería, porque su odio era sólo una forma distinta de su amor, pero ahora nada le importaba. Se encogió de hombros con indiferencia.

—¿Qué quería ese hombre? —le preguntó ella.

Él tardó en contestar. La vio vieja, marchita su belleza. ¿Por qué la había amado tan locamente? Puso a sus pies todos los tesoros de su alma y los había despreciado. ¡Qué derroche! Ahora, al mirarla, sólo sentía un profundo desprecio. Su paciencia, al fin, se había terminado y contestó a su pregunta.

—Es el capitán de una goleta que ha venido de Apia.

—¿Y qué?

—Me ha traído noticias de casa. Mi hermano está gravemente enfermo y tengo que volver.

—¿Estarás fuera mucho tiempo?

Él se encogió de hombros.

EL PUESTO AVANZADO*(An Official Position)*

El nuevo auxiliar llegaría por la tarde. Cuando el residente, Mr. Warbuton, se enteró de que el *praho* estaba a la vista, se puso el salacot, dirigiéndose hacia el desembarcadero. La guardia, compuesta de ocho menudos soldados dayacos, permaneció en posición de firmes, mientras les pasaba revista observando con satisfacción su aspecto marcial, lo arreglado y limpio de sus uniformes y el brillo de sus fusiles. Eran un motivo de orgullo para él. Desde el desembarcadero contempló la curva del río, por la que aparecería el barco de un momento a otro. Mr. Warbuton poseía una elegante apariencia con sus immaculados pantalones blancos y sus zapatos del mismo color. Bajo el brazo llevaba un bastón de Malaca, con puño de oro, regalo del sultán de Perak.

Aguardaba la llegada del viajero con encontrados sentimientos. En el distrito había más trabajo del que realmente podía hacer un solo hombre, y durante sus periódicas inspecciones por el país confiado a su gobierno tenía que dejar el puesto en manos de un empleado indígena, cosa que no dejaba de ser un inconveniente. Pero durante mucho tiempo había sido el único hombre blanco en aquel puesto avanzado y ahora la llegada de un segundo le causaba cierta inexplicable aprensión. En la actualidad vivía en aquella soledad como el pez en el agua. Durante la guerra no había visto un solo rostro inglés en tres años, y una vez que le anunciaron la llegada de un funcionario viose acometido de tal pánico que, después de arreglarlo todo para el recibimiento del forastero, huyó dejando una nota en la que decía que se veía obligado a remontar el río. Permaneció ausente hasta que un mensajero le comunicó que su huésped se había marchado.

A poco apareció el *praho* en el ancho cauce del río. Venía tripulado por prisioneros dayacos, sobre los cuales pesaban diversas sentencias. Una pareja de guardias los esperaban en el desembarcadero para conducirlos a la cárcel. Eran todos hombres robustos, acostumbrados al río, y remaban con poderoso impulso. En cuanto el barco atracó, un hombre surgió de debajo del toldo, saltando a tierra. La guardia le presentó armas.

—Al fin nos encontramos... ¡Dios...! Estoy más entumecido que el diablo. He traído su correo. Hablaba con exuberante jovialidad. Mr. Warbuton, cortésmente, le tendió la mano.

—¿Mr. Cooper, según presumo?

—El mismo. ¿Esperaba usted a otra persona?

La respuesta tenía una intención bromista, pero el gobernador no se sonrió.

—Mi nombre es Warbuton. Le mostraré su casa. No se preocupe por su equipaje. Se lo traerá uno de éstos.

Se adelantó a Cooper por la estrecha senda y llegaron al poblado, en el que había un pequeño *bungalow*.

—He procurado hacerlo habitable —dijo Mr. Warbuton—, aunque hace mucho tiempo que nadie ha vivido en él.

Estaba construido sobre pilares y se componía de una espaciosa habitación, que daba a una ancha veranda, y de dos dormitorios.

—Está perfectamente —repuso Cooper en tono de elogio.

—Supongo que se querrá usted bañar y cambiarse de ropa. Me sentiría muy honrado si usted cenara conmigo esta noche. ¿Le parece bien a las ocho?

—Cualquier hora es buena para mí.

El residente se sonrió con cierta amabilidad y, un tanto vejado por la respuesta, se despidió. Volvió al fuerte, donde tenía su residencia. La impresión que le había producido Allen Cooper no era muy favorable, pero no quería ser injusto formando una opinión a la ligera. Cooper parecía tener unos treinta años. Era alto, delgado, y en su rostro, pálido, no existía la más leve sombra de color. Su nariz era larga y ganchuda y sus ojos azules. Cuando al entrar en el *bungalow* se quitó el sombrero, tirandoselo al *boy*, Mr. Warbuton se dio cuenta de que el enorme cráneo del recién llegado, poblado de un pelo recortado y castaño, estaba en manifiesto contraste con su barbilla débil y pequeña. Vestía pantalón corto caquí y una camisa del mismo color, todo sucio y usado, y haría tiempo que su maltrecho salacot no había sido lavado. Mr. Warbuton pensó que el joven había

pasado una semana entera en un vapor costero, y las últimas cuarenta y ocho horas en la bodega de un *praho*.

—Ya veremos qué aspecto tiene cuando venga a cenar —murmuró.

Entró en su habitación, donde todas sus cosas estaban tan bien ordenadas como si cuidara de ellas un criado inglés; se desnudó y bajo al cuarto de baño, bañándose con agua fría. La única concesión que había hecho al clima era la de ponerse una chaqueta blanca. Por lo demás, siempre cenaba con camisa almidonada, cuello alto, calcetines de seda y zapatos de charol; vestido, en suma, con la misma etiqueta que si fuese a su club en Pall Mall. Como un cuidadoso anfitrión fue al comedor para ver si todo estaba dispuesto. Éste tenía un alegre colorido, con sus ramos de orquídeas y la plata que relucía bajo las luces. Las servilletas estaban dobladas de una manera complicada. Velas con pantalla, en candelabros de plata, alumbraban discretamente la estancia. Mr. Warbuton sonrió como aprobando y se dirigió al salón para esperar a su huésped. Al poco rato apareció Cooper, con la misma camisa caqui, los mismos pantalones y la misma chaqueta andrajosa que llevaba al desembarcar. La sonrisa de bienvenida de Mr. Warbuton se heló en su rostro.

—¡Hola...! Vestido de etiqueta —exclamó Cooper—. No sabía que fuese a hacerlo. Por mi parte, poco ha faltado para que me pusiese un *sarong*.

—No tiene importancia. Seguramente sus *boys* estaban ocupados.

—No es necesario que por mí se tomara estas molestias.

—No ha sido por usted. Siempre me visto para cenar.

—¿Aun cuando esté solo?

—Sobre todo cuando estoy solo —replicó Mr. Warbuton con su más fría mirada.

Un destello irónico cruzó por los ojos de Cooper, haciéndole enrojecer vivamente. Mr. Warbuton era un hombre de temperamento colérico. Se deducía de su rostro de color rojo, de facciones belicosas, y de su cabello, también rojo, que empezaba a encanecer. Sus ojos azules, generalmente fríos, se inyectaban de cólera en el momento más inesperado; pero era un hombre de mundo, y, además, se tenía por un hombre justo. Era necesario que hiciese lo posible para llevarse bien con su compañero.

—Cuando vivía en Londres frecuentaba habitualmente medios sociales en los cuales hubiera sido tan excéntrico el no vestirse para cenar como el no bañarse cada mañana. Cuando llegué a Borneo no vi razón alguna para no seguir con tan buena costumbre. Durante tres años, cuando la guerra, no vi un blanco, y ni una vez dejé de vestirme para la cena. No lleva usted mucho tiempo en este país, y créame, no hay mejor medio que éste para conservar la propia estimación. Cuando un blanco se rinde en lo más mínimo a las influencias que le rodean, los indígenas pronto dejarán de respetarlo.

—Bien, pero me parece que va a llevarse un desengaño si espera que con este calor yo me ponga una camisa almidonada y un cuello alto.

—Cuando usted cene en su *bungalow*, se vestirá, naturalmente, como mejor le plazca; pero cuando yo tenga el gusto de que cene conmigo tal vez llegue a la conclusión de que es la cortesía la que nos obliga a vestirnos así en toda sociedad civilizada.

Entraron en el comedor. Dos *boys* malayos, con *sarongs* e inmaculadas chaquetas blancas, trajeron una bandeja con aceitunas y anchoas. A continuación empezaron a comer. Mr. Warbuton se enorgullecía de poseer el mejor cocinero de Borneo, un chino, y se preocupaba extraordinariamente por tener los más selectos platos que se podían encontrar en aquellas circunstancias.

—¿Quiere usted ver el *menú*? —preguntó alargando la carta a Cooper.

Estaba escrito en francés, y los platos tenían todos unos nombres rimbombantes. La cena fue servida por dos *boys*, mientras en los ángulos opuestos de la habitación otros dos movían inmensos abanicos con el fin de renovar el aire sofocante.

La comida fue espléndida; el champaña también era excelente.

—¿Come usted así todos los días? —preguntó Cooper.

Mr. Warbuton miró ligeramente la carta.

—La verdad es que no he notado en la comida de hoy nada fuera de lo corriente —repuso—. Yo como muy poco, pero me gusta que me sirvan cada noche una buena cena. Esto hace que el cocinero no pierda la práctica y es un buen entrenamiento para los *boys*.

La conversación transcurría penosamente. Mr. Warbuton se mostraba cortés en extremo y es muy posible que hallara un malicioso entretenimiento en el embarazo que causaba a su compañero. Cooper no había pasado más que unos meses en Sembulu, y las preguntas de Mr. Warbuton sobre sus amigos de Kuala Solor pronto se agotaron.

—A propósito —dijo entonces—. ¿Conoce usted a un joven llamado Hennesley? Creo que llegó hace poco.

—¡Ah...! Sí. Está en la Policía... Un bala perdida.

—Me extraña mucho. Su tío es mi amigo lord Barraclough y el otro día recibí una carta de lady Barraclough pidiéndome que me cuidara de él.

—Sabía que estaba emparentado con alguien, y supongo que por eso consiguió el empleo. Ha estado en Eton y en Oxford, y nunca se olvida de decirlo.

—Sus palabras me sorprenden —exclamó Mr. Warbuton—. Toda su familia ha estado en Eton y Oxford desde hace más de doscientos años, y era de esperar que lo considerase como la cosa más natural del mundo.

—A mí me parece un pedante y nada más.

—¿A qué colegio fue usted?

—Nací en las Barbadas, y allí me educaron.

—¡Ah...! Ya comprendo.

Mr. Warbuton consiguió dar un tono tan ofensivo a su breve respuesta, que Cooper enrojeció. Por un momento permaneció silencioso.

—He tenido dos o tres cartas de Kuala Solor —continuó Mr. Warbuton— y mi impresión es que el joven Hennesley triunfa en toda la línea. Por otra parte, me dicen que es un *sportman* de primera.

—¡Ah...! Sí. Es muy conocido. Precisamente es esta clase de individuos la que gusta en Kuala Solor. Yo no tengo nada de deportista. ¿Qué puede importar, a fin de cuentas, que un hombre juegue mejor que otro al tenis o al golf? ¿Y qué puede importar que haga sesenta y cinco carambolas de una tirada o que no haga ninguna? Creo que en Inglaterra dan demasiada importancia a estas cosas.

—¿Usted cree? Pues a mí me parece que esos deportistas no se portaron ciertamente peor que los demás en la guerra.

—¡Ah...! Si va a hablarme de la guerra, ya es terreno conocido para mí. Estaba en el mismo regimiento que Hennesley y puedo decirle que no había nadie capaz de aguantarlo.

—¿Cómo lo sabe?

—Pues, porque yo era uno de ellos.

—¿Tenía usted algún grado?

—Habría necesitado tener muchísima suerte para conseguirlo. Yo era lo que se llamaba un colonial. No había estado en un colegio del Estado y, además, no tenía influencia. Fui soldado durante todo aquel maldito tiempo.

Cooper frunció el ceño. Parecía como si le fuera difícil dominarse para no estallar en violentas invectivas. Mr. Warbuton le observaba; sus pequeños ojos azules, casi cerrados, no se apartaban de él mientras, interiormente, iba formando su juicio contra Cooper. Más tarde, cambiando de conversación, comenzó a hablarle del trabajo que iba a desempeñar, y cuando dieron las diez se levantó.

—Bien... No quiero entretenerle más tiempo. Me parece que debe de estar cansado.

Se estrecharon las manos.

—¡Ah...! Escúcheme —dijo Cooper—. ¿Podría usted proporcionarme un *boy*? El que tenía me dejó al salir de Kuala Solor. Llevó mi equipaje a bordo, y luego desapareció. No me di cuenta de su ausencia hasta que salimos del río.

—Lo preguntaré a mi *boy*. Estoy seguro de que sabrá de alguno.

—Perfectamente. Dígale solamente que me mande un *boy*, y si me gusta su aspecto, me quedará con él.

Era una noche de luna y no era necesaria la linterna. Cooper se encaminó a su *bungalow*.

«No comprendo para qué diablos me habrán enviado a un individuo como éste –se preguntaba Mr. Warbuton–. Si así es la clase de gente que envían ahora, no creo que pueda esperarse mucho de ella.»

Bajó a pasear por el jardín. El fuerte estaba construido en la cumbre de una pequeña colina y el jardín descendía hasta el borde del río. En la orilla existía un árbol hasta el que Mr. Warbuton solía ir, después de cenar, a fumarse un *cherrot*. Y, con frecuencia, del río que se deslizaba a sus plantas subía una voz, la de un malayo demasiado tímido para aventurarse a plena luz, y una queja o una acusación llegaban suavemente hasta sus oídos. Por aquel sistema había logrado a veces obtener informaciones que nunca hubiera conseguido por el conducto oficial. Sentóse pesadamente en una silla de rofén... «Cooper... Un individuo envidioso y mal educado, pedante, vano y presuntuoso...» Pero la irritación de Mr. Warbuton no podía eclipsar la silenciosa belleza de la noche. El aire estaba perfumado por el dulce aroma de las flores y de un árbol que crecía a la entrada del puerto, y las moscas de fuego, centelleando oscuramente, volaban con un vuelo lento y plateado. La luna trazaba una senda en la anchura del río, para que la hollasen los pies ligeros de la novia de Siva, y en la orilla opuesta un grupo de palmeras se dibujaba delicadamente en el cielo. Un tranquilo sosiego invadió el alma de Warbuton.

Era un hombre extraño, y había hecho una singular carrera. A la edad de veintidós años heredó una considerable fortuna, unas cien mil libras, y al salir de Oxford se entregó a una vida alegre que, entonces, a su edad (Mr. Warbuton era ahora un hombre de cincuenta y cuatro años), se ofrecía placentera a los jóvenes de buena familia. Tenía un piso en Mount Street, un coche particular y un puesto de caza en Warwickshire. Iba a todos los sitios de moda. Era guapo, simpático y generoso. Una verdadera personalidad en la sociedad de Londres de principios de siglo, de esa sociedad que no había perdido aún ni su exclusivismo ni su brillantez. La Gran Guerra, que la destruyó, sólo era entonces una profecía en boca de los pesimistas. No era del todo desagradable ser joven y rico en aquellos días optimistas. Mr. Warbuton se pasaba la vida de fiesta en fiesta y durante la temporada las invitaciones se amontonaban en su mesa, sin que le fuera posible atenderlas a todas. Mr. Warbuton las mostraba con cierta complacencia a sus amigos. Era un snob; pero no un snob tímido y avergonzado de que otros pudieran superarle; ni tampoco el snob que busca la compañía de las personas que han adquirido celebridad en la política o en las artes, ni el snob que se siente deslumbrado por los ricos, sino clara y sencillamente el típico y puro snob.

Era suspicaz y de genio vivo, pero prefería ser despreciado por una persona de rango que alabado por la gente vulgar. Su nombre apenas si figuraba en el Burge Peerage, y era maravilloso contemplar la ingenuidad con que mencionaba su lejano parentesco con una noble familia. Sin embargo, jamás habló una palabra del honrado fabricante de Liverpool de quien, a través de su madre, una tal Miss Gubbins, había recibido la fortuna. Su mayor preocupación era que un día, estando en Cowes o en Ascot en compañía de una duquesa o de un príncipe real, alguno de sus parientes quisiera hacerle valer su parentesco. Se ponía malo sólo de pensar en ello.

Su caída fue demasiado evidente para que no se enterase todo el mundo, pero su misma extravagancia le salvó del desprecio. Los grandes, a los que él había adorado, se rieron de él, aunque en el fondo comprendieron que aquella adoración suya no carecía de lógica. El pobre Warbuton era un terrible snob, pero después de todo también era un excelente sujeto. Mientras tuvo dinero siempre se mostró dispuesto a avalar la cuenta de algún noble arruinado, y si alguien acudía a él en un momento de apuro podía contar, cuando menos, con un centenar de libras. Sus cenas fueron siempre excelentes. Jugaba al *whist* pésimamente, pero jamás le importaban sus pérdidas, siempre y cuando fuera en compañía de gente distinguida y selecta. Jugador por naturaleza, tenía una atroz mala suerte en el juego. Pero sabía perder y no quedaba más remedio que admirar la sangre fría con que se dejaba en el juego en una sola noche, quinientas libras o más. Su pasión por las cartas, casi tan funesta como la que sentía por los títulos, fue la causa de su desgracia. Su tren de vida era irresistible y sus pérdidas en el juego formidables. Entonces empezó a dedicarse con mayores sumas, primero a las carreras de caballos y, más tarde, a la Bolsa. Tenía cierta simplicidad de carácter y los hombres sin escrúpulos encontraron en él una buena presa. Era imposible averiguar si se daba cuenta de cómo sus correctos amigos se reían de él a sus espaldas, pero, indudablemente,

tenía una vaga intuición de que no podía hacer otra cosa que aparentar indiferencia hacia el dinero. Hasta que cayó en manos de los prestamistas. Y a la edad de treinta y cinco años estaba arruinado por completo.

Demasiado imbuido por el espíritu de su clase, no podía vacilar en la elección del camino a seguir. Cuando un hombre como él se arruinaba, el recurso eran las colonias. Nadie le oyó lamentarse ni hizo el menor comentario cuando vio el resultado catastrófico que tuvo una especulación aconsejada por uno de sus nobles amigos. No exigió que le devolvieran el dinero que había prestado. Pagó todas sus deudas (sin darse cuenta acusó la despreciada sangre del fabricante de Liverpool). Tampoco solicitó la ayuda de nadie, y no habiendo trabajado en su vida, se dispuso a buscar algún medio de subsistencia. Continuó como hasta entonces, alegre, indiferente y correcto. No sentía el menor deseo de molestar a nadie con el relato de sus aventuras. Mr. Warbuton era un snob, pero también era un caballero.

El único favor que pidió a uno de sus influyentes amigos, en cuya diaria compañía había vivido durante mucho tiempo, fue una recomendación. El que entonces era sultán de Sembulu lo tomó a su servicio. La noche antes de embarcarse cenó por última vez en su club.

–He oído decir que se marcha, Warbuton –le dijo el viejo duque de Hereford.

–Sí. Voy a Borneo.

–¡Santo Dios! ¿Qué va a hacer usted allí?

–¡Bah...! Estoy arruinado.

–¿De veras? Lo siento. Ya nos avisará cuando regrese. Espero que se divierta.

–¡Oh! Sí... Allí hay mucha caza.

El duque le saludó, alejándose. Pocas horas más tarde, Mr. Warbuton contemplaba la costa, perdiéndose en la niebla. Tras él quedaba todo aquello que hacía que la vida fuera digna de vivirse.

Veinte años habían transcurrido desde entonces. Mantuvo una activa correspondencia con algunas ladies aristocráticas y sus cartas fueron siempre divertidas y locuaces. No perdió nunca su entusiasmo por las personas con título y leía cuidadosamente en el *Times* (que a él le llegaba con seis semanas de retraso) las noticias de sus idas y venidas. Por las columnas del periódico se enteraba de los nacimientos, muertes y matrimonios, y siempre tenía a punto una carta de felicitación o de pésame. Por las revistas ilustradas conocía la apariencia de la gente y en sus periódicas visitas a Inglaterra volvía a reanudar su antigua vida, como si nunca la hubiese interrumpido. Conocía a todos los nuevos personajes que habían surgido... Su interés por el gran mundo era tan vivo como cuando estaba en él. Esto era, como entonces, la única cosa que le interesaba de veras.

Pero, sin él mismo darse cuenta, un nuevo interés empezó a llenar su vida. La posición que tenía en las colonias halagaba su vanidad. Ya no era el individuo humilde que buscaba la sonrisa de los grandes, sino el amo, cuyas palabras eran ley. Le rendían honores los soldados dayacos de su guardia, presentando armas cuando él pasaba. Le gustaba hacer de juez en las disputas de los demás y fallar las cuestiones de los jefes rivales. Cuando los cazadores de cabezas dieron tanto que hacer, en pasados tiempos, salió a castigarlos con una sensación de orgullo por su conducta. Era demasiado vano y presuntuoso para no demostrar un indomable valor. Se contaba una estupenda historia en la que descubrió toda su sangre fría, al aventurarse solo, en un poblado fortificado, pidiendo la rendición de un pirata asesino. Se había convertido en un hábil administrador, severo, justo y honrado.

Y, poco a poco, nació en él un hondo amor hacia los malayos. Se interesó por sus hábitos y costumbres y nunca se cansaba de oírles hablar. Admiraba sus virtudes y, con una sonrisa o un encogimiento de hombros, perdonaba sus vicios.

–En mi tiempo –solía decir– mantuve relaciones con algunos de los más importantes caballeros de Inglaterra, pero no he conocido nunca más exquisitos caballeros que algunos de estos aristócratas malayos, a los que estoy orgulloso de llamar mis amigos.

Gustaba de su cortesía, de sus maneras distinguidas y de su delicadeza, y también de sus repentinas pasiones. Sabía, por instinto, cómo había que tratarlos, llegando a sentir por ellos una verdadera ternura, pero nunca olvidó que era un caballero inglés y jamás tuvo consideración con los

hombres blancos que adoptaban las costumbres indígenas. Él, por su parte, no había hecho la más pequeña concesión, ni imitó a muchos blancos en vivir con una mujer indígena, porque un hecho de esta naturaleza, aunque estuviera tolerado por la costumbre, no solamente lo consideraba una ofensa, sino también una indignidad. De un hombre a quien Alberto Eduardo, príncipe de Gales, había llamado Jorge no era fácil esperar que pudiera relacionarse con la vida indígena.

Cuando volvía a Borneo, después de sus visitas a Inglaterra, sentía algo como si conquistara una nueva tranquilidad. Sus amigos ya no eran jóvenes y habían sido sustituidos por una nueva generación que le consideraba como un viejo aburrido. Le parecía que la Inglaterra de ahora había perdido mucho de lo que había amado en la Inglaterra de su juventud. Pero Borneo permanecía igual. Era su nueva patria. Por eso tenía la intención de permanecer en el servicio todo el tiempo que le fuera posible, y la más íntima esperanza de su corazón era morir antes de que llegase el retiro. Había consignado en su testamento que, dondequiera que muriese, su deseo era que trasladaran su cuerpo a Sembulu, para ser enterrado en el pueblo que amaba.

Pero todas estas emociones las ocultaba a los demás, y nadie, viendo a aquel hombre pulido, de buena presencia, con el rostro completamente afeitado y el cabello blanco, hubiera podido imaginarse que albergaba tan profundos sentimientos.

Conocía perfectamente cómo debía hacerse el trabajo del puesto, y durante los días que siguieron vigiló con ojos suspicaces a su ayudante, viendo pronto que era competente y cuidadoso. El único defecto que le encontraba era el de ser demasiado brusco con los indígenas.

—Los malayos son tímidos y muy sensibles —le dijo—, y yo creo que obtendrá mayores resultados si tiene paciencia y obra con bondad.

Cooper soltó una carcajada áspera y seca.

—He nacido en las Barbadas y estuve en África durante la guerra. No creo que haga falta tratar a los negros con mucho respeto.

—De eso no sé nada —repuso con acritud Mr. Warbuton—. Pero no estamos hablando de ellos. Estamos hablando de los malayos.

—¿Y no son negros?

—Es usted muy ignorante —repuso Mr. Warbuton.

No dijo más.

El primer domingo, después de su llegada, volvió a invitar a Cooper a cenar. Lo preparó todo ceremoniosamente, y aunque se habían visto durante el día en la oficina y más tarde en la veranda del fuerte, donde habían estado tomando *gin pahits* juntos, a las seis de la tarde le envió una nota cortés a su *bungalow* con el *boy*. Cooper, aunque de mala gana, se puso su smoking, y Mr. Warbuton, a pesar de estarle agradecido porque se habían respetado sus deseos, advirtió con desdén el pésimo corte del traje y lo mal que le sentaba la camisa. Pero aquella noche Mr. Warbuton estaba de buen humor.

—A propósito —le dijo mientras se estrechaban las manos—. He hablado con mi *boy* para ver si podía encontrarle uno, y me ha recomendado a su sobrino. Yo le he visto y me parece un muchacho dispuesto y voluntarioso. ¿Quiere verlo?

—No me importa.

—Está esperando.

Mr. Warbuton llamó a su *boy* y le dijo que avisase a su sobrino. Al momento se presentó un joven esbelto, de unos veinte años, de grandes ojos oscuros y delicado perfil. Tenía un aspecto muy cuidado, con su *sarong*, su chaqueta blanca y su fez sin borla, de terciopelo verde. Se llamaba Abas. Mr. Warbuton lo observó con signos de aprobación y sus maneras se suavizaron insensiblemente, a medida que hablaba, con suma facilidad, el idioma malayo. Con los blancos tenía una inclinación a mostrarse sarcástico, pero con los malayos era condescendiente y bondadoso. Estaba en el sitio del sultán y sabía perfectamente conservar su dignidad y al mismo tiempo no cohibir al indígena.

—¿Servirá? —preguntó Mr. Warbuton volviéndose hacia Cooper.

—Sí. Me parece que no será más pillo que los demás.

Mr. Warbuton comunicó al *boy* que quedaba aceptado y lo despidió.

–Tiene usted suerte al conseguir un *boy* como ése –dijo a Cooper–. Pertenece a una excelente familia que vino de Malaca hará casi un centenar de años.

–Me es indiferente que el *boy* que limpie mis zapatos y me sirva de beber cuando tenga sed lleve o no sangre azul en sus venas. Lo único que me importa es que haga lo que yo le mande y que lo haga bien.

Mr. Warbuton se humedeció los labios, pero no contestó.

Empezaron a cenar. La comida era excelente y los vinos deliciosos. Su influencia no tardó en dejarse sentir, y acabaron charlando, no sólo con excitación, sino hasta amistosamente. A Mr. Warbuton le gustaba tratarse a cuerpo de rey, pero aquella noche de domingo se excedió más que de costumbre. Empezó a dudar de si sería justo con Cooper. Naturalmente, no era un caballero, pero la culpa no era suya, y tal vez cuando llegara a conocerlo mejor resultase un buen sujeto. Sus faltas, probablemente, eran debidas a su educación tan deplorable, pero era muy capaz en su trabajo, rápido, consciente y completo. Al llegar a los postres, Mr. Warbuton sentíase inclinado a tratar con benevolencia a todo el género humano.

–Éste es nuestro primer domingo aquí, y quiero invitarle a un vaso de oporto. Sólo me quedan unas docenas de botellas y las guardo para ocasiones como ésta.

Dio una orden al *boy*, que poco después aparecía trayendo una botella. Mr. Warbuton contempló cómo la abría.

–Este vino me lo regaló un viejo amigo mío. Carlos Hollington. Lo guardaba desde hacía unos cuarenta años y hace otros tantos que está en mi poder. Tenía fama de poseer la mejor bodega de Inglaterra.

–¿Era un fabricante de vinos?

–Exactamente, no –repuso sonriendo Mr. Warbuton–. Estoy hablando de lord Hollington, de Castle Reagh. Uno de los más ricos pares de Inglaterra y un viejo amigo mío. Estuve en Eton con su hermano.

Ésta era una oportunidad que Mr. Warbuton no podía perder, y contó entonces una pequeña anécdota, cuyo punto más importante parecía ser su amistad con un conde.

El oporto era realmente magnífico. Bebió un segundo vaso y después otro. Había perdido toda precaución. Hacía meses que no hablaba con un hombre blanco y empezó a contar historias en las que figuraba siempre él al lado de algún aristócrata. Oyéndole podía creerse que en su tiempo se formaban gabinetes y se trazaban planes políticos a una indicación suya, tal vez hecha a los oídos de alguna duquesa, o dejada caer en la mesa para que la recogiera el consejero del rey. Después surgieron los días pasados en Ascot, Goodwood y Cowes. Otro vaso de oporto. Ahora les tocó el turno a las grandes fiestas de Yorkshire y de Escocia, a las que acudía cada año.

–Tenía entonces un criado llamado Foreman, que fue el mejor ayuda de cámara que tuve. ¿Y sabe usted de qué se me quejó un día? Usted ya sabe que en estas fiestas, en el comedor de los criados, las doncellas de las ladies y los ayudas de cámara de los caballeros se sientan según el rango de sus señores. Pues bien, va y me dice que estaba cansado de ir de una parte a otra conmigo, que era el único invitado que no tenía título. Esto significaba para él tener que sentarse el último y dejar que los otros se llevaran los mejores bocados. Se lo conté al viejo duque de Hereford y me contestó: «Por Dios, señor... Si yo fuera rey de Inglaterra os haría vizconde, sólo para que vuestro ayuda de cámara pudiera aprovecharse.» «Tomadlo a vuestro servicio, duque, le contesté; es el mejor ayuda de cámara que he tenido.» «Está bien, Warbuton. Si para vos es bueno, también lo será para mí. Enviádmelo.»

Después, Mr. Warbuton habló de Montecarlo, donde él, junto con el gran duque Foydor, jugando a medias, habían hecho saltar la banca una noche. Finalmente habló de Marienbad. Aquí Mr. Warbuton había jugado al bacará con Eduardo VII.

–Entonces sólo era príncipe de Gales, y recuerdo que me dijo: «Jorge... Si sacas un cinco, vas a perder hasta la camisa.» Y tuvo razón. Me parece que no dijo mayor verdad en toda su vida. Era un hombre admirable. Siempre dije que fue el mejor diplomático de Europa, pero yo era joven y loco y no seguí su consejo. Si lo hubiera hecho no habría sacado un cinco, y me parece que no estaría aquí.

Cooper no dejaba de observarle. Sus ojos castaños, hundidos en las cuencas, eran duros y desconfiados y en sus labios se dibujaba una sonrisa burlona. Había oído hablar mucho de Mr. Warbuton en Kuala Solor, no en mal sentido, pues regía su distrito con la exactitud de un reloj, pero... ¡cielos...!, ¡qué snob era! Se reían de él sin animosidad, porque era imposible sentir antipatía por un hombre que era a la vez tan generoso y bueno. Cooper había oído la historia del príncipe de Gales y del bacará, pero le escuchaba sin el menor asomo de simpatía. Desde el principio se había sentido molesto por la conducta del residente. Era muy suspicaz, y le habían herido en lo más profundo de su ser los corteses sarcasmos de Mr. Warbuton, quien, por su parte, tenía la costumbre de oír las observaciones que no compartía con un silencio glacial. Cooper había vivido muy poco en Inglaterra y sentía una antipatía especial contra los ingleses. Particularmente su resentimiento era con la escuela del Estado. Comprendió que había dejado huellas en su vida y, ante el temor de que los demás le despreciaran por ello, se adelantaba a los acontecimientos despreciando a todo el género humano.

–Bien. De todas formas la guerra nos ha hecho un gran favor –dijo al fin Cooper–. Derribó el poder de la aristocracia. La guerra de los bóers dio principio a la obra, y la de 1914, la ha terminado.

–Las grandes familias de Inglaterra están condenadas a desaparecer –exclamó Mr. Warbuton, con la triste melancolía de un *emigré* que recordase la Corte de Luis XV–. Ya no pueden permitirse el lujo de vivir en sus espléndidos palacios, y su principesca hospitalidad pronto no será más que un recuerdo del pasado.

–Lo que en mi opinión es una suerte.

–Mi pobre Cooper, ¿qué puede usted saber de la gloria de Grecia ni de la grandeza de Roma?

Mr. Warbuton hizo un amplio gesto. Sus ojos, por un instante, se hicieron soñadores ante la visión del pasado.

–Bueno; pero, créame, todos estamos hartos de esas tonterías. Lo que necesitamos es un Gobierno práctico, integrado por hombres de negocios. Yo he nacido en Crown Colony, y, en realidad, he pasado casi toda mi vida en las colonias. Todos los Lores me tienen sin cuidado. Y lo que más me ataca los nervios es un snob.

Un snob... El rostro de Mr. Warbuton enrojeció vivamente, y sus ojos se encendieron de ira. Aquella palabra le había perseguido toda su vida. Las grandes damas, cuya sociedad había buscado en su juventud, no desdeñaron nunca la admiración que por ellas sentía, pero como todo es relativo en la vida, hasta las grandes damas suelen enfadarse. Cuando la causa de ello era Mr. Warbuton no tenían inconveniente en calificarle con aquella terrible palabra. Además, él sabía –era imposible que no lo supiera– que mucha gente le tildaba de tal. ¡Qué injustos eran! En realidad no existía para él vicio más detestable que el snobismo. Le gustaba tratarse con gente de su condición, respirar el mismo ambiente; sólo en él vivía a gusto. Pero a esto, ¿podría llamársele snobismo?

–Estoy completamente de acuerdo con usted –repuso–. Un snob es un hombre que admira o desprecia a otro porque pertenece a una clase social superior. Es el vicio más corriente en la clase media británica.

En los ojos de Cooper brilló un destello irónico. Se llevó la mano a la boca para ocultar una sonrisa, con lo que sólo consiguió hacerla más patente. Las manos de Mr. Warbuton temblaron.

Con toda seguridad, Cooper no sabría nunca cómo acababa de mortificar a su jefe. Era un hombre sensible en extremo, pero incapaz de comprender los sentimientos ajenos.

El trabajo los obligaba a verse varias veces al día y a las seis tomaban juntos unas copas en la veranda de Mr. Warbuton. Era ésta una antigua costumbre de Mr. Warbuton que por nada del mundo hubiera alterado. Pero comían y cenaban separados. Cooper en su *bungalow* y Mr. Warbuton en el fuerte. Después de terminar el trabajo, daban, cada uno por su lado, un paseo hasta que se hacía de noche. En aquella comarca había pocos senderos; la selva llegaba casi hasta las plantaciones del poblado indígena. Cuando Mr. Warbuton veía a su subordinado caminar a grandes zancadas, daba un rodeo con el fin de no toparse con él. Cooper, con sus bruscos modales, con su intolerancia, con el orgullo con que sustentaba sus estúpidas opiniones, le sublevaba los nervios. Sin embargo, hasta pasados unos meses de la llegada de Cooper no sucedió un incidente que convirtió la antipatía del residente en un odio profundo.

Mr. Warbuton hubo de recorrer la comarca en viaje de inspección, dejando el puesto en manos de Cooper con entera confianza, pues había llegado a la conclusión de que era un funcionario capacitado y diligente. La única cosa que le disgustaba de él, en este aspecto, era su intolerancia. Honrado, justo y meticuloso, no experimentaba por los indígenas la menor simpatía. Mr. Warbuton observó con amarga ironía cómo aquel hombre, que se consideraba igual al resto de los mortales, trataba a tantos otros hombres como seres inferiores. Era duro y no tenía la menor paciencia con los indígenas, con los cuales adoptaba una actitud de matón. Mr. Warbuton no tardó en darse cuenta de que los malayos le odiaban y le temían, aunque el hecho no le disgustó del todo. Hubiera sido muy desagradable para él que su auxiliar rivalizase con él en popularidad.

Mr. Warbuton hizo sus preparativos de marcha; poco después se puso en camino y regresó al cabo de tres semanas. Durante su ausencia llegó el correo. Y la primera cosa que atrajo la mirada de Mr. Warbuton cuando entró en el salón fue una gran cantidad de periódicos abiertos. Cooper había salido a recibirle y en aquel momento se hallaba presente. Mr. Warbuton se volvió hacia uno de los criados y le preguntó con rudeza qué significaba aquello. Cooper se apresuró a explicarlo.

—Fui yo, quería enterarme del crimen de Wolverhampton, y por eso cogí sus *Times*. Ya se los he vuelto a traer. Supuse que a usted no le importaría.

—Pues me importa mucho, muchísimo.

—Lo siento —repuso Cooper tranquilamente—. Pero yo no podía esperarme hasta su regreso.

—¿No habrá usted abierto mis cartas, por casualidad?

—Eso ya es otra cosa, Mr. Warbuton. Yo no podía imaginarme que usted diera tanta importancia a sus periódicos. Después de todo, no tiene nada de particular lo que he hecho.

—Pues me molesta extraordinariamente que alguien lea los periódicos antes que yo. —Se acercó a donde estaban. Había por los menos treinta números—. Me parece que ha sido una impertinencia por parte de usted. Además, están todos mezclados.

—Eso tiene fácil arreglo —replicó Cooper acercándose a la mesa.

—¿No los toque! —gritó Mr. Warbuton.

—Vamos, me parece que es infantil ponerse de ese modo por una cosa que no tiene importancia.

—¿Cómo se atreve a hablarme así?

—¿Váyase al diablo...! —exclamó Cooper saliendo de la habitación.

Mr. Warbuton, temblando de ira, contempló sus periódicos. Aquellas manos callosas y brutales habían destrozado el mayor placer de su vida. Casi todas las personas que viven en tierras lejanas, cuando llega el correo, abren con impaciencia los periódicos y, cogiendo el más reciente, se enteran de las últimas noticias de su patria. Pero aquella no era la costumbre de Mr. Warbuton. El agente que le remitía la Prensa tenía instrucciones de poner en la cubierta de cada periódico la fecha; así, cuando llegaba a su poder una nueva remesa, Mr. Warbuton, mirando las fechas que constaban en las cubiertas, las iba numerando correlativamente, desde el más antiguo al más reciente. Su criado tenía la orden de colocar cada uno de ellos en la mesa de la veranda cada mañana, cuando tomaba el té. Era uno de sus mayores placeres el romper, mientras se desayunaba, la faja de papel que envolvía el periódico y leérselo de punta a cabo. Experimentaba la sensación de que se encontraba en su patria. Cada lunes por la mañana leía el *Times* de seis lunes atrás, y así hacía respecto a los diarios de todos los demás días de la semana. Los domingos leía el *Observer*. Igual que su costumbre de vestirse para cenar, era aquél un lazo que le unía con la civilización. Y era uno de sus mayores orgullos el que, por muy interesantes que fueran las noticias que esperaba, nunca había cedido a la tentación de abrir un periódico antes de su debido tiempo. Durante la guerra la tortura fue en algunas ocasiones casi insoportable. Si leía en el periódico el comienzo de una ofensiva, su angustia y su inquietud, mientras esperaba el resultado de la misma, no son para describirlas. Claro que todo aquello podía habérselo evitado leyendo el último número recibido. Pero él jamás hizo tal cosa. Fue una dura prueba de la que pudo salir victorioso. ¡Y aquel loco de Cooper los había abierto todos para saber si una horrible mujer había asesinado a su odioso marido!

Mr. Warbuton llamó al *boy* y le dijo que le llevase unas hojas de papel. Dobló los periódicos lo mejor que pudo, les puso unas cubiertas y los numeró. Fue un trabajo melancólico.

—Nunca se lo perdonaré —murmuró—. ¡Nunca!

El viaje lo había hecho en compañía de su *boy*. Nunca salía sin él. Era el que mejor conocía sus hábitos y costumbres, y Mr. Warbuton jamás prescindía de las comodidades y satisfacciones de la civilización. Pero desde su llegada se enteró de las habladurías que circulaban entre los criados. Supo que Cooper había tenido un altercado con sus *boys*. Todos, menos un muchacho llamado Abas, se despidieron. Éste hubiera preferido seguir a sus compañeros, pero su tío le había colocado allí por orden del residente y no se atrevió a hacerlo.

–Le he dicho que ha hecho bien quedándose, *tuan* –dijo el *boy*. Pero no está a gusto. No es una buena casa y desea marcharse como los demás.

–No. Tiene que quedarse. El *tuan* tiene que tener criados. ¿Han sido reemplazados ya los otros?

–No, *tuan*. Nadie quiere ir a esa casa.

Mr. Warbuton frunció el ceño. Cooper era un insolente, pero desempeñaba un cargo oficial y era preciso que tuviera criados. No convenía que su casa estuviera mal atendida.

–¿Dónde están los *boys* que trabajaban allí?

–En el poblado, *tuan*.

–Pues vete a verlos esta noche y diles que espero que vuelvan mañana por la mañana a casa del *tuan* Cooper.

–Dicen que no quieren volver.

–¿Y si yo lo mando?

Hacía quince años que el *boy* estaba al servicio de Mr. Warbuton y conocía todas las entonaciones de la voz de su amo. No le tenía miedo. Habían vivido en aquellas tierras demasiados peligros, juntos, para que se lo tuviera. Una vez, en la selva, el residente le salvó la vida, y otra en que zozobraron en los rápidos de un río, si no es por él su amo habría muerto ahogado. No ignoraba, sin embargo, que el residente tenía que ser obedecido sin la menor dilación.

–Iré al poblado –repuso.

Mr. Warbuton creyó que su subordinado aprovecharía la primera ocasión para disculparse por lo que había hecho; pero Cooper era incapaz de presentar una excusa. Poseía para estas cosas la torpeza del hombre mal educado. Por eso cuando al día siguiente se encontraron en la oficina pareció haber olvidado por completo el incidente.

Como Mr. Warbuton había estado tanto tiempo fuera, tuvieron una prolongada entrevista. Al fin, Mr. Warbuton se despidió de él.

–Me parece que no hay nada más. Gracias.

Cooper dio media vuelta para marcharse, pero Mr. Warbuton le detuvo.

–Creo que últimamente ha tenido usted un incidente con sus *boys*.

Cooper soltó una grosera carcajada.

–Trataron de estafarme. Y tuvieron el valor de marcharse todos menos Abas, incompetente como ninguno. Pero yo me mantuve firme y esta mañana han vuelto todos.

–¿Qué quiere usted decir?

–Que ya están otra vez en casa. Han venido como corderos. Deben haber llegado a la conclusión de que no soy tan loco como parezco.

–No ha sido por eso. Han vuelto porque yo se lo he ordenado.

Cooper enrojció ligeramente.

–Le agradecería que no se metiera en mis asuntos particulares.

–No son asuntos particulares. Cuando sus criados le dejan es para ponerle en ridículo. Usted es completamente libre de hacer lo que quiera, pero no puedo consentir que se burlen de usted y menos que su casa esté desatendida. No es correcto. Así es que en cuanto supe la noticia ordené a los *boys* que regresaran por la mañana a sus puestos.

Mr. Warbuton hizo una inclinación de cabeza para dar a entender que daba por terminada su entrevista, pero Cooper no se dio por aludido.

–Pues, ¿quiere usted saber lo que hice? Los llamé y los despedí a todos, dándoles diez minutos de tiempo para abandonar la casa.

Mr. Warbuton se encogió de hombros.

–¿Qué es lo que le hace pensar que podrá conseguir reemplazarlos?

–Le he dicho a mi escribiente que me busque otros.

Mr. Warbuton reflexionó unos momentos.

–Me parece que se está usted portando como un estúpido, y creo que para el futuro debería usted recordar que los buenos amos hacen los buenos criados.

–¿Hay algo más que quiera usted enseñarme?

–Me gustaría enseñarle buenos modales, pero eso sería un trabajo excesivo y no puedo perder tiempo. Me encargaré de que consiga otros *boys*.

–Le ruego que no se moleste por mí. Para esto me basto yo.

Mr. Warbuton sonrió irónicamente. Sospechaba que Cooper le tenía tanta simpatía como él a su vez tenía por Cooper. No hay nada más humillante que tener que aceptar los favores de un hombre al que se odia.

–Permítame que le diga que no tiene más probabilidades de encontrar criados malayos o chinos que las que tendría si buscara un mayordomo inglés. Nadie entrará a su servicio, a no ser que yo lo ordene. ¿Quiere que lo haga?

–No.

–Como usted quiera. Buenos días.

Mr. Warbuton observó el desarrollo de los acontecimientos con mordaz ironía. El escribiente de Cooper fue incapaz de convencer a ningún indígena, chino o malayo, para que entrara a servir a Mr. Cooper. Abas, el único *boy* que no se había marchado, sólo sabía cocinar a la manera indígena, y Cooper, a quien le gustaba comer, pronto se sintió asqueado ante el arroz que invariablemente le preparaba. Cooper, dado el calor, tomaba varios baños al día, pero ahora no había nadie para llevar el agua. Colmaba de improperios a Abas, pero éste, oponiendo una resistencia pasiva, no hacía más que lo que se le antojaba. Fue, además, extremadamente amargo para Cooper enterarse de que si el muchacho continuaba a su servicio era por orden expresa del residente. Las cosas continuaron así durante unos quince días, hasta que una mañana vio aparecer en su casa a los mismos criados que había despedido. Se apoderó de él un furor sordo, incontenible. Pero había adquirido algo de experiencia, y esta vez los aceptó sin decir palabra. No le quedó más remedio que tragarse aquella nueva humillación. A consecuencia de ello, el desprecio que sentía por Mr. Warbuton se transformó en un odio sombrío. El residente le había convertido, con aquella astuta jugada, en el hazmerreír de todos los indígenas.

Los dos hombres no tuvieron desde entonces el menor contacto personal. Se rompió la inveterada costumbre de reunirse todas las tardes a las seis para beber alguna cosa, costumbre que Mr. Warbuton siguió observando con todos los hombres blancos que pasaban por el puesto, por muy grande que fuera la antipatía que sintiese hacia ellos.

Empezaron a hacer vida aparte, como si el uno no existiera para el otro. Cooper conocía perfectamente su trabajo, de modo que su relación en la oficina era la indispensable. Mr. Warbuton utilizaba a su ordenanza cuando tenía que remitir alguna comunicación a su subordinado; en cuanto a las órdenes, se las mandaba por escrito. Se veían, eso sí, casi constantemente. No había modo de evitarlo. Pero apenas si cruzaban media docena de palabras entre ellos. Sin embargo, el hecho de que no pudieran perderse de vista llegó a ponerlos nerviosos. No hacían más que pensar en su mutuo antagonismo, y Mr. Warbuton, en su paseo diario, sólo reflexionaba sobre lo mucho que odiaba a Mr. Cooper.

Lo peor de todo era que aquella situación se prolongaría hasta las vacaciones de Mr. Warbuton. Y aún faltaban por lo menos tres años para que llegaran. Mr. Warbuton no tenía por qué elevar ninguna queja a la superioridad. Cooper cumplía en su trabajo, y en aquella época no se disponía de muchos hombres para el servicio. Es cierto que hasta él habían llegado vagas quejas e insinuaciones de que los indígenas se lamentaban de la dureza de Cooper. Existía, indudablemente, un sentimiento general de desagrado. Pero cuando Mr. Warbuton examinó cada caso concreto, todo lo que pudo hallar fue que Cooper se había mostrado demasiado severo en lugar de ser benévolo, o que fue indiferente en vez de ser comprensivo. No había hecho nada que fuese irregular. Sin embargo, Mr. Warbuton continuó observando. El odio puede dar al hombre una mayor clarividencia, y sospechó que Cooper trataba a los indígenas sin consideración, aunque manteniéndose dentro de la ley, con el

fin de exasperarle. Pero tal vez un día Mr. Cooper se excedería en su juego. Nadie sabía mejor que Mr. Warbuton a qué extremos de irritación puede llegar un hombre bajo los efectos de aquel calor excesivo y también lo difícil que era conservar el dominio sobre sí mismo después de una noche sin dormir. Sonrió con cierta malicia. Tarde o temprano, Cooper caería en sus manos.

Cuando al fin se presentó la oportunidad, Mr. Warbuton soltó una carcajada. Cooper tenía a los presos a su cargo. Los empleaba en hacer carreteras, edificar cobertizos, remar en el *praho*, mantener limpio el poblado; en fin, en una serie de trabajos útiles. Además, si se portaban bien, tenían la posibilidad de servir como criados. Cooper los trataba con mano dura. Le gustaba verlos trabajar, y sentía gran satisfacción cuando podía emplearlos en nuevas tareas; pero los presos, dándose cuenta de que trabajaban en cosas inútiles, lo hacían de mala gana. Una vez Cooper los castigó, alargándoles las horas de trabajo. Esto era contrario al reglamento, y, cuando lo pusieron en conocimiento de Mr. Warbuton, éste, sin decir nada a su subordinado, ordenó que se mantuviesen las horas señaladas. Cooper, cuando salió a dar su paseo diario, se quedó atónito al ver a los presos regresar a la cárcel. Había ordenado que no regresaran hasta la noche. Cuando preguntó al guardián por qué habían dejado el trabajo, éste le contestó que era por orden del residente.

Blanco de ira, se dirigió hacia el fuerte. Mr. Warbuton, con sus immaculados pantalones blancos y el pulcro salacot, se disponía a salir. Llevaba un bastoncillo en la mano e iba seguido de sus perros. Había visto a Cooper andando por el camino que bordeaba el río. Cooper subió las escaleras a saltos y se fue hacia el jefe.

—Quisiera saber qué diablos se propone usted revocando mi orden de que los presos trabajen hasta la noche —exclamó fuera de sí.

Mr. Warbuton abrió sus bellos ojos azules, adoptando una expresión de profunda sorpresa.

—¿Está usted loco? ¿Es ésa la manera de dirigirse a un superior?

—¡Váyase al diablo! Lo referente a los presos es asunto mío, y usted no debe entrometerse en mis cosas. Pero quisiera saber por qué me ha puesto en ridículo. Todo el mundo sabe que usted ha revocado mi orden.

Mr. Warbuton siguió en la misma fría actitud.

—Usted no tiene facultades para dar una orden así, y la revoqué porque era injusta y tiránica. Pero, créame: no he sido yo quien le ha puesto en ridículo; ha sido usted mismo.

—Desde el primer momento me tomó usted antipatía —exclamó Cooper—, y ha hecho lo inimaginable para hacerme la vida imposible. ¡Y todo porque no quise adularle desde el principio! Su antipatía y su odio hacia mí no es más que por eso.

Cooper, fuera de sí, rozaba un asunto peligroso, y los ojos de Mr. Warbuton se volvieron más agudos y penetrantes que nunca.

—Está usted equivocado. Le juzgo un grosero, eso sí; pero no tengo la menor queja sobre la forma en que desempeña su cometido.

—Condenado snob... Me juzga un grosero porque no he estado en Eton. Ya me dijeron en Kuala Solor quién era usted. ¿No sabe que es el hazmerreír de toda la comarca? Me costó mucho reprimir la risa al oírle contar su famosa historia del príncipe de Gales. ¡Dios mío! Cómo se reían en el club cuando me lo contaron. Por mi parte, prefiero ser un grosero a un snob como usted.

Aquellas palabras hirieron en lo más profundo del alma a Mr. Warbuton.

—Si no sale inmediatamente de aquí tendrá que habérselas conmigo —gritó.

Por toda respuesta, Cooper se aproximó a su jefe hasta casi tocar su rostro con el suyo.

—Atrévase a tocarme —exclamó—. ¡Cómo me gustaría que lo hiciese! ¿Y quiere que se lo repita otra vez? Es usted un snob, un snob...

Cooper era tres pulgadas más alto que Mr. Warbuton y de una constitución más robusta. Su jefe, además, tenía cincuenta y cuatro años. Sin embargo, el puño de Mr. Warbuton salió disparado contra la mandíbula de Cooper. Éste le cogió del brazo y le empujó hacia atrás.

—No sea usted loco. Recuerde que yo no soy un caballero y que, además, sé hacer uso de mis manos.

Dejó escapar una especie de aullido, y, con el rostro descompuesto, bajó a saltos la escalera de la veranda. Mr. Warbuton, congestionado, se dejó caer en una silla. Todo su cuerpo temblaba como el

de un azogado. Durante unos instantes creyó que iba a romper a llorar. De pronto se dio cuenta de que su *boy se* hallaba en la veranda, e instintivamente recobró el dominio sobre sí mismo.

El muchacho se acercó, llenándole un vaso de whisky y soda, y sin decir palabra, Mr. Warbuton lo apuró de un trago.

—¿Qué quieres decirme? —preguntó al criado, tratando de sonreír.

—*Tuan*, ese hombre es malo. Abas quiere marcharse otra vez.

—Dile que espere un poco. Voy a escribir a Kuala Solor pidiendo que manden al *tuan* Cooper a otra parte.

—El *tuan* Cooper no es bueno con los malayos.

—Déjame solo.

El muchacho se fue silenciosamente. Mr. Warbuton quedóse a solas con sus pensamientos. Se imaginó el club de Kuala Solor, los hombres sentados alrededor de la mesa, junto a la ventana o al golf. Bebían whiskies y *gin pahits*, riéndose, mientras se contaba la historia del príncipe de Gales y él en Marienbad. Sus mejillas ardían de vergüenza. ¡Un snob! Así le juzgaban todos. A él, que siempre los había considerado como unos buenos amigos, sin tener en cuenta para nada la diferencia de clases. Los odiaba. Pero aquel odio no era nada comparado con el que sentía hacia Cooper. Si ambos hubiesen llegado a las manos, ¡qué paliza hubiera recibido! Unas lágrimas de ira corrieron por su rostro enrojecido. Permaneció allí, sentado, durante dos horas largas, fumando un cigarrillo tras otro, mientras pedía que la tierra le tragara.

Al fin se acercó el *boy* a preguntarle si iba a vestirse para la cena. ¡No faltaba más! Siempre lo había hecho. Se levantó con aire cansado y se puso la camisa almidonada y el cuello alto. Después se sentó a la mesa, cuidadosamente puesta, y le sirvieron, como de costumbre, dos *boys*, mientras otros dos refrescaban el aire con grandes abanicos. En el otro *bungalow*, a unas doscientas yardas de allí, Cooper estaría cenando una magra pitanza, vestido como un indígena, y, probablemente, leyendo a la vez una novela policíaca.

Cuando acabó de cenar, Mr. Warbuton se puso a escribir una carta. El sultán estaba fuera, por lo que se dirigió de un modo particular a uno de sus secretarios. Cooper hacía su trabajo perfectamente, pero le era imposible entenderse con él. Su compañía le era insoportable, por lo que le haría un gran favor si lo trasladara a otro sitio.

A la mañana siguiente mandó la carta por un mensajero especial. La contestación la tuvo unos quince días después, por correo. Era una carta particular, concebida en los siguientes términos:

«Mi querido Warbuton: No quiero contestar a su carta oficialmente, por lo que le pongo estas líneas como amigo. Claro que si usted insiste, plantearé el caso al sultán, pero creo que sería mucho mejor que no lo hiciese. Sé que Cooper es un diamante en bruto, pero es un hombre de gran capacidad, que se portó muy bien durante la guerra, por lo que le debemos toda clase de consideraciones. Yo creo que da usted demasiada importancia a la posición social de una persona. Los tiempos han cambiado mucho. Es, desde luego, necesario ser un caballero, pero es más importante aún ser competente y trabajador. Creo que con un poco más de tolerancia por parte de usted, llegará a entenderse con Cooper.

Su sincero amigo,

Ricardo Temple.»

La carta se le cayó a Mr. Warbuton de las manos. No era difícil leer entre líneas. ¡Ricardo Temple, el hombre que conocía desde hacía más de veinte años, perteneciente a una familia distinguida e importante, también le juzgaba como un snob, y por este hecho no había atendido su petición! Mr. Warbuton sintió como si algo se desgarrase en su interior. El mundo de que formaba parte desaparecía para siempre. El futuro pertenecía a otra generación, a la generación de Cooper, mezquina y materialista. ¡Qué odio sentía por Cooper en aquel momento! Extendió la mano para tomar un vaso y vio a su *boy* que se adelantaba para servirle.

—No sabía que estuvieras aquí.

El *boy* recogió la carta del suelo.

—¿El *tuan* Cooper se marcha?

—No.

—Pues ocurrirá una desgracia.

De momento no comprendió el significado de aquellas palabras. Pero sólo fue un momento. Mr. Warbuton se incorporó en su asiento y miró al *boy*, tratando de descubrir lo que quería dar a entender.

—¿Qué quieres decir con esto?

—El *tuan* Cooper no se porta bien con Abas.

Mr. Warbuton se encogió de hombros. ¿Cómo un hombre como Cooper podía portarse bien con sus criados? Conocía de sobra su carácter. Unas veces le trataría con grosera jovialidad y otras de una manera ruda y desconsiderada.

—Que se marche entonces con su familia.

—El *tuan* Cooper le retiene el sueldo para que no pueda hacerlo. Hace tres meses que no le da un céntimo. Yo le he dicho que tenga paciencia, pero está furioso y no quiere atender a razones. Si el *tuan* continúa tratándole mal, ocurrirá una desgracia.

—Has hecho bien en hablarme.

¡Qué loco era Cooper! ¿Conocía tan mal a los malayos para creer que se les puede injuriar impunemente? Si recibiera una puñalada, no obtendría más que su merecido. Con un *kris*... ¡era tan fácil! El corazón de Mr. Warbuton dejó de latir un momento. Bastaría con que dejara que las cosas siguieran su curso para que al fin un día se viera libre de Cooper. Sonrió débilmente al pensar en eso. Se imaginó al hombre que odiaba caído de bruces en un sendero de la selva, con un puñal en la espalda. «El digno fin de un matón», pensó Mr. Warbuton, y suspiró. Su deber era avisarle, y, desde luego, tenía que hacerlo sin tardanza. Escribió unas líneas protocolarias a Cooper, rogándole que fuera a verle en seguida.

A los diez minutos, Cooper se hallaba ante él. No se habían vuelto a ver desde el día en que Mr. Warbuton estuvo a punto de darle un puñetazo. Esta vez no le indicó que tomara asiento.

—¿Deseaba verme? —preguntó Cooper.

Vestía desordenadamente y sus ropas dejaban mucho que desear en cuanto a limpieza. Numerosas picaduras de mosquito cubrían su rostro y sus manos, ensangrentadas a fuerza de rascárselas. Su aspecto era torvo y sombrío.

—Tengo entendido que ha vuelto a tener un incidente con sus criados. Abas, el sobrino de mi *boy*, se queja de que usted le retiene el sueldo desde hace tres meses. A mí me parece que éste es un procedimiento arbitrario. El muchacho quiere marcharse a su casa, y desde luego no le censuro por ello. Le ruego que, cuanto antes, le abone sus pagas.

—Pues yo no quiero que se vaya. Le retengo el sueldo como una garantía de su buena conducta.

—Perdone que le diga que no conoce usted el carácter malayo. Son muy sensibles ante la injuria o el ridículo. Son, además, violentos y vengativos. Es mi deber prevenirle que si sigue usted tratando así a ese muchacho se expone a un gran peligro.

Cooper hizo un gesto despectivo.

—¿Qué cree usted que puede hacer?

—Matarle.

—¿Le importaría mucho a usted?

—¡Oh, no! —repuso Mr. Warbuton, echándose a reír débilmente—. Le aseguro que el disgusto no sería muy grande, pero creo que mi cargo me obliga a ponerle en antecedentes.

—¿Se figura usted que un negro puede intimidarme?

—Me tiene sin cuidado si le intimida o no.

—Bien, pues entonces permítame que le diga una cosa. Sé de sobra cuidar de mí mismo. Abas es un ladrón y un pilluelo, y si intenta alguna cosa contra mí, le retorceré el pescuezo.

—Es todo lo que tenía que comunicarle —dijo entonces Mr. Warbuton, haciendo una ligera inclinación de cabeza a su subordinado.

Cooper dudó un momento sobre lo que había de hacer. Después, dando media vuelta, salió a trompicones del despacho. Mr. Warbuton le vio marchar, mientras una irónica sonrisa se dibujaba en sus labios. Había cumplido su deber. Pero, ¿qué hubiera pensado de saber que Cooper, en cuanto llegó a su casa, habíase arrojado sobre la cama, dando rienda suelta a su amarga desesperación? En aquella soledad implacable perdió todo dominio de sí mismo; los sollozos se escaparon de su pecho y gruesas lágrimas corrieron por su rostro pálido y macilento.

Después de aquella entrevista, Mr. Warbuton vio muy raras veces a Cooper. Cuando se encontraban, evitaban ambos el dirigirse la palabra. Mr. Warbuton continuó leyendo su *Times* todas las mañanas; iba a la oficina, donde despachaba el trabajo diario; recorría las escasas sendas de los alrededores, dando sus paseos cotidianos; se vestía para cenar y más tarde sentábase en la veranda, fumando un cigarrillo, mientras contemplaba el río. Si por casualidad se encontraba a Cooper, le volvía la espalda con el mayor desprecio. Cada uno de ellos obraba como si el otro no existiera, como si fuera el único habitante blanco de aquellos alrededores. El tiempo no logró disminuir el antagonismo existente entre ambos. Se observaban, se espiaban mutuamente, deseosos de saber lo que el otro hacía. En su juventud, Mr. Warbuton había sido un gran tirador, si bien con los años fue adquiriendo una profunda aversión a matar animales de la selva. Los domingos, Cooper salía de caza. Si obtenía alguna pieza, era un triunfo que obtenía sobre Mr. Warbuton. Si, por el contrario, regresaba con las manos vacías, Mr. Warbuton se encogía de hombros, burlándose interiormente de su subordinado. ¡Aquellos advenedizos que querían ser deportistas!

Navidad fue una mala época para ellos. Comieron separadamente, cada uno en su casa, y deliberadamente se emborracharon. Eran los únicos blancos que había en doscientas millas a la redonda, y vivían al alcance de la voz. A principios del año Cooper cogió unas fiebres, y cuando Mr. Warbuton volvió a verle quedó sorprendido de su extrema delgadez. Tenía un aspecto enfermizo y agotado. Aquella soledad, tanto más avasalladora cuanto que era forzada, le crispaba los nervios. Otro tanto le ocurría a Mr. Warbuton, que muchas noches no podía conciliar el sueño. Permanecía en la cama despierto, dando vueltas torturándose a fuerza de imaginar cosas. Cooper se entregó a la bebida. Era evidente que el desenlace estaba próximo, pero en su trato con los indígenas tenía buen cuidado en no hacer nada que su jefe pudiese censurar. Ambos libraron entre sí una batalla silenciosa. Fue como una prueba de resistencia. Y así pasaron los meses, sin que ninguno diera la mayor muestra de debilidad. Eran como dos hombres que viviesen en las regiones de la noche eterna, y sus almas gemían oprimidas por el convencimiento de que para ellas no habría nunca amanecer. Les dominaba la sensación de que vivirían respirando eternamente la odiosa monotonía de aquel odio.

Y cuando al fin sucedió lo inevitable, a Mr. Warbuton le pareció despertar de un sueño. Cooper acusó a Abas de que le sustrajera la ropa, y el muchacho lo negó. Cooper, entonces, agarrándole por el cuello, lo arrojó escaleras abajo. El *boy* reclamó los atrasos que le debían, y Cooper, por toda respuesta, comenzó a insultarlo, amenazándole al mismo tiempo con entregarlo a la Policía si no se marchaba antes de una hora.

A la mañana siguiente el muchacho fue a esperarle a la puerta del fuerte, y, por segunda vez, le pidió lo suyo. Cooper le dio un puñetazo en la cara y Abas cayó al suelo. Al levantarse sangraba abundantemente por la nariz.

Cooper entró en la oficina y se puso a trabajar. Pero le resultaba difícil concentrar su atención. El golpe había apaciguado un tanto su irritación, pero al mismo tiempo creía haberse excedido. Estaba preocupado. Sentíase enfermo, triste y sin ánimos. En la habitación de al lado se encontraba Mr. Warbuton, y su primer impulso fue ir a verle y contarle lo sucedido. Hizo un movimiento en su silla, como para levantarse, pero se imaginó la ironía con que sujete escucharía el relato y la sonrisa de superioridad con que le respondería. Un momento temió que Abas pudiera hacer algún disparate. Warbuton le había advertido. De su pecho se escapó un suspiro. ¡Qué loco había sido no haciéndole caso! Se encogió de hombros con impaciencia. ¡Qué importaba todo! Aún tenía que vivir mucho tiempo. Toda la culpa era de Warbuton. Con su intervención lo había echado todo a perder. Warbuton, desde un principio, había hecho de su vida un infierno. Todo por sus ínfulas aristocráticas. Pero era el caso que casi todos procedían con él como Mr. Warbuton. Claro que él,

Cooper, sólo era un colonial. Fue una lástima que no obtuviera su nombramiento durante la guerra. Él se había portado tan bien como cualquiera. También allí había muchas preferencias de clase. Pero si ahora cedía, sería un necio. Warbuton, naturalmente, se enteraría de lo sucedido, como se enteraba de todo. Sin embargo, no estaba asustado. No tenía miedo a ningún indígena, y Warbuton podía irse al diablo.

Estuvo en lo cierto cuando pensó que Warbuton se enteraría de lo sucedido. Su *boy* se lo dijo a la hora de comer.

–Y tu sobrino, ¿dónde está?

–No lo sé, *tuan*. Se ha marchado.

Mr. Warbuton permaneció silencioso. Después de comer solía echarse la siesta, pero aquel día no tuvo sueño. Sus ojos, involuntariamente, miraron hacia el *bungalow* de Cooper. ¡Qué idiota! Mr. Warbuton vaciló unos instantes. ¿Se daría cuenta aquel hombre del peligro en que se encontraba? Tal vez debiera mandarlo llamar, pero cada vez que intentó darle un consejo no había obtenido otro agradecimiento que insultos. Una ira furiosa se despertó repentinamente en el corazón de Warbuton, haciéndole apretar los puños e hinchándosele las venas en las sienes. Aquel hombre había sido avisado ya. Sabía a qué atenerse en cuanto a las consecuencias. «Lo demás no es de mi incumbencia –pensó Mr. Warbuton–, y si algo sucede, no será mía la culpa. Entonces tal vez se arrepientan en Kuala Solor de no haber atendido mi ruego de trasladar a Cooper.»

Aquella noche sentíase intranquilo y preocupado. Después de la cena se puso a pasear arriba y abajo de la veranda. Cuando el *boy* fue a retirarse, Mr. Warbuton le preguntó si sabía algo de Abas.

–No, *tuan*. Creo que debe de haberse ido al pueblo del hermano de su madre.

Mr. Warbuton le dirigió una penetrante mirada, pero el *boy* tenía la vista baja y sus ojos no se encontraron. El residente bajó al río y se sentó en el desembarcadero. Pero en vano hacía esfuerzos por recobrar su calma. El río se deslizaba en medio de un silencio amenazador, semejante a una gran serpiente que, con perezosos movimientos, se dirigiera hacia el mar. Los árboles que bordeaban el río erguíanse inmóviles, proyectando a su alrededor una sombra siniestra. No se oía el canto de un pájaro ni un soplo de brisa agitaba las hojas.

Todo a su alrededor parecía como si esperase algo nuevo, inesperado, terrible.

Warbuton cruzó el jardín, encaminándose hacia la carretera. Desde ella se dominaba el *bungalow* de Cooper. En el salón había una luz, y hasta él llegaron las notas de una música de jazz. Cooper hacía sonar el gramófono. Mr. Warbuton se estremeció; siempre había sentido una gran antipatía por aquel instrumento. Aquella noche, si no hubiese sido por él, quizás hubiese entrado en el *bungalow*, dispuesto a hablar con Cooper. Pero, dando media vuelta, regresó a su casa. Estuvo leyendo hasta muy tarde, durmiéndose después. Mas su sueño no duró mucho rato. Tuvo horribles pesadillas y pareció despertarse al oír un grito. Aquello fue también, sin duda alguna, otra pesadilla, porque ningún grito, del *bungalow*, por ejemplo, podía oírse desde su habitación. Permaneció despierto hasta rayar la aurora. Oyó entonces rumor de voces y unos pasos precipitados. Su *boy* entró en el dormitorio, jadeante y sin fez. El corazón de Mr. Warbuton parecía como si fuera a paralizarse. De un brinco saltó de la cama.

–*Tuan, tuan...*

–Voy en seguida.

Se calzó las zapatillas, y, en pijama, corrió al *bungalow* de Cooper. Éste yacía en la cama, con la boca abierta y un *kris* clavado en el corazón. Había sido asesinado mientras dormía. Mr. Warbuton se estremeció al sentir en lo más profundo de su ser la alegría de su triunfo. Acababa de quitarse un gran peso de encima.

Cooper estaba ya frío. Hacía unas horas que había muerto. Mr. Warbuton cogió el *kris*, clavado tan profundamente que tuvo que hacer un esfuerzo para arrancarlo, y lo examinó reconociéndolo al instante. Era un *kris* que un vendedor le había ofrecido no hacía mucho y que Cooper compró.

–¿Dónde está Abas? –preguntó secamente.

–Está en el pueblo del hermano de su madre.

El sargento de la policía indígena se hallaba de pie, junto a la cama.

–Coja a dos hombres y vaya a ese pueblo a detenerle.

Mr. Warbuton dispuso todo lo que se había de hacer en aquel momento. Dio las órdenes con voz dura y apremiante. Más tarde regresó al fuerte. Se afeitó, se bañó y, luego de vestirse, se dirigió al comedor. Junto a su plato estaba el *Times*, dentro de su funda, esperándole. Un *boy* le sirvió el té, mientras otro le presentaba una fuente con huevos. Mr. Warbuton comió con apetito excelente. Su *boy se* acercó a la mesa, hasta quedar frente a él.

—¿Qué quieres? —le preguntó Mr. Warbuton.

—*Tuan*, Abas, mi sobrino, estuvo en casa del hermano de su madre toda la noche. Lo puede probar. Su tío jurará que no salió ni un momento.

El residente le miró con el ceño fruncido.

—El *tuan* Cooper fue asesinado por Abas. Tú lo sabes tan bien como yo. Y hay que hacer justicia.

—Pero, *tuan*, ¿van a ahorcarlo?

Mr. Warbuton vaciló un momento, y aunque su voz siguió siendo dura, en sus ojos se operó un ligero cambio. Fue un destello que no pasó inadvertido al indígena y que halló en los suyos un eco de inteligencia.

—La provocación fue muy grande. Abas será condenado a unos años de cárcel. —Mr. Warbuton hizo una pausa mientras se servía mermelada—. Cuando haya cumplido una parte de su condena, lo tomaré a mi servicio. Tú le enseñarás sus deberes. Estoy seguro de que en casa del *tuan* Cooper debe de haber adquirido malos hábitos.

—¿Tiene Abas que entregarse a la justicia, *tuan*?

—Es lo mejor que puede hacer.

El *boy se* retiró. Mr. Warbuton cogió su *Times* y, cuidadosamente, rompió la banda de papel que lo envolvía. Disfrutaba abriendo sus inmensas páginas. Aquella mañana tan fresca, tan suave, era deliciosa, y por un instante sus ojos se pasearon con una mirada de placer por el jardín. Se le había quitado un gran peso de encima. Buscó la página de sociedad, con los matrimonios, nacimientos y defunciones. Era siempre lo primero que leía en el periódico. Sus ojos descubrieron un nombre conocido: Lady Ormskirk, por fin, había tenido un hijo. ¡Por Júpiter, qué contenta estaría la abuela! En el próximo correo mandaría una carta felicitándola.

Abas sería un excelente criado.

¡Qué loco había sido Cooper!

SAMOA

(The Pool)

Cuando Chaplin, el propietario del Hotel Metropol, de Apia, me presentó a Lawson, apenas si paré atención en él. Estábamos sentados en el hall del hotel, tomando el primer cóctel, y escuchaba divertido las habladorías de la isla.

Chaplin me entretenía. Era ingeniero de minas, y quizás una de sus características fuera el haberse establecido en un sitio donde sus conocimientos profesionales no podían serle de ninguna utilidad. Sin embargo, se decía que era un buen ingeniero. De baja estatura, no muy grueso, con el cabello negro, que empezaba a encanecer, y un poco calvo en los alrededores de la coronilla, un bigote pequeño y descuidado; su rostro, en parte por el sol y en parte por la bebida, tenía un vivo color rojo. Era sólo una figura decorativa, porque el hotel, pese a lo pomposo de su nombre –el edificio sólo constaba de dos pisos–, estaba dirigido por su mujer, una australiana alta y delgada, de cuarenta y cinco años, de aspecto imponente y de un carácter decidido. Su marido, excitable y a veces indeciso, vivía aterrorizado, y el viajero no tardaba mucho en enterarse de sus querellas domésticas, en las que ella hacía uso de sus puños y de los pies cuando quería tenerle a raya. Se hablaba de una noche en que Chaplin había vuelto borracho a su casa. Durante las veinticuatro horas siguientes su mujer le tuvo encerrado en su propia habitación, y después se le había visto, sin atreverse a dejar su prisión, hablando un poco dramáticamente desde la veranda a la gente que pasaba por la calle.

Chaplin era un hombre extraordinario, y los recuerdos de su vida azarosa, verdaderos o no, valía la pena de escucharlos. Por eso, cuando Lawson se aproximó a nosotros, casi lamenté su intromisión. Aún no eran las doce del mediodía, pero, al parecer, Chaplin había bebido ya más de la cuenta, por lo que, sin gran entusiasmo, me sometí a su deseo de tomar otro cóctel. Había creído notar que su cabeza era débil, y la próxima ronda que yo tendría que pedir para corresponder a la suya le alegraría probablemente lo bastante para atraerme las furibundas miradas de su mujer.

La figura de Lawson no tenía nada de atractiva. Era un hombre bajo y delgado, de cara alargada y amarillenta, barbilla pequeña, nariz prominente, grande y huesuda, y unas cejas grandes e hirsutas que le daban un aspecto singular. En compensación, sus ojos, grandes y oscuros, eran casi atractivos. Tenía un carácter animado, pero su animación no parecía sincera; se hubiera dicho que todo era fingido, de labios para afuera; que aquella vivacidad era como una máscara para engañar al mundo, y sospeché que, en el fondo, ocultaba una naturaleza mezquina. Su deseo, evidentemente, era el de que se le considerara un compañero alegre y divertido, y como tal, en efecto, le recibía todo el mundo; pero, no sé por qué, yo lo juzgué falso y astuto. Habló bastante, con voz ronca, y él y Chaplin compitieron en sus relatos, muchos de ellos legendarios, en que hablaban de noches alegres pasadas en el Club Inglés, de expediciones de caza, y de excursiones a Sydney, en las que su mayor orgullo era el no recordar nada de cuanto había sucedido desde que pusieron pie en tierra hasta que volvieron a tomar el barco para el regreso. Un par de cerdos borrachos, indudablemente; pero, aun en su embriaguez –después de cuatro cócteles cada uno, nadie está sereno–, había una gran diferencia entre Chaplin, grosero y vulgar, y Lawson. Este último podía estar borracho, pero nunca dejaba de ser caballero.

Al fin, se levantó de su asiento, vacilante.

–Bien... Me voy hacia la casa –dijo–. Ya los veré antes de cenar.

–¿Tu esposa está bien? –preguntó Chaplin.

–Sí.

Salió. Fue tal la entonación dada a su monosilábica contestación, que me hizo levantar la vista.

–Buen muchacho... –afirmó Chaplin, indiferente, mientras Lawson salía a la calle–. Uno de los mejores... Es una lástima que beba.

Esta observación, por parte de Chaplin, no estaba desprovista de cierto humor.

–Lo peor es que cuando está borracho se pelea con todo el mundo.

–¿Lo está a menudo?

–Borracho perdido, dos o tres días a la semana. La culpa la tiene esta tierra y Etel.

—¿Quién es Etel?

—Su mujer. Es una mestiza. La hija del viejo Brevald. Se la llevó de aquí. La única cosa que podía hacer, pero ella no pudo resistirlo y regresaron. Se ahorcará cualquier día si la bebida no le mata antes... Chaplin eructó ruidosamente.

—Voy a meter la cabeza debajo de la ducha. No debería haber tomado el último cóctel. Es siempre el último el que emborracha.

Miró indeciso hacia la escalera, para luego decidirse por la habitación de la ducha. Al levantarse dijo con una seriedad poco habitual en él:

—Cultive la amistad de Lawson. Es un muchacho muy instruido, Le sorprenderá cuando esté sereno, y, además, es inteligente. Vale la pena hablar con él.

Chaplin, con estas pocas palabras, me había contado su historia. Cuando volví, hacia el atardecer, de un paseo por la costa, Lawson estaba de nuevo en el hotel. Pesadamente hundido en una de sus sillas de paja, me miró con ojos vidriosos. Era evidente que había estado bebiendo toda la tarde. Yacía aletargado, y el aspecto de su rostro era sombrío y rencoroso. Sus ojos se fijaron en mí un momento, pero comprendí que no me había reconocido. Dos o tres personas estaban jugando a los dados, sin que le prestaran atención alguna. Su estado era tan habitual que nadie reparaba en él. Me senté a jugar.

—Son ustedes muy poco sociables —dijo Lawson repentinamente.

Se levantó de la silla, encaminándose con las rodillas curvadas hacia la puerta. No sé si aquel espectáculo era ridículo o repugnante. Cuando salió, uno de los jugadores dijo burlesco:

—Lawson está hoy completamente borracho.

—Si no resistiese el alcohol mejor que él —dijo otro—, me quedaría en casa.

¿Cómo podía figurarme yo que aquel ser miserable y ridículo fuera, en cierto modo, una figura romántica y que su vida tuviese la grandeza de una tragedia griega?

No volví a verle en dos o tres días.

Estaba yo sentado en el primer piso del hotel, en la veranda que dominaba la calle, cuando Lawson subió, sentándose en una silla a mi lado. Se encontraba completamente sereno. Me hizo una observación casual, y entonces, al contestarle con alguna indiferencia, añadió, con una carcajada que tenía un tono de excusa:

—El otro día estaba completamente borracho.

Yo no contesté. En realidad, no tenía nada que decir. Saqué mi pipa con la vana esperanza de alejar los mosquitos, mientras contemplaba a los indígenas regresar del trabajo a sus casas. Caminaban a grandes pasos, lentamente, con cuidado y dignidad, y el blando rumor de sus pies descalzos producía una sensación extraña. Su pelo negro, rizado o liso, frecuentemente estaba blanco de cal, dándoles una apariencia de gran distinción. Eran altos y bien proporcionados. Pasó cantando un grupo procedente de las islas Salomón, que había venido a trabajar a Samoa. Eran más bajos y delgados que los naturales del país. Tenían la tez negra como el carbón y teñido de rojo el rizado pelo. De vez en cuando pasaba ante el hotel un coche conduciendo a un blanco o se detenía en la puerta. En la laguna, dos o tres goletas reflejaban su grácil silueta sobre las aguas tranquilas.

—No sé qué puede hacerse en un sitio como éste si no es emborracharse —dijo Lawson finalmente.

—¿No le gusta Samoa? —pregunté, por decir algo.

—Es bella, ¿verdad?

Esta palabra me pareció tan inadecuada para expresar la maravillosa belleza de la isla, que no pude por menos de sonreírme, y al hacerlo me volví para mirarle, quedando sorprendido de la expresión de sus ojos, atractivos y sombríos: era una expresión de angustia indecible. Revelaban la existencia en él de un trágico abismo de emociones, de las que nunca le hubiera creído capaz. Pero aquella expresión desvaneciéndose en una sonrisa, una sonrisa sencilla y un tanto ingenua, que cambió su rostro, haciéndome dudar de la exactitud de la primera impresión recibida.

—Estaba cansado de todo esto la primera vez que me fui —dijo, y permaneció silencioso unos momentos—. Me fui hace tres años, para no volver, y, sin embargo, aquí me tiene. —Vaciló un instante—. Mi mujer quería vivir aquí. Ya sabrá que es su tierra.

—Sí.

Permaneció silencioso de nuevo, hasta que aventuré una pregunta sobre Roberto Luis Stevenson. Me preguntó si había subido al Vailima. Era indudable que quería hacerse simpático, y empezó a hablar de los libros de Stevenson. La conversación derivó hacia Londres.

—Supongo que el Covent Garden seguirá tan animado como siempre —dijo—. Creo que lo que más echo a faltar es la ópera. ¿Ha visto usted *Tristán e Isolda*?

Me hizo esta pregunta como si le interesase mucho mi opinión, y pareció alegrarse cuando le dije, un poco al tuntún, que sí la había visto. Empezó a hablar de Wagner, no como un músico, sino como el hombre vulgar que experimenta una satisfacción emotiva que él no puede analizar.

—Creo que donde debe oírse a Wagner es en Bayreuth —dijo—. Pero he tenido la mala suerte de no tener nunca dinero suficiente para ir allí. Ahora que, desde luego, hay sitios peores que el Covent Garden, todo iluminado, con las mujeres en traje de noche, y, sobre todo, la música. El primer acto de *La Walkyria* es magnífico, ¿verdad? Y el fin de *Tristán*...

Los ojos de Lawson resplandecían y su rostro presentaba tal animación que no parecía el mismo hombre. Sus pálidas mejillas estaban encendidas por un fuego interior. Y era tal el poder persuasivo de sus palabras que hasta olvidé que su voz era áspera y desagradable. Indudablemente poseía cierto atractivo cuando hablaba así.

—¡Cómo me gustaría estar en Londres esta noche! ¿Conoce usted el restaurante de Pall Mall? Acostumbraba a ir bastante por allí. Después, Piccadilly Circus, con sus tiendas iluminadas y todo su gentío. Es magnífico contemplar cómo pasan los autobuses y taxis en hileras interminables, como si aquello no fuera a acabarse nunca. También me gusta el Strand. ¿Cómo son aquellos versos sobre Dios y Charing Cross?

Me quedé sorprendido.

—¿Los de Thompson, quiere usted decir? —pregunté, y se los recordé:

*And when so sad, thou canst not sadder
cry, and upon thy sore loss
shall shine the traffic of Jacob's ladder
pitched between Heaven and Charing Cross.*¹

Suspiró ligeramente.

—He leído *El lebril del Cielo*. Está bastante bien.

—Sí —murmuré.

—Aquí no he encontrado a nadie que haya leído algo. Dicen que es una frivolidad.

Su rostro adquirió un aire pensativo, y me pareció adivinar la causa que le había impelido a buscar mi amistad. Yo era un lazo de unión con el mundo que añoraba, con la vida que nunca más volvería a vivir. Por el simple hecho de hacer poco tiempo que había estado en el Londres que él amaba, me tenía algo así como miedo y envidia. Se mantuvo sin hablar durante unos cinco minutos, hasta que rompió el silencio con unas palabras que me estremecieron por su violencia.

—¡Estoy harto! —exclamó—. ¡Harto de veras!

—Entonces, ¿por qué no se marcha? —me aventuré a preguntarle.

Su rostro se oscureció.

—Mis pulmones no están muy sanos, y no podría resistir un invierno en Inglaterra.

En aquel momento se nos acercó otro individuo y Lawson se encerró en un silencio taciturno.

—Ya es hora de beber algo —dijo el recién llegado—. ¿Quién quiere tomar una copa de *scotch* conmigo, Lawson?

Lawson pareció salir de un mundo distinto. Se levantó.

—Vamos al bar —repuso.

Cuando nos separamos, mis sentimientos hacia él eran mucho más benévolos de lo que yo hubiera creído. Me intrigaba y me interesaba al mismo tiempo. Unos días después conocí a su mujer. Se había casado cinco o seis años antes. Me quedé sorprendido al ver lo joven que era.

¹ Y cuando su tristeza llega al colmo, lloras; y sobre tu dolorosa pérdida resplandece el tráfico de la escala de Jacob, tendida entre el Cielo y Charing Cross.

Tendría todo lo más dieciséis años cuando se casó. No era más morena que una española. De baja estatura y formas perfectas, sus manos y pies eran pequeños, y su figura esbelta y graciosa. Poseía unas facciones maravillosas, pero lo que más me llamó la atención fue su inusitada elegancia. Los mestizos, por lo general, son toscos y de formas groseras. Ella, sin embargo, era de una delicadeza exquisita, deslumbrante. Se desprendía de su persona tal aire de civilización, impropio de aquel ambiente, que hacía pensar en las beldades famosas que embellecieron la Corte de Napoleón III. Aunque sólo llevaba, cuando yo la vi, un vestido de muselina y un sombrero de paja, sabía llevarlos con la misma elegancia y distinción que lo haría una de nuestras más refinadas elegantes. En el tiempo que Lawson la vio por primera vez debía ser encantadora. Cuando esto ocurrió hacía poco tiempo que Lawson había llegado a la isla para dirigir un Banco inglés. Apareció en Samoa a últimos de verano, tomando una habitación en el hotel. Rápidamente hizo las amistades más diversas. La vida en la isla era agradable y fácil. Disfrutaba de las charlas interminables y perezosas en el salón del hotel y de las divertidas tardes en el Club Inglés cuando algún grupo de amigos iban a bañarse en la laguna. Le gustaba Apia, enclavada en la orilla de la laguna, con sus tiendas, sus *bungalows* y su barrio indígena. Los sábados solía marcharse a la finca de algún plantador y se pasaba un par de días en las montañas. Nunca, hasta entonces, había gozado de la libertad y del descanso. Además, vivía como si el sol le hubiera embriagado. Sentíase pictórico de entusiasmo y admiración por aquel país tan fértil. En algunos sitios la selva era aún virgen. Una enmarañada red de árboles, para él desconocidos, y de gigantescos arbustos entrelazaban sus tallos y ramas, como si quisieran evitar con ello que el hombre violara su impenetrable misterio. Lawson sentíase tentado por este misterio, y en alguna ocasión estuvo a punto de ir en su busca.

Pero el lugar que más le gustaba era una laguna situada a una o dos millas de Apia, adonde con frecuencia iba por las tardes a bañarse. Se trataba de un pequeño río que se deslizaba entre las rocas, con una rápida corriente, y que, después de formar aquella profunda laguna, seguía manso y cristalino, pasando a través de una especie de canal formado por grandes rocas, donde los indígenas iban a veces a bañarse o a lavar sus ropas. Numerosos cocoteros, con su frívola elegancia, crecían en las orillas, reflejándose en las verdosas aguas, abrazados por las plantas trepadoras.

Era un paisaje como el que puede contemplarse en Devonshire entre las colinas, pero con una diferencia: que éste poseía una exuberancia tropical, una pasión, un lánguido perfume que penetraba hondamente en el corazón. El agua estaba siempre casi fría, y después del excesivo calor de la jornada, era delicioso zambullirse en ella. Aquel baño refrescaba no sólo el cuerpo, sino también el alma.

A la hora en que Lawson solía ir todo estaba tranquilo y silencioso. Nadie se veía por los alrededores. Lawson, unas veces dejándose flotar sobre el agua, otras secándose bajo el sol de la tarde, disfrutaba de aquella soledad y del silencio acogedor que la envolvía. En aquellos momentos no echaba de menos a Londres ni la vida que allí había dejado. La que ahora disfrutaba le parecía deliciosa, fulgurante, capaz de saciar todas las apetencias de su espíritu.

Fue allí, en la laguna, donde por vez primera vio a Etel.

Había estado hasta bastante tarde escribiendo unas cartas. El buque correo salía al día siguiente. Terminada su tarea, se dirigió a la laguna con las últimas luces del crepúsculo. Ató su caballo a un árbol y se encaminaba al río cuando descubrió a una mujer sentada en la orilla. Ésta, al verle, lanzó una mirada en su torno y, silenciosamente, se sumergió en el agua desvaneciéndose como una náyade asustada por la presencia de un mortal. Lawson quedó, al pronto, sorprendido. Luego sonrió. No podía explicarse dónde se había ocultado la joven. Nadó río abajo, hasta encontrarla sentada en una roca. Ella le miró sin curiosidad. Lawson la saludó en samoano.

—*Talofa.*

Nadaba con suma facilidad, llevando el cabello extendido sobre la espalda. Lawson estuvo contemplándola mientras cruzaba la laguna y salía a la otra orilla. Como todas las indígenas, se bañaba con un *Mother Hubbard*, que el agua había adherido a su cuerpo esbelto. Se escurrió el pelo, y tal como se mostraba en aquel momento, indiferente y tranquila, parecía una deidad de las aguas o de los bosques. Lawson observó que era mestiza. Nadó hacia donde ella estaba, y saliendo del agua, le habló en inglés.

–Se baña usted tarde.

Ella se echó hacia atrás el pelo, dejándolo caer en abundantes rizos sobre sus hombros.

–Pero me gusta cuando estoy sola –replicó.

–También a mí.

Ella se rió con la franqueza infantil de los indígenas. Se puso un *Mother Hubbard* seco, dejando caer el mojado, lo escurrió y se dispuso a marcharse. Un momento pareció indecisa, pero, tras corta vacilación, echó a andar. La noche se echó encima repentinamente.

Lawson regresó al hotel y, acercándose a un grupo de individuos que jugaban a los dados, habló del encuentro y del aspecto de la joven. No tardó en enterarse de que era hija de un noruego llamado Brevald que frecuentaba el bar del Hotel Metropól y bebía ron y agua. Un hombre viejo de baja estatura, nudoso como un árbol milenario, que había llegado a la isla hacía cuarenta años como contramaestre de un velero. Lo fue todo –herrero, comerciante, plantador– hasta conseguir una relativa posición; pero arruinado por el huracán del año 99, no tenía ahora más que una pequeña plantación de cocoteros. Tuvo que ver con cuatro mujeres indígenas, que, como él mismo decía con risa burlona, le dieron tantos hijos que le era difícil contarlos. Algunos habían muerto, otros andaban por el mundo. Etel era la única que le quedaba en casa.

–¡Es una maravilla! –exclamó Nelson, sobrecargo del *Moana*–, Me he insinuado dos o tres veces a ella, pero que si quieres.

–El viejo Brevald no es tan loco como algunos creen –repuso un individuo llamado Miller–. Él quiere un yerno que le asegure el resto de sus días.

A Lawson le desagradó que hablase así de aquella mujer, y, para distraer su atención, hizo una pregunta sobre la salida del buque correo. A la tarde siguiente volvió a la laguna.

Etel estaba allí. El misterio del crepúsculo, el hondo silencio de las aguas, la esbelta elegancia de los cocoteros, parecía como si aumentaran su belleza, dándole una profundidad y un encanto que despertaban en el corazón de Lawson emociones desconocidas. Sin saber por qué se le ocurrió no hablarle durante aquella tarde. Ella, al parecer, no reparó en la presencia de Lawson. Ni una sola vez dirigió la vista hacia donde él estaba. Nadó en la verde laguna, se zambulló, tumbóse en la orilla, como si estuviera completamente sola, dándole a Lawson la extraña sensación de que la joven era insensible. Trozos de poesías, medio olvidadas, le vinieron a él a la memoria, junto con vagos recuerdos del griego que, sin mucha aplicación, había estudiado en el colegio. Cuando ella se hubo cambiado la ropa húmeda por la otra seca y se marchó, Lawson encontró un hibisco rojo en el lugar donde ella había estado. Una flor que seguramente llevaba en el pelo cuando fue a bañarse y que se había quitado al echarse al agua, dejándola olvidada después. Él la cogió del suelo, contemplándola con una emoción nueva, desconocida. Su deseo hubiera sido guardarla, pero aquel sentimentalismo que empezaba a sentir le avergonzó. Tiró la flor al agua, experimentando cierta angustia al ver que la corriente se la llevaba.

A Lawson le intrigaba qué capricho podía impulsar a la joven a ir a aquella laguna, cuando con toda seguridad no encontraría en ella a nadie. A los mismos indígenas de las islas les gusta el agua. Se bañan en un sitio u otro todos los días, pero se bañan en grupos, riendo alegremente; a veces lo hace toda una familia a la vez. A menudo se veía un grupo de muchachas bajo el sol que se filtraba entre los árboles, en compañía de los mestizos, jugueteando en las lagunas poco profundas del arroyo. Pero en el caso de Etel parecía como si en aquella laguna existiese un misterio que atraía a la joven contra su voluntad.

Cuando la noche cayó, misteriosa y callada, Lawson se dejó llevar suavemente por el curso del agua, nadando, sin prisa, en la cálida oscuridad. El agua parecía conservar aún la fragancia que el bello cuerpo de la joven había dejado. Lawson recorrió a caballo el camino de regreso, bajo un cielo cuajado de estrellas, sintiendo en su interior que estaba en paz con todo el mundo.

A partir de entonces acudió cada tarde a la laguna, encontrándose siempre a Etel, que se bañaba. Poco a poco, sentábanse juntos en las rocas que dominaban la laguna, donde la corriente es más rápida, contemplando cómo las sombras la cubrían de misterio. Era inevitable que en Apia se enteraran de los encuentros –en los mares del Sur todo el mundo conoce los asuntos de los demás– y Lawson fue objeto de burlas en el hotel. Pero él se sonreía, dejándoles hablar. No valía la pena

rechazar sus groseras insinuaciones. Sus sentimientos eran completamente puros. Amaba a Etel como un poeta puede amar a la luna. Pensaba en ella no como en una mujer; para él, Etel pertenecía a otro mundo, nada tenía que ver con la tierra. Era el espíritu de la laguna.

Un día, en el hotel, al pasar frente al bar, vio al viejo Brevald, llevando, como siempre, su raído mono azul. El hecho de que fuera el padre de Etel hizo que sintiera deseos de hablarle. Se acercó al bar y, saludando al viejo con una inclinación de cabeza, pidió algo para beber; luego, volviéndose como por casualidad hacia él, le invitó. Charlaron durante unos minutos de los asuntos locales, y a Lawson le pareció que el noruego le examinaba con sus taimados ojos azules. Distaba mucho de ser un hombre simpático. Era adulador, y, tras su aspecto de hombre viejo vencido por la lucha contra el destino, quedaba una sombra de su pasada maldad. Lawson recordó que había sido capitán de una goleta dedicada al comercio de esclavos; un *pájaro negro*, como los llamaban en el Pacífico. Tenía en el pecho una gran cicatriz, restos de una herida recibida en cierta escaramuza con los indígenas de la isla de Salomón. Sonó la campana para comer.

–Bien, tengo que marcharme –dijo Lawson.

–¿Por qué no viene un día a mi casa? –preguntó Brevald con voz ronca–. No es muy grande, pero será bien recibido en ella. Usted ya conoce a Etel.

–Iré con mucho gusto.

–El domingo por la tarde es el mejor día.

El *bungalow* de Brevald, miserable y sucio, estaba emplazado entre los cocoteros de la plantación, a corta distancia de la carretera principal de Vailima. Enormes platanos crecían a su alrededor. Aquellos árboles, con sus grandes hojas, tenían la trágica belleza de una mujer hermosa vestida de harapos. Todo estaba allí sucio y descuidado. Pequeños cerdos negros, esqueléticos y de alto espinazo, hozaban buscando las raíces, y los pollos piaban ruidosamente picoteando los desperdicios de comida esparcidos aquí y allá. En la veranda tres o cuatro indígenas parecían esperar alguna cosa. Cuando Lawson preguntó por Brevald, la voz cascada del anciano le llamó desde dentro. Lawson entró en su busca, encontrándole en el salón fumando su vieja pipa.

–Siéntese con toda confianza. Etel no tardará en venir.

La joven apareció al poco tiempo. Traía puesta una blusa y una falda y se había peinado a la europea. Arreglada de esta guisa parecía haber perdido la gracia tímida y salvaje de la muchacha que iba todas las tardes a la laguna. Ahora era un ser tan vulgar como otro cualquiera, asequible, próximo... La joven tendió la mano a Lawson. Fue el primer contacto físico que hubo entre los dos.

–Espero que tomará usted una taza de té con nosotros –dijo ella.

Etel había asistido durante algún tiempo a la escuela de una Misión. Lawson lo sabía y le divertieron y conmovieron los esfuerzos que hacía la joven para estar a la altura de las circunstancias. Pusieron la mesa, y un instante después la cuarta mujer del viejo Brevald trajo la tetera. Era una hermosa indígena de mediana edad, que sabía sólo unas pocas palabras de inglés. Se limitaba a sonreír. El té fue magnífico, con una gran cantidad de pan y mantequilla y varias clases de pasteles.

La conversación se desarrolló en el tono ceremonioso que convenía al momento. Una mujer vieja y arrugada entró silenciosamente.

–Es la abuela de Etel –explicó el viejo Brevald, escupiendo ruidosamente en el suelo.

La vieja se sentó en el borde de una silla, pero la posición le resultaba incómoda. Saltaba a la vista que aquello era desacostumbrado para ella: mejor habría estado sentada en el suelo. Permaneció silenciosa, mirando a Lawson con ojos fijos y relucientes. En la cocina, detrás del *bungalow*, alguien empezó a tocar una concertina y dos o tres voces se elevaron, entonando un himno religioso. Pero cantaban más bien por el placer de la música que por piedad.

Cuando Lawson volvió al hotel sentíase feliz de un modo extraño. Le habían conmovido la promiscuidad en que vivían todos ellos, la amabilidad sonriente de Mrs. Brevald, la fantástica carrera del noruego. En los ojos misteriosos y relucientes de la vieja abuela encontraba algo extraordinario y fascinador. Aquel modo de vivir era el más natural que había conocido, lo más

cercano a la tierra fértil y amiga. Le repelía la civilización, y por el simple contacto con aquellas gentes de una naturaleza más primitiva que la suya sentíase más libre que nunca.

Pensó dejar el hotel, que ya empezaba a cansarle. Alquilaría un pequeño *bungalow*, blanco y confortable, situado frente al mar, para tener siempre ante sus ojos la variedad multicolor de la laguna. Amaba aquella isla bella y misteriosa. Londres, Inglaterra, ya no significaban nada para él. Se sentía feliz, dispuesto a pasar el resto de sus días en aquel apartado rincón del mundo, donde crecían los mejores frutos de la vida: el amor y la felicidad. Estaba decidido a casarse con Etel, a pesar de todos los obstáculos.

Pero, en realidad, no existía ningún obstáculo. Siempre era bien recibido en casa de Brevald. El viejo hacía todo lo posible por ganarse su voluntad, mientras su mujer sonreía suavemente. De vez en cuando Lawson encontraba allí algunos indígenas más o menos parientes de la familia, y en una ocasión halló a un joven alto, vestido solamente con un *lava-lava*. Estaba sentado junto a Brevald. Éste explicó a Lawson que aquel joven era hijo de un hermano de su mujer. Estos encuentros, por lo general, no eran frecuentes. Los indígenas procuraban no tropezarse con él.

Etel se portaba de una forma encantadora. El fulgor de sus ojos cuando veía que Lawson se acercaba producía a éste una sensación de felicidad inenarrable. Era deliciosa e ingenua. Él la escuchaba enajenado cuando ella le contaba sus pequeños recuerdos de la escuela de misioneros donde había sido educada. Le hablaba de las Hermanas que regían la escuela. Iba con ella al cine cada quince días, es decir, siempre que funcionaba. Después se celebraba un baile al cual asistían juntos Etel y Lawson. La gente acudía de todos los extremos de la isla. En Upolu no abundaban los entretenimientos y en aquel baile se acostumbraba a reunir lo mejor de la sociedad: las mujeres blancas siempre procurando mantenerse un poco apartadas de los demás; los mestizos, con sus elegantes trajes americanos; numerosas muchachas de tez bronceada vistiendo túnicas blancas; jóvenes indígenas con pantalones y zapatos del mismo color. El conjunto era alegre y elegante. Etel sentía una gran satisfacción al poder mostrar a sus amistades aquel admirador blanco que le había salido, el cual no se separaba en toda la noche de su lado. Indudablemente sería una gran suerte para una mestiza casarse con un blanco; y hasta sus relaciones más o menos regulares se consideraban mucho mejor que nada, aunque esto último no se supiera nunca adonde podía conducir. Además, la posición de Lawson como director de un Banco le hacía uno de los mejores partidos de la isla. Si no hubiera estado tan absorbido por Etel se habría dado cuenta de que muchos ojos le contemplaban con curiosidad y de que las señoras, después de mirarle con cierta atención, cuchicheaban entre sí. En una ocasión, cuando los huéspedes del hotel estaban tomando unos whiskies antes de retirarse, Nelson dijo de pronto:

—Escuchen; me han dicho que Lawson va a casarse con una mestiza.

—Si lo hace es que se ha vuelto loco —repuso Miller.

El que tal dijo era un americano de origen alemán que había traducido al inglés su apellido germano Müller. Era un hombre grueso y corpulento, de cabeza calva y faz redonda, completamente afeitada. Usaba unos lentes grandes de oro que le daban una expresión benévola y agradable. Sus ropas estaban siempre limpias, inmaculadas. Era un gran bebedor y gustaba de pasarse la noche entre la gente joven, pero jamás se le vio borracho. De carácter afable y alegre, no dejaba de ser astuto en ocasiones. Los negocios para él eran lo primero de todo. Representaba a una casa de San Francisco importadora de todos los artículos que se vendían en la isla, desde percales hasta maquinaria, y la simpatía personal de Miller era uno de sus mayores recursos para vender.

—No sabe dónde se mete —continuó Nelson—, Creo que alguno de nosotros debía avisarle.

—Si quiere usted seguir mi consejo, no se meta en lo que no le importa —repuso Miller—. Cuando un hombre está decidido a cometer una tontería no hay más remedio que dejarle.

—A mí me gusta divertirme con las mujeres de aquí, pero eso de casarme ya es otra cosa. No lo haría por nada del mundo.

Chaplin se hallaba también presente y se aventuró a dar su opinión.

—He visto a muchos casarse y a ninguno le ha salido nada bueno.

—Tiene usted que hablar con él, Chaplin —exclamó Nelson—. Usted lo conoce más que ninguno de nosotros.

—Pues yo le aconsejo, Chaplin, que no se meta en nada —insistió Miller.

En aquellos días Lawson había perdido ya mucho de su popularidad primera, y nadie se tomó el suficiente interés para preocuparse de su persona. Mrs. Chaplin habló del asunto varias veces con dos o tres señoras, las cuales se limitaron a responder que era una lástima que hiciera aquello. Cuando Lawson anunció definitivamente que iba a casarse ya no era tiempo de hacer nada para evitarlo.

Durante un año Lawson fue feliz. Alquiló un *bungalow situado* en un extremo de la bahía en torno de la cual se extiende la ciudad de Apia, cerca de un poblado indígena. Se alzaba entre los cocoteros, frente al apasionado azul del Pacífico. Etel le parecía encantadora. Iba y venía por la casa, esbelta y ágil como una gacela, con su carácter alegre y divertido. Se reían mucho y hablaban entre sí de mil bagatelas. Algunas veces uno o dos de los huéspedes del hotel iban a pasar la tarde en su compañía, y con frecuencia también visitaban a algún plantador blanco casado con una indígena y se quedaban en su casa hasta el día siguiente. Cuando los mestizos que se dedicaban al comercio de Apia, donde tenían sus tiendas, daban algunas fiestas, nunca dejaban de ser invitados. Los mestizos trataban ahora a Lawson de una manera completamente distinta de como le habían tratado hasta entonces. Con su matrimonio se había igualado a ellos, y le daban amistosos golpecitos en la espalda. Lawson disfrutaba viendo a Etel convertida en reina de aquellas reuniones. Se reía y sus ojos brillaban. Sentíase dichoso al comprobar su radiante felicidad. Algunas veces los parientes de Etel iban a su casa, pero no sólo el viejo Brevald y la abuela de Etel, sino también los primos de ésta: mujeres indígenas, con una túnica por todo vestido; muchachos con el *lava-lava*, el pelo teñido de rojo y el cuerpo cubierto de complicados tatuajes. Lawson se los encontraba sentados en el *bungalow*, al volver del Banco, y se echaba a reír con sobrada indulgencia.

—No dejes que nos esquilmen demasiado —decía a Etel.

—Son parientes míos —replicaba ella—. Si algo me piden no puedo por menos que dárselo.

Lawson sabía que cuando un blanco se casa con una indígena o con una mestiza tiene que haber previsto que todos sus parientes le considerarán como una mina de oro.

Ante aquella respuesta, Lawson cogía el rostro de Etel entre sus manos y la besaba en la boca. Tal vez era pedir demasiado querer que la muchacha comprendiera ciertas cosas. Por ejemplo, que para que un sueldo alcance a cubrir todas las necesidades de una familia es preciso administrarlo bien.

Poco después Etel dio a luz un niño.

Cuando Lawson lo cogió por primera vez entre sus brazos sintió una profunda sacudida en todo su ser. Jamás hubiera creído que un hijo suyo pudiera ser tan moreno. Después de todo, en sus venas sólo había una cuarta parte de sangre indígena, por lo que muy bien podía haber tenido la apariencia de un niño inglés, pero éste que tenía ahora acurrucado entre sus brazos, de color cetrino, con el pelo negro y unos grandes ojos negros también, en nada se distinguía de un natural del país.

Desde que se había casado, las señoras de la colonia fingían ignorar su existencia. Cuando se cruzaba con alguno de sus amigos, a cuya casa de soltero había ido a cenar, éste se mostraba un poco frío, tratando de encubrir su embarazo con una exagerada cordialidad.

—¿Cómo está su mujer? —solían decirle—. Es usted un hombre afortunado. Vaya una muchacha más encantadora.

Pero si iban con sus señoras y se cruzaban con Etel y Lawson, éste no podía por menos de sentirse violento al ver que saludaban a Etel de modo altanero.

—¡Todos son unos majaderos! —exclamaba Lawson con gran irritación—. No me quitará el sueño el que no me inviten a sus casas.

Sin embargo, todo aquello empezó a molestarle un poco. Aquel hijo suyo, de tez morena, excitó su irritabilidad. Era su hijo. Y pensó en los niños iguales al suyo que había visto en Apia. Tenían todos aspecto enfermizo, eran de color cetrino y pálido, y mostraban una precocidad odiosa. Los había visto embarcarse para ir al colegio, en Nueva Zelanda, donde tenían que asistir a una escuela que admitiese niños con sangre indígena en sus venas. Iban todos apiñados, parecían pilletes, y, no obstante, eran tímidos, apocados, con los rasgos de sus facciones completamente distintos a los de su raza blanca. Entre sí hablaban siempre la lengua indígena. Y después, cuando se hadan hombres,

ganaban menos que los blancos, y si las mujeres podían aspirar a casarse con un hombre blanco, ellos tenían, forzosamente, que hacerlo con una mestiza o una indígena.

Lawson se propuso evitar con todas sus fuerzas que su hijo sufriera las humillaciones de una vida así. Costase lo que costase, tenía que regresar a Europa. Y al entrar en su casa y ver a Etel en la cama rodeada de indígenas su decisión se robusteció. Si lograba arrancarla de la compañía de las gentes de su raza, sería más suya. La amaba con tal pasión que quería que le perteneciera en cuerpo y alma, comprendiendo que allí, enraizada como estaba a la vida indígena, siempre habría algo en ella que no podría alcanzar.

Inmediatamente comenzó a dar los pasos para la realización de sus planes. Lo hizo en secreto, escribiendo a un primo suyo, socio de una casa armadora de buques en Aberdeen, diciéndole que su salud era ya completamente satisfactoria. Ningún motivo se oponía en la actualidad a que regresara a Inglaterra. Rogaba a su primo que usase de toda su influencia para conseguirle un empleo, sin preocuparse de la retribución, en donde el clima fuese favorable para los que habían estado enfermos de los pulmones. Las cartas tardaban cinco o seis semanas en llegar de Aberdeen a Samoa y fueron varias las que hubieron de cruzarse. Lawson tuvo, pues, tiempo de sobra para preparar a Etel.

Se puso tan contenta como un niño. Lawson no pudo menos de sonreírse al ver cómo se pavoneaba ante sus amigos al hablar de su próxima marcha a Inglaterra. Aquél era un paso más hacia su encumbramiento. Acabaría por convertirse en una inglesa y se mostraba entusiasmada del interés que había despertado su partida.

Cuando al fin Lawson recibió un cable anunciándole que tenía un empleo en un Banco de Kincardineshire, Etel saltó, lloró y rió de alegría.

Lawson, al verse instalado después de su largo viaje en aquella pequeña ciudad escocesa de casas de granito, comprendió lo que para él significaba volver a vivir de nuevo entre sus compatriotas. Pensó que aquellos tres años pasados en Apia habían sido como un destierro y le pareció que ahora volvía a la vida normal. Era formidable poder jugar al golf, volver a pescar —en el Pacífico resultaba una triste diversión aquello de que cada vez que se echaba el anzuelo al agua se sacase un pez—, y era también delicioso leer cada mañana el periódico con las noticias del día, tratar a hombres y mujeres de su propia raza, gente con quien se podía hablar a gusto, comer carne fresca y beber leche natural. Vivían más aislados que en Apia, pero a Lawson le entusiasmaba el tener a su mujer exclusivamente para él. Después de dos años de matrimonio la amaba más apasionadamente que nunca, sufría lo increíble cuando tenía que separarse de ella y experimentaba un frenético deseo de llegar a una unión más profunda e íntima con ella. Sin embargo, Lawson quedó sorprendido al comprobar que, una vez pasada la primera excitación producida por la llegada, Etel demostraba en su nueva vida menos interés del que cabía esperar. No podía acostumbrarse al ambiente que la rodeaba. Sentíase abatida. Al llegar el invierno empezó a quejarse de frío. Todas las mañanas se las pasaba en el lecho, y el resto del día echada en un sofá, leyendo novelas, y, más frecuentemente, sin hacer nada. Parecía agotada, enferma.

—No te preocupes, querida —le decía su marido—. Pronto te acostumbrarás. Y espera a que venga el verano. Puede que haga aquí casi tanto calor como en Apia.

Él, en cambio, sentíase fuerte, pictórico de salud, mejor que nunca.

Etel tenía abandonada la casa. Apenas se cuidaba de ella, cosa que en Samoa carecía de importancia. Pero en Inglaterra era distinto. Lawson no quería que, si alguien los visitaba, lo encontrara todo patas arriba, por lo que, riéndose y embromando a Etel, procuraba colocar las cosas en orden. Etel las contemplaba indolentemente. Se pasaba muchas horas jugando con su hijo, a quien hablaba en el lenguaje de los niños de su tierra. Para distraer a Etel, Lawson trabó amistad con algunos vecinos y, de vez en cuando, asistían a reuniones en las que las señoras cantaban baladas de salón y los hombres, llegado el caso, les hacían coro. Pero Etel no conseguía dominar su timidez. Se mantenía separada de todos, distante. Algunas veces Lawson, sobrecogido por una ansiedad repentina, le preguntaba si era feliz.

—Si, soy completamente feliz —respondía ella.

Pero sus ojos estaban velados por ocultos pensamientos que él no podía adivinar. Etel parecía encerrarse cada vez más en sí misma hasta que Lawson se dio cuenta de que no conocía de ella más que cuando la viera por primera vez bañándose en la laguna. Tenía la sensación de que ella le ocultaba algo, sin saber qué. Para Lawson esta casi seguridad era causa de que experimentara una angustia inmensa, sin límites.

–No añoras Apia, ¿verdad? –le preguntó una vez.

–¡Oh, no! Me parece que aquí se está muy bien.

Un oscuro rencor impulsó a Lawson a hacer algunas observaciones desagradables sobre la isla y sus habitantes. Etel se sonrió sin responder. De tarde en tarde recibía unas cuantas cartas de Samoa y durante unos días en su semblante pálido se reflejaba una nube sombría.

–Nada podrá obligarme a volver allá –le dijo una vez Lawson–. No es un país para un hombre blanco.

Sin embargo, no pudo menos de advertir que algunas veces, cuando estaba fuera, Etel lloraba. En Apia siempre había sido una mujer comunicativa, aficionada a comentar todas las pequeñeces de la vida diaria y a interesarse por todo lo que se decía en la pequeña ciudad; pero ahora se volvía cada vez más reservada, y aunque él hizo desesperados esfuerzos para distraerla y arrancarla de aquella indiferencia, no pudo lograrlo.

Lawson empezó a comprender que los recuerdos de su antigua vida le iban distanciando de él, y sintió celos atroces de aquella isla y de aquel mar, del viejo Brevald y de toda gente de color que ahora recordaba con espanto.

Cada vez que ella hablaba de Samoa él respondía en tono amargo y burlón. Una tarde, bien entrada la primavera, cuando ya los abedules habían florecido, al volver a su casa después de un partido de golf, la encontró, no como de costumbre, echada en el sofá, sino de pie, junto a la ventana. Era evidente que le estaba esperando.

En cuanto Lawson entró sorprendióle oír a su esposa hablar en samoano al dirigirse a él.

–¡No puedo resistir más! ¡Me es imposible seguir viviendo aquí! ¡Odio todo esto! ¡Lo odio...!

–¡Por el amor de Dios, habla en inglés! –replicó él con tono de irritación.

Ella se le acercó, echándole los brazos al cuello con un gesto que tenía algo de salvaje.

–Vámonos de aquí. Volvamos a Samoa. Si no me voy pronto, me moriré. Quiero volver a mi patria.

Aquel arrebató se quebró repentinamente, echándose a llorar acto seguido. Su cólera se esfumó. Él la sentó en sus rodillas, empezándole a explicar que aquel regreso que ella quería era imposible. El no podía dejar su colocación, que, al fin y al cabo, era su único medio de vida. La que tuvo en Apia fue ocupada por otro hacía tiempo. No tenía medios para volver.

Trató de exponerlo todo razonablemente, haciéndole ver los inconvenientes de aquella vida, las humillaciones a que se verían expuestos y el perjuicio que podrían causar a su hijo.

–Escocia es un país magnífico para la educación de un muchacho. Los colegios son buenos y baratos, y puede ir a la Universidad de Aberdeen. Será un auténtico escocés.

Le habían puesto el nombre de Andrés. Lawson quería que fuese médico y que se casara con una mujer blanca.

–No me avergüenzo de ser mestiza –replicó Etel.

–¿Por qué te has de avergonzar? No hay motivo para ello.

Con su rostro junto al de ella sentíase débil.

–No sabes cómo te quiero –murmuró–. Daría cualquier cosa con tal que tú pudieras comprenderlo.

Buscó sus labios.

Llegó el verano. El valle floreció entre fragantes aromas y las colinas se vistieron con gayos colores. Los días de sol se sucedieron en aquel rincón del mundo y la sombra de los abedules resaltaba deliciosa tras de la claridad de la carretera. Etel no habló más de Samoa y Lawson comenzó a tranquilizarse. Creyó que ya se había resignado a su nueva vida, y como su amor era cada vez más ardiente, le pareció que había logrado borrar en ella todos los demás deseos.

Un día el médico le paró en la calle.

—Oiga, Lawson, su mujer debe ir con cuidado al bañarse en los ríos de aquí. Ya sabe usted que no son como los del Pacífico.

Lawson quedó sorprendido y no tuvo la presencia de ánimo para disimularlo.

—No sabía que se bañase.

El médico se echó a reír.

—Mucha gente la ha visto. Ha dado que hablar un poco, por el sitio que ha escogido. La balsa que hay antes del puente, y ahí no está permitido el bañarse, aunque eso no tiene importancia. Lo que no comprendo es cómo puede resistir el agua.

Lawson conocía el sitio de que hablaba el médico, y, en cierta manera, lo encontró parecido a aquel otro de Upolu, donde Etel acostumbraba a bañarse cada tarde. Un riachuelo cristalino que, después de seguir su curso sinuoso y desigual, formaba una especie de balsa, de aguas quietas, con una pequeña playa de arena. Los árboles daban sombra a aquel lugar, pero no eran cocoteros, sino hayas, y el sol filtraba sus rayos a través del follaje, reflejándose en el agua.

Sintió un estremecimiento. Con la imaginación vio a Etel encaminarse cada día a aquel sitio, desnudarse en la orilla, dejándose después caer en el agua fría, más fría que aquella en que solía bañarse en su patria, sintiendo por unos instantes revivir el pasado. La vio una vez más como el misterioso espíritu de los arroyos, arrastrado por aquella atracción fantástica que el agua parecía ejercer sobre ella.

Aquella tarde Lawson encaminóse al río. Se acercó cautelosamente por entre los árboles. La hierba del sendero amortiguaba el ruido de sus pasos. Al llegar cerca del remanso que le había indicado el médico, vio a Etel sentada en la orilla, contemplando el río. Estaba inmóvil. Parecía como si el agua la atrajera con fuerza irresistible. ¡Qué extraños pensamientos cruzarían por su mente! Al fin se puso en pie; por unos instantes permaneció oculta a los ojos de Lawson. Después la volvió a ver vestida con una túnica indígena. Sus pies, finos y delicados, pisaban cuidadosamente la hierba de la orilla. Se acercó al borde del río y con una suavidad que apenas alteró la tranquila superficie del remanso, se dejó caer en el agua. Nadó sin ruido; había algo irreal en sus movimientos. Lawson no podía explicarse por qué le impresionaba de tal modo. Estuvo aguardando hasta que salió del agua. Ella se detuvo un momento en la orilla, con la tela húmeda del vestido pegada al cuerpo. Se llevó las manos al pecho y dejó escapar un suspiro, al parecer, de satisfacción. En el acto volvió a ocultarse entre los árboles.

Lawson regresó al pueblo. Sentía una profunda amargura en su corazón. Acababa de darse cuenta de que para Etel seguía siendo un extraño. El ansia de amor que le devoraba desde hacía tanto tiempo estaba condenada a no ser satisfecha. Nada dijo a ella de lo que había visto. Fingió ignorarlo, tratando de adivinar los sentimientos de su corazón, aunque desde entonces procuró observarla más detenidamente. Redobló su ternura hacia ella y trató de borrar la añoranza que sentía con la encendida pasión de su alma enamorada. Pero un día, al regresar a su casa, se sorprendió al no encontrar a su mujer.

—¿Dónde está la señora? —preguntó a la criada.

—Ha ido a Aberdeen con el niño, señor —le contestó, un poco sorprendida de la pregunta—. La señora dijo que no volvería hasta el último tren.

—¡Ah! Perfectamente.

Se sintió un poco molesto de que Etel no le hubiera dicho nada de su viaje, pero no se preocupó lo más mínimo. No era la primera vez que Etel iba a Aberdeen, y Lawson, en el fondo, se alegraba de ello. Era buena señal que empezara a gustarle el ir de tiendas o al cine.

Fue a esperarla al último tren, y, al no verla, se apoderó de él un pánico loco. Al llegar a casa se encaminó a su habitación, encontrándose con que habían desaparecido todos los objetos de tocador de Etel. Abrió el armario y los cajones. Estaban medio vacíos. Se había escapado.

Le entró un arrebató de furor. Era demasiado tarde para telefonar a Aberdeen, aunque sabía de antemano lo que le contestarían. Con una astucia diabólica, Etel había escogido para marcharse la época en que, por estar haciendo el balance periódico en el Banco, no podía seguirla. Estaba por completo atado a su trabajo. Miró el periódico, viendo que a la mañana siguiente salía un barco para

Australia. Etel estaría en aquel momento camino de Londres. Un sollozo incontenible se escapó dolorosamente de su pecho.

–He hecho todo lo que he podido por ella –exclamó–, y, sin embargo, ha sido capaz de tratarme así. ¡Qué crueldad, Dios mío, qué crueldad!

Después de dos días de terrible angustia recibió una carta. Estaba escrita con letra infantil, ingenua. Siempre le había costado mucho escribir..

«Querido Alberto: No puedo resistir más. Me vuelvo a mi patria. Adiós. Etel.»

No daba la menor muestra de pesar. Ni siquiera le decía que volviera él también. Lawson quedó abrumado. Pudo averiguar cuál era la primera escala del buque, y aunque sabía perfectamente que no regresaría, le puso un telegrama, rogádoselo encarecidamente. Esperó con ansiedad infinita. Al menos, pensaba, una palabra suya de amor... Pero ni siquiera obtuvo respuesta. Experimentó los sentimientos más opuestos. Unas veces se decía que por fin se había visto libre de ella, y acto seguido que la obligaría a volver al no enviarle más dinero. Sentíase solo y deshecho. Quería a su hijo y la quería a ella. Sabía que, fingiera lo que fingiera, sólo le quedaba un camino, y éste era seguirla. La vida sin ella le era imposible. Todos sus planes para el futuro habían sido un castillo de naipes que ahora ella derrumbaba con furiosa crueldad. Nada le importaba ya su porvenir; en el mundo sólo había una cosa que le interesara: conseguir que Etel volviese.

En cuanto pudo fue a Aberdeen a decir a su jefe que dejaba su empleo en el Banco desde aquel mismo momento. El jefe se opuso, alegando que hubiera tenido que avisarle con tiempo, pero Lawson no quiso atender a razones. Estaba decidido a dejarlo todo antes de la salida del primer barco. Hasta que no se encontró a bordo, después de haber vendido todo lo que poseía, no recobró, hasta cierto punto, la calma. Todas las personas que le trataron durante aquellos días creyeron que había perdido la razón. Lo último que hizo en Inglaterra fue cablegrafiar a Etel diciéndole que embarcaba para reunirse con ella.

Desde Sydney le puso otro cable, y cuando al fin, al rayar el día, su buque entró en el puerto de Apia y vio una vez más sus blancas casas diseminadas a lo largo de la bahía, sintió un inmenso consuelo. El médico y el consignatario subieron a bordo. Ambos eran antiguos conocidos, y miró con simpatía sus rostros familiares. Bebieron unas copas en recuerdo de los tiempos pasados. Lawson lo hizo también para calmar sus nervios. No estaba muy seguro de si Etel se alegraría al verle de nuevo. Cuando bajó al bote y se fueron acercando al muelle examinó ansiosamente el pequeño grupo que los estaba esperando en el desembarcadero, pero no vio a Etel. Lawson creyó que iban a paralizarse los latidos de su corazón. Poco después vio a Brevald, con su viejo traje azul, y hubiera querido darle un abrazo de alegría.

–¿Dónde está Etel? –le preguntó al saltar a tierra.

–En casa. Vive con nosotros.

Lawson quedó consternado por las noticias, pero lo disimuló con aire jovial.

–Bueno, ¿y tendrán un poco de sitio para mí? Me parece que tardaremos una semana o dos en acomodarnos.

–Naturalmente que tenemos sitio para usted.

Después de pasar por la Aduana fueron al hotel, donde saludaron a Lawson varios de sus antiguos amigos. Antes de poder zafarse de ellos tuvo que aceptar algunas rondas en el bar y cuando al fin se encaminaron hacia la casa de Brevald, ninguno de los dos estaba muy sereno. Al llegar estrechó a Etel en sus brazos.

Ante el placer de volverla a abrazar, olvidó todos los amargos pensamientos. Su suegra se alegró de volverle a ver otra vez, lo mismo que la abuela, una anciana rugosa y cargada de años. Los indígenas y mestizos también acudieron a darle la bienvenida, sentándose en semicírculo en el suelo. Brevald sacó una botella de whisky y todos los presentes echaron un trago. Lawson se sentó, teniendo a su hijo sobre las rodillas. Le habían quitado sus ropas inglesas y estaba desnudo. Etel permanecía a su lado, sentada como los indígenas. Aquello parecía, en verdad, la vuelta del hijo pródigo.

Por la tarde volvió otra vez al hotel, siguió bebiendo, y al regresar ya no estaba solamente alegre, sino borracho perdido. Etel y su madre sabían que los hombres blancos se emborrachaban de vez en cuando. En realidad, no podía esperarse otra cosa de ellos. Así es que, riéndose con indulgencia, le ayudaron a acostarse.

Lawson, al cabo de unos días, empezó a buscar trabajo. Estaba seguro de que no encontraría un empleo como el que tenía en Inglaterra, pero, con su práctica, siempre podría ser útil en cualquier casa de comercio y quizá terminara por no salir perdiendo en el cambio.

–Después de todo, en un Banco nunca me haría rico –se dijo–. El comercio es lo mejor.

Su propósito era hacerse tan indispensable en la casa donde entrara a trabajar que acabasen por asociarle al negocio. De ese modo podría, al cabo de algunos años, disfrutar de una buena posición.

–En cuanto esté colocado alquilaremos una casa para nosotros –le decía a Etel–. Aquí no podemos seguir viviendo.

El *bungalow* de Brevald era tan pequeño que vivían hacinados, uno encima de otro. El estar solo era algo imposible. No había paz ni recogimiento.

–De todas maneras no hay prisa. Aquí estamos perfectamente, hasta encontrar lo que necesitamos –acabó por decir Lawson.

Al cabo de una semana entró a trabajar en el comercio de un individuo llamado Barin. Pero cuando le habló a Etel de mudarse de casa, ella repuso que quería quedarse con sus padres hasta que diera a luz. Esperaba un segundo hijo para pronto. Lawson trató de disuadirla.

–Sí a ti no te gusta –le dijo ella–, puedes irte a vivir al hotel.

Lawson se puso pálido.

–Pero, Etel, ¡tú no puedes decir eso! Ella se encogió de hombros.

–¿Para qué vamos a tomar una casa para nosotros cuando podemos vivir aquí perfectamente?

Tuvo que rendirse.

Cuando Lawson, después del trabajo, volvía al *bungalow*, lo encontraba lleno de indígenas. Unos fumaban, otros dormían y los demás bebían *kava*, hablando sin interrupción. La casa estaba siempre sucia y olía a demonios. Su hijo corría por los alrededores jugando con otros niños indígenas y oyendo sólo hablar en samoano. Lawson adquirió poco a poco la costumbre de detenerse en el hotel, de regreso a su casa, para tomar unos cócteles. Sólo con la ayuda del alcohol se veía con ánimos para hacer frente por la noche a toda aquella multitud de indígenas. Durante todo aquel tiempo siguió amando a Etel más apasionadamente que nunca. Pero ella se alejaba de él más y más cada día. Cuando les nació el segundo hijo, Lawson volvió a sugerir la conveniencia de tomar una casa para ellos solos, pero Etel no quiso oír hablar de ello. Su estancia en Escocia parecía haberla ligado a las gentes de su raza mucho más de lo que lo estaba antes de su partida, y ahora, al encontrarse de nuevo entre ellos, se abandonaba libremente a las costumbres indígenas. Lawson, mientras tanto, fue dejándose ganar por la bebida. Cada sábado por la noche iba al Club Inglés y se emborrachaba. Pero el alcohol le volvía irascible, y en una ocasión tuvo una violenta disputa con su principal. Barin le despidió y Lawson tuvo que buscarse otro empleo. Durante dos o tres semanas anduvo desocupado, y para no estarse en su casa iba al club o al hotel y bebía. Más por compasión que por otra causa fue por lo que Miller, el germano-americano, le dio un empleo en su casa, pero era un hombre de negocios, y aun cuando las cualidades de Lawson podían serle útiles, su situación era tan angustiosa que bien podía ofrecerle un salario inferior al que antes ganaba. Cuando Lawson regresó a su casa, Etel y Brevald le censuraron por haberlo aceptado, sobre todo cuando Peterson, un mestizo, le ofrecía más. Pero a Lawson le repugnaba estar a las órdenes de un indígena. Cuando Etel trató de convencerle, replicó furioso:

–Antes me moriría que trabajar a las órdenes de un negro.

–Puede que no tardes en hacerlo –replicó ella.

Seis meses después se vio obligado a sufrir esta última humillación. Su pasión por la bebida había ido aumentando en él hasta que llegó a descuidar el trabajo. Miller le avisó una o dos veces, pero Lawson no era hombre que aguantara reprimendas. Un día, en medio de un altercado, cogió su sombrero y se marchó. Pero ya su fama había corrido de lengua en lengua, y no pudo encontrar quien le diera un empleo. Durante algún tiempo permaneció sin hacer nada. Le sobrevino un ataque

de *delirium tremens* y cuando se repuso, se mostró avergonzado y débil. No pudiendo resistir la constante presión de su mujer y de su familia fue a ver a Peterson para pedirle trabajo. Éste se alegró de poder tener en su tienda a un blanco, aparte de que Lawson, con sus conocimientos, podía serle útil.

A partir de entonces su degeneración fue rápida. Los blancos de la colonia procuraron evitarle. No rompieron del todo con él, en parte por una desdeñosa compasión que parecía inspirarles y, en parte, por temor a sus altercados, terribles cuando estaba bebido. Lawson se hizo extraordinariamente quisquilloso y siempre creía ser objeto de las mayores ofensas.

Vivía mezclado a los indígenas y mestizos, pero ya no tenía entre ellos el prestigio de un hombre blanco. Ellos sabían que Lawson los despreciaba y, a su vez, sentíanse ofendidos por su actitud de superioridad. Ahora era como ellos y no le perdonaban su orgullo de hombre blanco.

Brevald, que al principio se había mostrado obsequioso y atento con él comenzó a tratarle con desprecio. Etel había hecho un mal negocio. Suegro y yerno tuvieron algunas violentas disputas y una o dos veces terminaron por llegar a las manos. En tales ocasiones no tardaron en comprender que era mejor dejarle que se emborrachara, ya que entonces no podía hacer otra cosa que tumbarse en la cama o en el suelo, para dormir aletargado.

Así continuaron las cosas, hasta que un día Lawson se dio cuenta de que le ocultaban algo.

Al volver al *bungalow* para cenar el miserable condumio indígena que le servían, se encontraba a menudo con que Etel había salido. Si se le ocurría preguntar dónde estaba le respondían que con unos amigos. Una vez fue a buscarla donde Brevald dijo y no la encontró. Al regreso de Etel se lo preguntó a ella misma y ésta repuso que su padre se había equivocado, que había ido a otra parte. Pero Lawson se dio cuenta de que mentía. Llevaba su mejor traje y sus ojos brillaban como nunca. Estaba encantadora.

—No trates de jugarme una mala pasada, niña —le dijo—. Soy capaz de romperte la crisma.

—¡Cállate! Estás borracho perdido —le repuso ella en tono burlón.

Desde entonces le pareció que la mujer de Brevald y la anciana abuela le miraban con malicia, y atribuyó el buen humor de Brevald, tan desacostumbrado en él entonces, a la satisfacción que le producía el estarle ocultando una cosa. A medida que sus sospechas aumentaban, creía ver que los demás blancos le miraban con cierto maligno interés. Cuando iba al hotel, el repentino silencio que señalaba su aparición le indicaba, más que las palabras, que era de él de quien estaban hablando. Algo sucedía y todos estaban mejor informados que él. Sintió unos celos furiosos. Sospechaba que Etel se entendía con algún otro hombre blanco, y los miraba a todos con ojos escrutadores, pero en ninguno descubrió el menor indicio de traición. No sabía qué hacer. Al no encontrar a nadie sobre quien hacer recaer sus sospechas, se lanzó como un maniático en busca de alguien sobre quien pudiera descargar su ira. La casualidad hizo que fuera a descargarla sobre la persona que menos la merecía. Una tarde, estando sentado con aire sombrío en el hotel, se le acercó Chaplin y se sentó a su lado. Quizá fuera él la única persona en toda la isla que aún conservaba cierta simpatía por Lawson. Pidieron unas copas y hablaron durante unos momentos de las próximas carreras.

Chaplin dijo:

—Me parece que todos vamos a tener que aflojar la bolsa para los vestidos de nuestras mujeres.

Lawson hizo un gesto burlón. La mujer de Chaplin era la que manejaba todos los recursos económicos del matrimonio; así es que, si deseaba un vestido nuevo, seguramente no iría a pedirle dinero a su marido.

—¿Cómo está su mujer? —le preguntó Chaplin amistosamente.

—¿Qué diablos tiene usted que ver con ella? —contestó Lawson frunciendo el ceño.

—Se lo pregunto únicamente por cortesía.

—Pues guárdese conmigo de tales cortesías.

Chaplin no era un hombre a quien le sobrara la paciencia. Su larga permanencia en los trópicos, el whisky y los disgustos de su vida conyugal habían hecho su carácter tan suspicaz como el de Lawson.

—Escúcheme, Lawson. Cuando esté usted en mi hotel tiene que comportarse como un caballero, porque si no se verá de patitas en la calle en un santiamén.

El semblante cabizbajo de Lawson se ensombreció, enrojando vivamente.

–Voy a decirle una cosa de una vez para siempre, y usted puede, si quiere, decírsela a los demás –exclamó jadeante de ira–. Si usted o cualquiera otro intenta acercarse a mi mujer, tendrá que vérselas conmigo.

–¿Quién trata aquí de acercarse a su mujer?

–No soy tan necio como usted se imagina. Puedo ver lo que sucede lo mismo que cualquiera; por eso le doy el aviso. Jamás toleraré una cosa semejante. Puede estar usted seguro.

–Escúcheme, lo mejor será que se vaya y vuelva cuando esté sereno.

–¡Me iré cuando me dé la gana! –replicó Lawson.

Fue un alarde poco afortunado, porque Chaplin, en el transcurso de su vida como dueño de hotel, había adquirido una habilidad peculiar en el trato de personas irascibles. Apenas Lawson pronunció sus palabras se sintió cogido por el cuello y por un brazo y lanzado con fuerza a la calle. Bajó a trompicones las escaleras, y sin quererlo se encontró bajo la claridad cegadora del sol.

Esta fue la causa de su primer altercado con Etel. Resentido por la humillación sufrida, y no queriendo volver al hotel aquella tarde, regresó a su casa un poco antes que de costumbre. Se encontró a Etel preparándose para salir. Casi siempre llevaba una túnica indígena, iba descalza y se prendía alguna flor en sus negríssimos cabellos; pero esta vez la vio con medias de seda, zapatos de tacón alto, y poniéndose un vestido rosa, de muselina, que era el más nuevo que tenía.

–¿Dónde vas que te arreglas tanto?

–A casa de los Crosley.

–Pues yo voy contigo.

–¿Tú? ¿Por qué?

–Porque no quiero que vayas sola a todas partes.

–No te han invitado a ti.

–Me importa poco. Pero tú no irás sin mí.

–Será mejor que te echas en la cama hasta que haya terminado de arreglarme.

Etel pensó que estaría, como de costumbre, borracho y que no tardaría en quedarse dormido. Pero él se sentó en una silla, encendiendo un cigarrillo. Ella le miraba de reojo con creciente irritación. Cuando estuvo dispuesta se puso en pie. Por una rara casualidad se encontraban solos en aquel momento. Brevald estaba trabajando en las plantaciones y su mujer había ido a Apia. Etel se enfrentó con su marido.

–No iré contigo –dijo–. Estás borracho.

–No es verdad.

Ella se encogió de hombros y trató de salir, pero su marido la sujetó, cogiéndola por un brazo.

–¡Suéltame, cobarde! –exclamó ella en samoano.

–¿Por qué no quieres que te acompañe? Ya te dije que era peligroso tratar de hacerme una jugarreta.

Etel le golpeó el rostro con el puño y Lawson perdió el dominio de sí mismo. Todo el amor y todo el odio que sentía por ella estallaron en aquel momento y terminaron por ponerle fuera de sí.

–Ya te enseñaré cómo has de portarte –gritó Lawson anhelante y furioso.

Y cogiendo una fusta de montar, que encontró al alcance de su mano, le dio un latigazo. Ella dejó escapar un grito, y aquella queja le enloqueció más aún, azotándola una y otra vez. Los gritos resonaron por toda la casa, mientras Lawson, por cada golpe, soltaba una maldición. Al fin la arrojó brutalmente sobre la cama. Etel permaneció inmóvil, estremecida de dolor y de miedo. Lawson arrojó el látigo, iracundo, y salió del *bungalow*. Etel le oyó marcharse mientras continuaba llorando. Cautelosamente miró a su alrededor; luego se puso en pie. Tenía el cuerpo dolorido, pero ninguna erosión de importancia. Examinó su vestido para ver si se había estropeado. Las mujeres indígenas están acostumbradas a los golpes. Etel no consideraba lo que él había hecho como una ofensa. Cuando se miró al espejo, para arreglarse el peinado, sus ojos brillaban. Había en ellos un extraño fulgor. Quizá fue entonces cuando más cerca estuvo de amar a aquel hombre.

Pero Lawson había salido de la casa, ciego de ira, tropezando aquí y allá, por la plantación, hasta que, de repente, asustado y débil como un niño, se dejó caer al pie de un árbol. Era un miserable y

se sentía avergonzado. Pensó en Etel, y, al recordar la dulzura de su amor, una ternura infinita se apoderó de él. Recordó el pasado y sus esperanzas de entonces. Sintió horror de lo que había hecho. Ahora la deseaba más que nunca. Anhelaba tenerla otra vez entre sus brazos. Tenía que ir a verla inmediatamente. Se puso en pie. Estaba tan débil que caminó vacilante. Entró en la casa. Etel se hallaba sentada delante del espejo, en su habitación.

–Etel, perdóname –murmuró Lawson–. Estoy avergonzado de mí mismo. No sabía lo que hacía. Cayó de rodillas ante ella, y tímidamente cogió un extremo de su falda.

–No sabes cómo me atormenta lo que he hecho. Ha sido terrible. Creo que estaba loco. Nada hay en el mundo que ame más que a ti. Daría cualquier cosa para evitarte un dolor, y, sin embargo, he sido yo quien te ha herido. Nunca podré perdonármelo, pero por lo que más quieras perdóname tú.

Creía estar oyendo aún los gritos de ella. Etel le miró en silencio. Lawson intentó coger sus manos y al mismo tiempo sus ojos se llenaron de lágrimas. Humillado, escondió el rostro en el regazo de Etel y unos anhelantes sollozos estremecieron su cuerpo. En el rostro de ella se reflejó una expresión de profundo desprecio. El desprecio de una mujer indígena por el hombre que se humilla ante una mujer. Era un ser miserable y débil, ¡Y ella que había creído durante unos instantes que era todo un hombre! Al cabo, Lawson se levantó rastreramente, como un perro apaleado. Etel le dio con el pie un golpe desdeñoso.

–¡Vete! –le dijo–. ¡Te odio!

Lawson intentó abrazarla, pero ella lo apartó a un lado. Se puso en pie. Empezó a quitarse el vestido. Tiró lejos de sí los zapatos y, quitándose las medias, se puso su túnica indígena.

–¿Dónde vas?

–¿Qué te importa? Voy a la laguna.

–Déjame que vaya contigo.

Se lo pidió como un niño.

–¿Ni siquiera quieres dejarme ese sitio para mí sola?

Lawson escondió su rostro entre las manos, llorando miserablemente mientras ella, con ojos fríos y duros, salía del *bungalow*.

A partir de entonces el desprecio de Etel por su marido fue absoluto. Y aunque continuaron viviendo hacinados en el pequeño *bungalow*, junto con Brevald, su mujer y la abuela, y los demás parientes y amigos que de vez en cuando los visitaban, Lawson dejó de ser alguien para la familia. Se marchaba por la mañana, después de desayunarse, y volvía a la hora justa de la cena. Dejó de luchar, y cuando no tenía dinero para ir al Club Inglés, se pasaba las tardes jugando a las cartas con el viejo Brevald y otros indígenas. Excepto cuando estaba borracho, su carácter era irascible y violento. Etel le trataba como a un perro. A veces se sometía a sus ímpetus salvajes de pasión para luego sentirse aterrorizada por los arrebatos de odio que le sucedían. Pero más tarde veíale llorar, arrepentido, y era tal el desprecio que por él sentía en aquellos momentos que con gusto le escupiría a la cara. En algunas ocasiones Lawson volvió a tratarla brutalmente, pero ella ya estaba en guardia y se defendía a puntapiés, arañando y mordiendo. Tuvieron unas peleas terribles, de las que no salió él muy bien parado. En Apia pronto se supo lo que sucedía. En general, Lawson despertaba pocas simpatías y en el hotel todo era hacerse cruces y preguntarse por qué Brevald no le echaba de su *casa*.

–Brevald es un individuo peligroso –dijo alguien–. Y no me sorprendería que el día menos pensado pegase un tiro a Lawson.

Etel continuó yendo por las tardes a bañarse a aquel silencioso remanso. Parecía ejercer una atracción sobrehumana sobre ella, la misma que podrían ejercer las frías olas del mar sobre una sirena con corazón humano. Algunas veces Lawson iba también. Se ignoraba lo que le impulsaba a ir, pero es lo cierto que a Etel le irritaba su presencia. Quizá buscara el recobrar junto al remanso aquel purísimo anhelo que había brotado en su corazón la primera vez que la viera. Quizá sólo fuera arrastrado por ese loco afán de los que aman y no son amados, que esperan que su obstinación les dé lo que no han podido conseguir con sus palabras.

Un día se encaminó a la laguna con una sensación desacostumbrada en él. Súbitamente se había sentido en paz con el mundo. Caía la tarde, y las primeras sombras cubrían las hojas de los

cocoteros, como si fueran pequeñas nubecillas. Una débil brisa agitaba los árboles. La luna, en cuarto creciente, se alzaba sobre las cumbres. Lawson se acercó a la orilla. Vio a Etel en el agua, echada de espaldas. En su mano sostenía una rama de hibisco. Él se detuvo un momento para admirarla. Era como Ofelia en los mares del Sur.

—¡Hola, Etel! —gritó alegremente Lawson.

Ella hizo un rápido movimiento, dejando caer de sus manos la roja flor. La corriente la arrastró perezosamente. Nadó una o dos brazadas, hasta tocar fondo con el pie.

—¡Vete! —le gritó—. ¡Vete!

Él se echó a reír.

—No seas egoísta. Hay de sobra sitio para los dos.

—¿Por qué no me dejas en paz? Quiero estar sola.

—Qué tontería. Yo también quiero bañarme —repuso él de buen humor.

—Pues vete al puerto. No quiero que estés aquí.

—Lo siento, querida. Prefiero bañarme aquí —repuso él, sonriendo aún.

No sentía el más mínimo enfado, y apenas se dio cuenta de la cólera de Etel. Empezó a quitarse la chaqueta.

—¡Vete! —gritó ella—. No quiero que vengas aquí. ¿No puedes dejarme este sitio para mí sola...? ¡Vete!

—No seas tonta.

Etel se inclinó, y cogiendo una piedra del fondo del agua se la arrojó con rápido movimiento. Lawson no tuvo tiempo de esquivarla, y la piedra le dio en la sien. Dejando escapar un grito se llevó las manos a la cabeza. Al retirarlas las tenía manchadas de sangre. Etel permaneció inmóvil, jadeante de rabia. Lawson se puso pálido, y sin decir palabra cogió su americana y se marchó. Etel se sumergió de nuevo en el agua, dejándose llevar por la corriente.

La piedra le produjo a Lawson una profunda herida. Durante algunos días tuvo que ir con la cabeza vendada. Ideó un pretexto bastante verosímil para justificar aquellos vendajes en caso de que le preguntaran. Pero nadie lo hizo. Se dio cuenta, eso sí, de que le miraban interrogativos, pero nadie profirió una palabra. Aquel silencio sólo podía indicar que ya sabían lo ocurrido. Lawson tuvo la certeza, a partir de aquel momento, de que Etel tenía un amante y de que todos sabían quién era. Mas carecía del menor indicio que pudiera guiar sus sospechas. Jamás había visto a nadie junto a Etel. Tampoco demostraba nadie el menor deseo de estar a su lado y de tratarle de una manera especial. Un furor salvaje se apoderó de Lawson, y, no teniendo en quién desahogarlo, se entregó más y más a la bebida. Poco tiempo antes de que yo llegara a la isla había tenido un segundo ataque de *delirium tremens*.

Conocí a Etel en la casa de un individuo llamado Carter, que vivía a dos o tres millas de Apia con una mujer indígena. Habíamos estado jugando al tenis, y cuando nos cansamos me ofreció una taza de té. Entramos en su casa, y en un saloncito no muy limpio encontré a Etel charlando con su mujer.

—¡Hola, Etel! —dijo Carter—. No sabía que estuvieses aquí.

Yo no pude por menos de mirarla con cierta curiosidad. Traté de descubrir en ella qué era lo que había despertado en Lawson una pasión tan avasalladora. Pero ¿quién puede averiguar estas cosas? Indudablemente era hermosa. Recordaba las flores rojas de hibisco, que tanto abundan en Samoa, con su misma gracia, languidez y pasión; pero lo que más me sorprendió de ella, teniendo en cuenta lo que ya entonces sabía de su historia de amor, fue su sencillez e inocencia. Parecía un carácter tranquilo, y hasta un poco tímida. No había nada en ella que fuese grosero ni siquiera duro. Hasta le faltaba aquella exuberancia tan común entre los mestizos. Parecía imposible que fuera capaz de las terribles escenas que eran ya entonces del dominio público. Con aquel monísimo traje rosa que llevaba y sus zapatillas de tacón alto, semejaba una europea. Era difícil imaginársela en medio de aquella vida indígena, que, en realidad, era la suya. No la juzgué muy inteligente, y no me hubiese sorprendido que un hombre, después de convivir con ella durante algún tiempo, acabara por sentir el más insoportable de los fastidios. Me dio la impresión de que en su amor inalcanzable y evasivo, como un pensamiento que surgiese repentinamente en la imaginación y no pudiéramos después

expresarlo con palabras, estaba su principal encanto. Es posible que todo esto no fuera más que imaginaciones mías. De no haber sabido nada de ella, lo más probable es que la hubiera considerado una hermosa mestiza como tantas otras y nada más.

La joven habló conmigo de lo que se suele hablar en Samoa con los extranjeros recién llegados: del viaje, de la roca de Papasua y de si pensaba quedarme a vivir en un poblado indígena. También me habló de Escocia, y me pareció que trataba de exagerar el lujo con que había vivido allí. Después me preguntó, inocentemente, si conocía a Fulano y a Mengano, con quienes se había tratado en Escocia.

Después llegó Miller, el obeso comerciante de origen germano. Nos estrechó a todos las manos cordialmente, sentándose para pedir, con voz fuerte y cordial, un whisky con soda. Estaba muy grueso y sudaba mucho. Se quitó sus lentes de oro y se puso a limpiarlos. A través de sus gruesos cristales sus ojillos benévolos tenían una mirada sagaz y astuta. La conversación, hasta su llegada, había sido bastante aburrida, pero él la reanimó instantáneamente. A los pocos momentos tenía a las dos mujeres, Etel y la esposa de mi amigo, pendientes de sus palabras. Gozaba Miller en la isla fama de conquistador, y entonces pude darme cuenta de que aquel hombre, grueso, viejo y feo, tenía, sin embargo, cierto atractivo. Una de sus cualidades era saber hablar el lenguaje que convenía a cada oído, y su fuerza radicaba en la vitalidad y confianza que sentía en sí mismo. Al fin se volvió hacia mí.

—Bueno, si queremos volver a la hora de la cena, tendremos que marcharnos. Si usted quiere puedo llevarle en mi coche.

Le di las gracias y nos pusimos en pie. Estrechó la mano de sus amigos y salió de la habitación con paso firme y seguro, subiendo al coche.

—Es bonita la mujer de Lawson —le dije por el camino.

—Él la trata muy mal. Llega hasta a pegarle, y a mí me sulfura que un hombre pegue a su mujer.

Hizo una pausa. Después añadió:

—Hizo una locura al casarse con ella. Ya lo dije entonces. Si no lo hubiera hecho conservaría aún todo su poder sobre ella.

Estábamos a fines de diciembre y se aproximaba la fecha de mi partida. El barco tenía fijada la salida para Sydney el 4 de enero. En el hotel se celebró la fiesta de Navidad, pero fue sólo como una preparación de la de Año Nuevo, que los acostumbrados contertulios del hotel querían que se festejara con todos los honores. Durante la cena de fin de año se habló y se alborotó de lo lindo. Luego nos levantamos de la mesa para ir a jugar al Club Inglés, donde seguimos hablando y riendo. Las apuestas las hacíamos a voz en grito. Se apostaba fuerte, pero se jugaba mal, salvo por parte de Miller. Tenía más años que ninguno y bebió tanto como los demás, pero supo conservar durante toda la noche la vista clara y el pulso sereno. Se embolsó el dinero de los jóvenes con toda cortesía. Al cabo de una hora de estar allí me sentí fastidiado del espectáculo, y salí fuera en busca de un poco de aire fresco. Crucé la carretera, bajando a la playa. En su orilla se alzaban tres cocoteros semejantes a tres deidades marinas que esperasen a sus amantes. Me senté al pie de uno de ellos, contemplando la laguna y las infinitas estrellas de la noche. Ignoro dónde había estado Lawson hasta entonces. En el club apareció entre diez y once. Había venido por la solitaria y polvorienta carretera, rumiando seguramente su tristeza y su aburrimiento. Antes de pasar a la sala de billares estuvo en el bar, bebiendo. Sentía ahora una incontenible timidez que le impedía reunirse con los blancos, si no era después de haber ingerido una fuerte dosis de whisky. Tenía un vaso en la mano cuando Miller, en mangas de camisa y apoyándose en un taco de billar, se le acercó. Miró al camarero y le dijo:

—Sal un momento, Jack.

El camarero, un indígena vestido con una chaqueta blanca y un rojo *lava-lava*, salió en silencio.

—Escúcheme, Lawson. Estaba deseando poder tener dos palabras con usted.

—Ése es uno de los pocos deseos que pueden satisfacerse gratis en esta condenada isla.

Miller afirmó sus lentes de oro y miró a Lawson con sus ojos fríos y penetrantes.

—Escúcheme, joven, tengo entendido que sigue usted pegando a su esposa. Sepa que no estoy dispuesto a permitir que ocurra más veces. ¿Entiende? Si vuelve a hacerlo le romperé las costillas.

Lawson salió al fin de dudas. Ya sabía quién era el amante de su mujer. Y al mirar a aquel hombre gordo, calvo, abotagado, con doble papada; al fijarse en sus lentes de oro y en su mirada astuta y tolerante como la de un clérigo renegado; al acordarse de su edad, Lawson pensó en Etel, esbelta y virginal, y un estremecimiento de horror recorrió todo su cuerpo. Fueran cuales fueran las culpas de Lawson, éste no era ningún cobarde, y sin decir palabra descargó un puñetazo sobre Miller. Pero Miller, con la mano que sostenía el taco, paró el golpe, y con el brazo derecho lanzó un directo contra el rostro de su adversario, alcanzándole en una oreja. Lawson era unas cuatro pulgadas más bajo que el germano-americano y de constitución menos robusta. Además, se hallaba debilitado, no sólo por su enfermedad, sino también por la bebida. Lawson cayó al suelo como un fardo, al pie del bar. Miller se quitó los lentes, limpiándoselos con el pañuelo.

—Ahora ya sabe usted lo que le aguarda —exclamó—. Esto sólo ha sido un aviso. Espero que lo tendrá en cuenta.

Cogió su taco y regresó a la sala de billar. Era tal el ruido que hacían los jugadores que nadie se dio cuenta de lo ocurrido. Lawson se puso en pie, llevándose la mano a la oreja, que le zumbaba a causa del golpe recibido. Seguidamente salió del club.

Vi que un hombre cruzaba la carretera como una sombra blanca en la oscuridad de la noche, pero no pude reconocerlo. Bajó a la playa, pasando junto a mí, que permanecía sentado al pie del árbol. Vi que era Lawson. Pensé que seguramente estaría borracho y no le dirigí la palabra. Siguió su camino con paso irresoluto. De pronto dio media vuelta y se me acercó, mirándome fijamente.

—Ya me había parecido que era usted —me dijo.

Se sentó a mi lado, sacando su pipa.

—En el club no hay quien pare. Hay demasiado ruido y el calor es insoportable —le repuse.

—¿Y qué hace usted aquí? —me preguntó entonces.

—Esperaba la hora de ir a la misa de fin de año en la Catedral.

—Si no le molesta le acompañaré.

Lawson estaba completamente sereno. Permanecimos sentados un rato, fumando en silencio. De vez en cuando se oía en la laguna el chapoteo de algún pez de gran tamaño, y un poco más allá, hacia la salida de arrecifes, se veía la luz de una goleta.

—Se marcha usted la semana próxima, ¿verdad?

—Sí.

—Debe de ser magnífico poder encontrarse en la patria de nuevo. Pero yo no puedo volver allí. Por el frío, ¿comprende?

—Cuesta imaginarse que ahora en Inglaterra está la gente reunida en torno del fuego —repuse yo.

No soplabla la menor ráfaga de aire. La tranquilidad de la noche tenía el encanto misterioso de un hechizo. Yo no llevaba más que la camisa y unos pantalones. Saboreé la exquisita languidez de la noche, y distendí mis miembros voluptuosamente.

—Ésta no es una noche de fin de año que nos incite a tomar buenas resoluciones para el futuro —murmuré sonriendo.

Lawson no contestó, pero no sé qué pensamientos despertarían en su imaginación mis palabras, que, después de unos instantes, se puso a hablar. Lo hizo con voz baja y monótona, con acento educado, produciéndome una agradable impresión después de los tonos vulgares que hasta entonces habían herido mi sensibilidad y mis oídos.

—He arruinado completamente mi vida. Esto es evidente, ¿verdad? Estoy con el agua al cuello, y no hay escape para mí. Y lo más extraño de todo es que ni siquiera sé por qué he fracasado.

Contuve el aliento, porque para mí no hay nada más terrible que un hombre que nos revele los secretos de su alma. Entonces es cuando uno se da cuenta de que no hay nadie, por vulgar y corrompido que sea, que no tenga algo que consiga excitar nuestra compasión.

—No sería tan terrible si pudiera convencerme de que todo ha sido culpa mía. Es cierto que me he entregado a la bebida, pero no lo hubiera hecho de haberme ido las cosas de otra manera. Créame si le digo que no me gusta el alcohol. No debía haberme casado con Etel, aunque la amaba demasiado para no hacerlo.

Su voz se hizo temblorosa.

—En el fondo, ella no es del todo mala. Todo ha sido culpa de nuestra mala suerte. Podíamos haber sido felices como príncipes. Cuando ella se escapó, debí haberla dejado, pero no pude. La adoraba... Y, además, estaba el niño.

—¿Está usted muy encariñado con él? —le pregunté.

—Lo estuve. Ahora tengo dos. Pero apenas significan nada para mí. Usted los tomaría por indígenas. Para que me entiendan tengo que hablarles en samoano.

—Pero, ¿es que es demasiado tarde para que vuelva usted a empezar? ¿No podría tomar una resolución heroica y marcharse de aquí?

—No me siento con fuerzas. Estoy perdido.

—¿Sigue usted enamorado de su mujer?

—No. Ahora ya no —exclamó con una especie de horror—. Ni siquiera me queda ese consuelo. Sonaron las campanas de la Catedral.

—Si quiere oír la misa de fin de año, ya es hora.

—Vamos.

Nos pusimos en pie, encaminándonos por la carretera hacia la Catedral. Era un edificio blanco, erigido frente al mar, no exento de grandeza. A su lado, las capillas protestantes tenían un aspecto de vulgares salas de conferencias. En la carretera había dos o tres automóviles y muchos coches. La gente había venido de todas las partes de la isla, y a través de las puertas, abiertas de par en par, vimos la abigarrada muchedumbre que llenaba las naves. El altar mayor estaba profusamente iluminado. Había unos cuantos blancos y bastantes mestizos, pero la mayoría eran indígenas. Todos los hombres llevaban pantalones. Los misioneros habían conseguido convencerlos de que se quitaran el *lava-lava* aquel día. Encontramos unas sillas en la parte de atrás y nos sentamos. De pronto, siguiendo la mirada de Lawson, vi a Etel, que entraba con un grupo de indígenas. Iban todos muy bien vestidos. Los hombres con cuello alto y botas relucientes; las mujeres con grandes y alegres sombreros. Etel, al pasar, saludó, sonriendo, a sus amigos. La misa dio comienzo. Cuando terminó, Lawson y yo nos apartamos a un lado para ver salir a la gente. A los pocos momentos me tendió la mano.

—Buenas noches —dijo—. Espero y deseo que tenga un feliz viaje.

—Nos veremos antes de que me marche.

—Es probable, pero no sé si estaré sereno o borracho para entonces.

Dio media vuelta y se marchó. Por última vez vi aquellos grandes ojos negros brillando de una forma extraña bajo sus cejas hirsutas. Me quedé, de momento, sin saber qué hacer. No tenía sueño, por lo que me decidí a pasar por el club antes de acostarme. Cuando llegué la sala de billar estaba vacía, pero un grupo jugaba al póquer en el vestíbulo. Miller, al entrar yo, levantó la vista.

—Siéntese y juegue con nosotros un rato —me dijo.

—Bueno.

Compré unas cuantas fichas y me puse a jugar. El póquer es, desde luego, uno de los juegos más fascinadores. La partida se prolongó durante varias horas. El camarero indígena, con aire cordial y despierto, a pesar de la hora, estaba atento para servirnos lo que pedíamos. Hasta nos trajo jamón y pan. Algunos habían bebido bastante y se jugaba fuerte. Yo lo hacía con cierto tino, no deseando ganar ni perder; pero no pude menos de observar a Miller, fascinado. Bebía lo mismo que los demás; pero, sin embargo, permanecía inalterable. Su montón de fichas aumentaba sin cesar. Junto a ellas tenía un papel con la cantidad que le debían algunos. Sus bromas eran continuas, mezcladas con el relato de anécdotas y chistes. Sin embargo, no perdía una jugada y ni el más pequeño gesto le traicionaba. El alba empezó a filtrarse tímidamente por la ventana, y al poco salió el sol.

—Bien —dijo Miller—. Me parece que hemos despedido el año en debida forma. Ahora ya podemos retirarnos. Recuerden ustedes que tengo cuarenta años.

Cuando salimos a la veranda la mañana era fresca y agradable. La laguna parecía una sábana de cristal multicolor. Alguien sugirió la idea de tomar un baño antes de acostarse, pero no en la laguna, donde era peligroso hacerlo, sino en el río. Miller tenía su coche en la puerta y se ofreció a llevarnos al remanso del arroyo. Montamos en el coche y éste se lanzó a toda velocidad por la carretera solitaria. Cuando llegamos parecía como si la noche aún no hubiera abandonado aquella parte de la

tierra. Bajo los árboles las sombras se resistían a marcharse, y la incierta oscuridad que lo envolvía todo daba al paisaje un encanto poético y misterioso. Nuestro humor era excelente. No teníamos toallas ni otra ropa que la puesta, de modo que yo no veía cómo podríamos secarnos. Poco tiempo tardamos en desnudarnos. Nelson fue el primero que se decidió a lanzarse al agua.

–Voy a sumergirme hasta el fondo –dijo.

Poco después otro del grupo le siguió, pero no tardó en volver a la superficie. Tras él surgió Nelson, que, al acercarse a la orilla, nos dijo lentamente:

–¡Ayudadme a salir!

–¿Qué pasa?

Evidentemente algo le había ocurrido. Tenía el semblante descompuesto.

Le ayudamos a salir del agua.

–Ahí abajo hay un hombre –dijo señalando al río.

–No digas tonterías. Eso debe de ser que has bebido mucho esta noche.

–Si me equivoco es que debo de estar a punto de tener un ataque de *delirium tremens*. Pero os repito que ahí hay un hombre. Me ha dado un susto terrible.

Miller le miró durante unos instantes. Nelson estaba blanco y temblando convulsivamente.

–Vamos, Carter –dijo Miller a un corpulento australiano–. Será mejor que bajemos a ver lo que hay.

–Estaba de pie –aseguró Nelson– y completamente vestido. Lo he visto con mis propios ojos. Intentó cogerme.

–¿Listo? –preguntó Miller al australiano.

Ambos se arrojaron al agua y nosotros esperamos en la orilla, silenciosos. Nos pareció que permanecían en el fondo más de lo que un hombre puede resistir. Hasta que, al fin. Carter salió a la superficie, e inmediatamente después Miller, con el semblante congestionado, como si le fuese a dar un ataque. Arrastraban algo que debía de pesar mucho. Un tercero se lanzó al agua para ayudarlos, y entre los tres fueron empujando la pesada carga, hasta dejarla en la orilla. Entonces vimos lo que tanto horror había causado a Nelson. Era el cadáver de Lawson, con una enorme piedra atada a la cintura.

–Hizo su trabajo a conciencia –murmuró Miller mientras se secaba el agua de los ojos.